# Los corredores del tiempo
Poul Anderson




LIBROdot.com
http://www.librodot.com

*Malcom Lockridge creía que aquella hermosa y enigmática mujer llamada Storn Darroway le había contratado exclusivamente para ayudarla a recuperar un tesoro enterrado en Dinamarca durante la Segunda Guerra Mundial, y luego conducirlo hasta una organización antícomunista a la que ella pertenecía. Esto podía ser peligroso y era un tanto ilegal, pero de todas maneras él no se sentía demasiado ligado a la sociedad.*

*Sin embargo, cuando llegaron a un dolmen prehistórico en Jutlandia, y ella abrió una compuerta en el terreno con un raro tubo de fuerza y penetraron a un luminoso corredor que se extendía por kilómetros a ambos lados, Malcom Lockidge comprendió que su aventura iba a ser muy distinta a lo que había imaginado. Y cuando, a bordo de un vehículo antigravitatorio, empezaron a cruzar portales que conducían cada uno a una época distinta, y de uno de ellos surgieron dos hombres vestidos de negro y armados con extrañas armas que los persiguieron, la gran aventura de Malcom Lockridge a través de las eras, desde la prehistoria hasta el más lejano futuro, no hizo más que empezar...*

## *PRIMERA PARTE*

Jutlandia es la única parte de Dinamarca que no está amarrada al mar: una península dirigida hacia el norte, una tierra de largas colinas donde las granjas y pueblecitos dan paso, a menudo, a los eriales, bajo sol asombrosamente alto.

De vez en, cuando, desde el coche, Malcolm Lockridge entreveía dólmenes con toscos coronamientos. Hizo un comentario casual sobre ello.

-Como sin duda recordará -dijo Storm Darroway se remontan a la Edad de Piedra. Tienen cuatro mil años o más y se extienden a todo lo largo de la costa atlántica y a través del Mediterráneo. Fue una fe poderosa.- Las manos de ella aferraban el volante y traía la vista clavada al frente en la móvil cinta del camino-. Los que celebraron aquí sus ritos funerarios adoraban a la Diosa de las Tres Personas, a aquella de quien las normas sólo eran un pálido recuerdo, Doncella, Madre y Reina de los Infiernos. Fue un desafortunado cambio el que la sustituyó por el Padre de los Truenos.

Los neumáticos rechinaban contra el asfalto, el cortante aire rugía a través de las ventanillas abiertas. Las ,sombras se acumulaban en las dobladas escarpas a medida que el sol caía hacia el oeste. Una bandada de cuervos se elevó de un bosquecillo de pinos.

-Ella volverá de nuevo -dijo Storm.

Aunque su asociación era reciente, Lockridge había aprendido a esperar en ella estos períodos de mutismo. También podía ser alegre, era cierto, pero aun así continuaba siendo un enigma... al igual que lo eran sus propósitos hacia él. De no haber sido tan agraciada, posiblemente no hubiera aceptado su oferta de trabajo, a pesar de la paga. Pero los pantalones y el suéter revelaban una figura tan alta como él, que podía haber pertenecido a Diana Cazadora. Su cabeza siempre alta; el cabello oscuro caído hasta la espalda, y una cara... un cara que ni con todo su entrenamiento antropológico podía adivinar qué parte del mundo la había moldeado: cejas arqueadas sobre largos y oblicuos ojos verdes, marcados pómulos, nariz recta, con las ventanas ligeramente acampanadas; boca y mentón imperiosos, piel morena... Bueno, ella tenía pasaporte americano, pero su grave voz hablaba un inglés que era demasiado perfecto, y le había dicho que era agente de un grupo anticomunista.

Esto justificaba las armas que le había ordenado comprar en Copenhague. Tal vez también justificase el que le hubiese mandado pasar las tres semanas anteriores a su encuentro familiarizándose con la topografía y arqueología danesas. Cuando uno tiene que penetrar en un túnel olvidado y recuperar una fortuna en oro abandonado por los nazis tras la ocupación, un tesoro del que la organización a la que ella pertenecía acababa de obtener informes, una supuesta curiosidad de anticuario era una buena excusa para el caso de ser descubierto.

Y luego él, un americano viajando con pocos medios, acampando por las noches, podría llevar de contrabando al cuartel general de la organización, en Suiza, los lingotes con más facilidad que algún europeo del Este.

Y, no obstante, ella no le había dicho mucho. Y ahora, a medida que se acercaban a su meta, sus dudas se definían.

-Tal vez fuera mejor que me instruyese ampliamente -sugirió.

-No hay razón para hacerlo -dijo ella-, Ya he efectuado un reconocimiento previo; no debemos esperar dificultades en la entrada del túnel. Más tarde tal vez...

Su voz reflejó una cierta emoción. Apretó el brazo de él tan fuerte que sus uñas se le clavaron.

-Esté preparado para algunas sorpresas -dijo-. Si encontramos una emergencia, no debe pararse a pensar; simplemente reaccione. ¿Comprende?

-Sí, creo que sí.

Y recordó sus días de Okinawa, cuando estaba sirviendo en la Infantería de Marina. ¡Infiernos! Estoy complicado en esto con ella, pase lo que pase.

Ella había sabido enseguida con quien estaba tratando. Necesitaba el dinero, naturalmente: qué postgraduado no lo necesita? Pero no lo había hallado a su regreso a los Estados Unidos, después de un viaje de estudios al Yucatán, donde se había visto mezclado en algunos acontecimientos que habían aparecido en la prensa.

Pero bueno... ¿qué es lo que le había hecho alistarse en esta loca e ilegal aventura? ¿Sus ideas políticas conservadoras tal vez? ¿Su infancia en una aislada granja en los bosques de Kentucky? ¿O una simple inquietud? No, se daba cuenta ahora que había sido la personalidad arrolladora de ella.

Suspiró y trató de relajarse, dejando que sus ojos se paseasen por el paisaje y que sus pulmones bebieran el frío aire de septiembre. Ni parecía, ni se sentía un aventurero arrojado: era un hombre de altura media, robusto y de gruesas extremidades, con cabello pajizo cortado en cepillo, ojos azules, chato y de ásperas facciones que proclamaban su joven edad de veintiséis años.

Su intento de descansar no tuvo éxito. La sangro le bullía en las venas.

Poco después de Holstebro, Storm se salió de la carretera. Un camino de carro serpenteaba hacia el oeste a través de campos que, muy pronto, se convirtieron en una plantación de árboles madereros. Ella frenó y paró el motor. El silencio fluía a través del mundo.

*  *  *

Lockridge se movió.

Debemos... -dijo.

-¡Silencio! -un movimiento de la mano de Storm cortó sus palabras.

Tomó de la guantera un pequeño pero grueso disco. En una de las caras se veían raros juegos de luces de colores. Lo manejó, con su cabeza inclinada entre mechones pajizos, para estudiar las tonalidades. Vio cómo se relajaba.

-Está bien -musitó-. Podemos continuar.

-¿Qué es eso? -Lockridge trató de cogerlo, pero ella no se lo entregó.

-Es un indicador -contestó secamente-. ¡Muévase! El lugar es seguro ahora.

Recordó su determinación de acceder a todo lo que ella quisiese. Parecía que el no hacer preguntas tontas estaba incluido en el trato. Salió y abrió el portamaletas. Storm tomó la suya.

-Supongo que lleva todo su equipo en esas mochilas -dijo. El asintió-. Cójalo entonces, yo llevaré el mío. Cargue las armas.

Lockridge obedeció, mientras notaba cómo un cosquilleo le recorría todo el cuerpo cual si con esta sensación, notoria pero no desagradable, indicase ,su alerta ante lo que se aproximaba.

Tras colocarse las cananas, enfundó el «Webley» y cogió el «máuser». Se volvió y vio a Storm cerrando de nuevo su maleta. Se había puesto una especie de cinto distinto a cualquier otro que jamás hubiera visto, una cosa de metal flexible que brillaba con una

tonalidad oscura y provista de bolsillos que parecían sellarse al mirarlos. Colgando a la derecha, como si estuviese magnetizado, había algo fino y con un intrincado mecanismo.

-¿Qué clase de pistola es esa? -se extrañó.

-No importa. -Storm sopesó el disco multicolor-. Tendrá que acostumbrarse a ver cosas aún más raras que ésta. Cierre el coche con llave y vámonos.

Entraron en la plantación y comenzaron a andar paralelamente al camino y ocultos del mismo por las ordenadas filas de pinos. La luz del atardecer se sesgaba con, un sabor dulzón y derramaba motitas de sol por el suelo, que nota-han blando por las aguzadas hojas que se amontonaban bajo sus pies.

-Creo comprender -dijo Lockridge-. Do queremos llamar la atención sobre donde nos dirigimos, en el caso de que alguien, pasase por aquí.

-Silencio -ordenó Storm.

Un par de kilómetros después ella se dirigió hacia el camino y lo atravesó. Había allí un campo de trineo ya segado, cubierto de rastrojos amarillos, y que se elevaba hasta formar una colina que impedía la vista de cualquier granja. En el centro se alzaba un promontorio coronado por un dolmen.

Storm pasó ágilmente, antes de que Lockridge pudiera ayudarla, a través de la alambrada de espinos y luego avanzó a la carrera. Aunque su mochila no era mucho más ligera que !la suya, ella respiraba aún con facilidad cuando llegaron a la loma, mientras que él estaba casi sin aliento.

Ella se paró y abrió su cinto. Sacó un tubo del interior, semejante, en una forma vaga, a una larga linterna con una lente tallada. Se orientó por el sol y comenzó a rodear la colina. Esta se hallaba cubierta por hierba y zarzas, y un signo proclamaba que esta reliquia estaba protegida por el gobierno. Notándose inerme bajo el enorme cielo vacío, con el pulso vacilante, Lockridge miró hacia el dolmen como si buscase un apoyo externo.

Grises y salpicadas de líquenes, las piedras verticales se cobijaban bajo su pesado techo, tal como lo habían estado haciendo desde que un pueblo, hoy desaparecido, las había levantado para que fuesen tumba de sus muertos. Pero, recordó que la cámara interior estuvo un tiempo tapada bajo tierra amontonada, de la cual sólo quedaba aquella elevación.

Storm se detuvo.

-Sí, aquí -dijo.

Y comenzó a subir la pendiente.

-¡Eh, espere! -protestó Lockridge-. Hemos dado tres cuartos de vuelta, ¿por qué no ha ido en la otra dirección.

Por primera vez vio confusión en su rostro.

-Voy siempre en dirección contraria a las agujas del reloj -dijo. Luego lanzó una carcajada-. Es un hábito. Ahora, apártese.

Se hallaban ya a medio camino cuando ella se detuvo de nuevo.

-Este lugar fue excavado en 1927 -dijo-. Sólo el dolmen fue limpiado, y no hay ningún motivo para que científicos vuelvan. Por tanto podemos usarlo como portal. -Hizo algo en el grupo de controles del tubo. Tenemos una forma muy especial de esconder las envidencias -le avisó-. Así que no se asombre demasiado. Una luz apagada surgió de la lente. El tubo zumbó y vibró en sus manos. Un, escalofrío recorrió las zarzas, aunque no soplaba viento. Abruptamente se elevó un montículo de tierra.

Se elevó... directamente hacia arriba. Una compuerta de un diámetro de tres metros y un espesor de seis. Un tapón de césped y tierra que colgaba, sin ningún soporte, ante los ojos de Lockridge, que saltó con un grito.

-¡Silencio! -profirió vivamente Storm-. ¡Métase dentro, rápido!

Torpemente, Lockridge avanzó hacia el agujero de la colina. Una rampa se dirigía hacia abajo hasta perderse de vista. Tragó saliva. El que ella le estuviese mirando fue el motivo principal que lo empujó hacia delante. Bajó hacia el interior del montículo. Ella le seguía. Volviéndose, ajustó el tubo en su mano, y el cilindro de tierra taponó de nuevo la entrada. Se escuchó el suspiro del aire al ser comprimido, mientras el cilindro se colocaba en su lugar con precisión, mecánica. Simultáneamente, se encendió una luz.

No venía de ningún punto definido, observó Lockridge asombrado. La rampa era simplemente el suelo de un túnel de techo arqueado, algo mayor que el portal, que se extendía ante él formando una curva. La perforación estaba totalmente recubierta con un material duro y liso del que emanaba la luz, una fría radiación blanca que, al no crear sombras, dificultaba la apreciación de las distancias. El aire era fresco, en movimiento, aunque no se veían ventiladores.

Se encaró con Storm, titubeante. Ella apartó el tubo, abandonó su rigidez y, acercándose a él, apoyó una mano en su brazo, sonriente.

-¡Pobre Malcolm! -murmuró-. Ya le dije que tendrá usted grandes sorpresas.

-¡Judas! -dijo él sin fuerzas-. ¡Espero que no!

Pero la cercanía de ella y su contacto eran, aun ahora, un excitante demasiado fuerte. Comenzó a recobrar el dominio sobre sí mismo.

-¿Cómo diablos hizo eso? -preguntó. Los ecos rebotaron. vacíos alrededor de su voz.

-¡Ssst! No tan fuerte. -Storm dio una ojeada al disco de colores.- No hay nadie aquí en este momento, pero pueden llegar de abajo y el sonido se propaga maravillosamente bien, por desgracia, en estos túneles. -Aspiró profundamente-. Si va a hacerle sentirse mejor -dijo- puedo explicarle el principio en que se basa: El tapón de tierra se mantiene unido por una red de energía, que emana de las paredes, en las que se halla un tendido de fuerza. Este mismo tendido elimina cualquier efecto que pudiera afectar a un detector de metales, un sondeo sónico o cualquier otro instrumento que, de otra forma, fuese capaz de detectar este pasadizo. Asimismo refresca y renueva el aire mediante las Porosidades moleculares. El tubo que yo usé para elevar cl tapón es simplemente un control; la energía que se usa para ello proviene también del tendido.

-Pero... -Lockridge arrugó el entrecejo-. Es imposible. Conozco la suficiente física para... bueno, quiero decir que, tal vez teóricamente... pero no existe un dispositivo así en la práctica.

Los labios de ella hicieron una mueca ¡tan cerca de los suyos!

-No tiene usted miedo, ¿verdad, Malcolm? -preguntó.

Lockridge sacó el pecho.

-No -dijo-; sigamos.

Así me gusta -dijo ella con un cierto énfasis en sus palabras que aceleró el ritmo de su corazón. Y, apartándose, tomó la delantera hacia abajo.

-Esto es tan sólo la entrada -comentó-. El corredor propiamente dicho está a unos treinta metros por debajo nuestro.

*  *  *

La espiral les introducía más en el suelo. Lockridge observó que su anterior estupefacción había desaparecido; únicamente se sentía en guardia para enfrentarse con lo que pudiera surgir. Storm era la causante de esto. ¡Dios mío!, pensó, ¡qué aventura!

El pasadizo desembocaba en una amplia estancia, sin otro mobiliario que, en la pared más alejada, una gran caja o armario del mismo metal lustroso que el cinto de Storm, y una puerta de tres metros de ancho y seis de alto. ¿Con una cortina cubriéndola? No. Al aproximarse, Lockridge vio que el velo que la ocultaba, parpadeando con suaves iriscencias, de todos los colores que sus ojos podían apreciar y aún, sospechaba, con algunos que no podía ver, era inmaterial: una vibración en el espacio, una ilusión óptica, un lienzo de luz viviente.

Un débil zumbido surgía de allí, y el aire cercano olía a electricidad.

Storm se paró. Lockridge vio, a través de la ropa que la cubría, cómo su cuerpo se ponía en tensión. Su propia pistola apareció al mismo tiempo que la de ella. Storm le miró.

-El corredor está detrás mismo -dijo con voz aguda-. Ahora escuche. Anteriormente sólo le he hecho alusiones a que tendríamos que luchar. Pero el enemigo está en todas partes. Puede haber tenido noticias de nuestra misión, tal vez sus agentes se encuentren al otro lado de este portal. ¿Está preparado para disparar cuando yo dé da orden?

El sólo pudo mover la cabeza de arriba abajo, afirmativamente.

-Muy bien; entonces, sígame.

-No, espere, yo iré...

-Sígame le he dicho -dijo ella. Y saltó a través de la cortina.

El la siguió. Al cruzar el umbral notó una impresión nerviosa, corta pero violenta, y dio un traspiés. Pero se recobró y miró a su alrededor.

Storm estaba medio arrodillada, oteando de lado a lado. Tras un minuto echó una ojeada a su instrumento y la pistola desapareció en su mano.

-No hay nadie -respiró-; estamos seguros por el momento.

Lockridge aspiró temblorosamente, llenando sus pulmones, y trató de comprender en qué clase de lugar se había metido.

El corredor, grande, también semicilíndrico, debía tener unos treinta metros de diámetro. Formaba una recta perfecta, a la derecha y a la izquierda, hasta unos límites que se desvanecían en la lejanía, perdiéndose de vista... debía seguir y seguir durante kilómetros, pensó.

El zumbido y el olor a electricidad eran más intensos allí, impregnando su ser como si se hallase atrapado en alguna inmensa máquina.

Miró hacia atrás, al portal a través del cual habían llegado, y se quedó rígido.

-¿Cómo demonios...?

En aquel lado, conservando la misma altura, el portal tenía, como mínimo, sesenta metros de ancho. Una serie de líneas negras paralelas, distantes entre sí unos centímetros, se extendían ante él por dl suelo del corredor. En el inicio de cada una había una inscripción en un alfabeto que le era conocido, pero cada tres metros aproximadamente se hallaba también un número. Vio: 4950, 4951, 4952...

Sólo la cortina aurórea era igual.

-No tenemos tiempo que perder -Storm tiró de su manga-. Se lo explicaré después; suba.

Señaló una plataforma de frontis curvado, similar a un gran trineo metálico de lados bajos que flotaba a medio metro del suelo. A todo su largo se extendían, en su interior varios bancos sin respaldo, y en la parte delantera había un panel en el que brillaban pequeñas luces de colores, rojo, verde, azul, amarillo.

-¡Vamos!

Montó junto a ella, que tomó el asiento delantero y, dejando la pistola en su regazo, paseó la mano por encima de las luces. El trineo giró y se puso en marcha hacia la parte izquierda del corredor. Se movía en un silencio absoluto, a una velocidad que calculó en unos cincuenta kilómetros a la hora, aunque en alguna forma estaban protegidos del viento.

-¿Pero qué infiernos es este cacharro? -gruñó Lockridge, atragantándose.

-¿Has oído hablar de vehículos sobre cojín de aire? -contestó Storm distraídamente. Sus ojos no cesaban de saltar del vacío que se extendía delante de ellos al disco de colores en su mano.

El espanto se cernió sobre Lockridge.

-Sí, he oído hablar de ellos, y sé que esto no es nada parecido a esos aparatos-. Señaló a su instrumento-. Y ¿qué es eso?

Ella suspiró.

-Un indicador de vida -dijo-. Y estamos viajando en un trineo antigravitatorio. Ahora cállese y vigile nuestras espaldas.

Lockridge se notaba demasiado envarado para permanecer sentado, pero consiguió hacerlo. Colocó el rifle en el banco contiguo. El sudor bañaba sus costados, y le parecía ver y oír con una agudeza preternaturales.

Se deslizaron ante un portal, y otro, y otro. Las puertas se sucedían a intervalos regulares, con, una media de unos ochocientos metros de distancia entre sí, aunque el cálculo se hacía difícil en aquella iluminación fría y saturadora.

Locos pensamientos cruzaban por su mente. Nadie en la Tierra podía haber construido esto. Seres de otro planeta, de otra estrella, de algún lugar de fuera, allí en la inconmensurable oscuridad del cosmos...

Tres hombres aparecieron a través de un portal que el trineo acababa de pasar. Lockridge gritó al mismo tiempo que el indicador de Storm adquiría un color rojo sangre. Ella se volvió y miró hacia atrás. Enseñó los dientes.

Así que tenemos que luchar -dijo en tono belicoso. Y disparó.

Un rayo cegador saltó de su pistola. Uno de los hombres cabeceó y se desplomó, y ,del agujero que se abrió en su pecho salió un humo graso e irritante. Los otros dos habían. desenfundado sus armas antes de que el primero hubiese tocado el suelo. El rayo de Storm pasó a través de ellos y se desintegró en una fuente fulgurante y multicolor que salpicó el suelo y las paredes con fuerza. El aire chasqueaba y el olfato de Lockridge detectó ozono.

Ella oprimió una palanca en su arma. El rayo se apagó y una vaga luz trémula silbante les envolvió a ella y a su compañero.

-Una pantalla de energía -explicó-. Toda la energía se emplea ahora en producirla pero, a pesar de eso, dos rayos incidiendo en el mismo punto pueden atravesarla. ¡Dispare!

Lockridge no tenía tiempo para asombrarse. Se echó el rifle al hombro y apuntó. El hombre que vio era alto pero, perdiéndose en la distancia, sólo podía distinguir sus ceñidos

ropajes negros y su casco, como de romano. Era un blanco sin rostro. Brevemente atravesó su memoria el recuerdo de los bosques de su hogar, la tranquilidad verde y una ardilla arriba en las ramas ...

...Disparó. La bala golpeó en el blanco y el hombre cayó, pero se levantó de nuevo. Ambos saltaron a un trineo antigravedad, de los que bahía uno parado en cada portal.

-El campo de energía frena también los objetos materiales -dijo Storm fríamente-. Su bala tenía muy poca velocidad residual a esta distancia.

El otro trineo comenzó a moverse en su persecución. Los hombres vestidos de negro que lo ocupaban se ocultaban, echados tras el antepecho. Lockridge sólo podía ver la parte superior de sus cascos.

Les llevamos ventaja -dijo-. No pueden ir más de prisa. ¿O sí?

-No -contestó Storm-, pero pueden observar por dónde salimos, volver y decírselo a Brann. Simplemente el que me identificasen, ya sería muy malo.

Sus ojos chispeaban, su nariz se desbocaba y sus senos subían y bajaban. Pero hablaba con más naturalidad de la que el había visto en muchos hombres bajo el fuego enemigo.

-Tendremos que contraatacar -dijo-. Deme su pistola. Cuando me levante para atraer su fuego... no, estese quieto!. Estaré escudada; entonces., usted dispare.

Hizo girar al trineo y lo lanzó contra el otro. El vehículo crecía a la vista de Lockridge con una exasperante lentitud. Pensó que -eran hombres de verdad a los que tenía que matar y alejó de sí la náusea. Ellos estaban tratando de matarles a Storm y a él, ¿no era cierto? Se arrodilló tras el lateral, y preparó su rifle.

El encuentro explotó a su alrededor. Storm se alzó con el arma de energía en su mano izquierda y el Webley ladrando en la derecha. Unos metros más allá, el otro trineo viró. Dos rayos la alcanzaron, despidiendo chispas y cascadas de radiación, moviéndose para converger en un punto.

Y un proyectil silbó desde un arma silenciosa y de cañón chato que también esgrimía uno de los hombres uniformados de negro.

Lockridge se irguió de un salto. Con el rabillo de un ojo vio a Storm sumergida en un geiser de llamas rojas, azules y amarillas, con el cabello agitándose a su espalda bajo la acción de la atronadora energía, disparando y riendo. Miró hacia el enemigo, directamente a un rostro delgado y pálido. El lanzaproyectiles le apuntaba. Disparó exactamente dos veces.

El otro trineo los cruzó y siguió su camino por el corredor.

Los ecos murieron. El aire perdió su pungencia. Sólo quedaba el vibrar de las fuerzas desconocidas que calaban hasta los huesos, su propio olor a sudor y la nubosidad de un portal.

Storm miró hacia atrás, a los cuerpos caídos, mientras se alejaban. Tomó su indicador vital del banco y asintió.

-Les diste -murmuró-. ¡Magnífico tirador! -dejó caer el instrumento, abrazó a Lockridge y le besó con fuerza magulladora.

Antes de que él pudiera reaccionar, lo soltó y giró el trineo. Todavía tenía la cara enrojecida, pero hablaba con absoluta tranquilidad.

-Sería una pérdida de tiempo y energía el desintegrarlos -dijo-, De todas maneras, los Batidores sabrían también que hallaron su fin a manos de los Guardianes. Pero no averiguarán nada más que esto si logramos salir del corredor antes, de que alguien nos vea.

Lockridge se recostó en la banqueta y trató de recapacitar .sobre lo que había ocurrido.

No salió de su ensimismamiento hasta que Storm paró el trineo y le urgió a que saliese. Luego activó los controles y el vehículo comenzó a alejarse.

-Vuelve a su aparcamiento correcto -explicó rápidamente-. Si Brann, supiera que los asesinos de sus hombres habían entrado por 1967 y encontrase un aparato extra aquí, conocería la historia completa. Vamos por aquí.

Se aproximaron al portal. Storm escogió una línea del primer grupo, encabezada 1175.

-Aquí tiene que ir con cuidado -advirtió-. Podríamos perdernos con facilidad el uno del otro. Camine exactamente en esta línea.

Extendió la mano y entrelazó sus dedos con los de él. Lockridge estaba aún demasiado asombrado para apreciar este contacto tanto como lo hubiera hecho en cualquier otra ocasión. Siguiéndola, pasó a través de la cortina. Ella le soltó la mano, y pudo ver que se hallaban en una estancia similar a aquella por la que habían entrado al corredor.

Storm abrió el armario, consultó lo que él tomó por un medidor de tiempo, y asintió con la cabeza, satisfecha. Tomando un par de fardos de un tejido peludo y basto se los entregó, cerró al armario, y ambos comenzaron a ascender por la rampa espiral.

Al llegar al final, ella abrió otra compuerta de terreno con su tubo de control y la volvió a cerrar de nuevo a sus espaldas. El mimetismo era perfecto.

Pero Lockridge no se dio cuenta. Había muchas otras cosas que ver.

El sol se hallaba todavía muy por encima del horizonte cuando habían entrado en el túnel, y no habían podido estar en éste más de una hora. Pero aquí era de noche, con una duna alta casi llena en el cielo. A su pálida luz vio cómo el montículo cubría ahora al dolmen, hasta la altura del coronamiento, can una tosca puerta de madera debajo.

A su alrededor el césped cabeceaba bajo una fría y húmeda brisa. No había ninguna tierra de cultivo al lado, la colina estaba rodeada por maleza y arbolitos jóvenes, en un bosquecillo de medio tamaño.

Hacia el sur se elevaba una sierra que parecía extrañamente familiar, pero que estaba cubierta con un bosque viejo, con unos árboles increíblemente, imposiblemente ancianos. Sólo había visto robles tan grandes en las últimas regiones vírgenes de América. Sus copas aparecían blancas al claro de ,la luna y había una oscura sombra a sus pies.

Una lechuza ululó. Un lobo aulló.

Lockridge levantó los ojos de nuevo y vio que no estaban en septiembre. El cielo correspondía a finales de mayo.

## *II*

-Sí -dijo Storm-, naturalmente que le engañé. La hoguera de acampada se alzaba alta, chisporroteante, y la luz saltaba amortiguada entre el humo, resaltando las tracciones resueltas de ella con tintes rembrandtianos. Por detrás y en rededor, la noche se apelotonaba muy cerca. Lockridge sintió un escalofrío y acercó sus manos a la lumbre.

-No habría usted creído la verdad antes de verla -continuó Storm-. Por lo menos, hubiera perdido tiempo en explicaciones, y ya había estado demasiado tiempo en el siglo veinte. A cada hora aumentaba el peligro que corría, y si Brann hubiera pensado en guardar aquel portal danés... Debe creer que resulté muerta. Había otras mujeres en mi grupo y algunas fueron mutiladas hasta quedar irreconocibles en, la lucha. Sin embargo, podía haber dado con mi rastro.

Exhausto por la emoción, Lockridge dijo simplemente:

-¿Entonces, viene usted del futuro?

Ella sonrió.

-Y usted también, ahora.

-Quiero decir de mi futuro. ¿De cuándo?

-Aproximadamente dos mil años después de su era -dijo ella. Cambió de humor, suspiró y se puso a mirar hacia la oscuridad a sus. espaldas-. Aunque he estado en tantas edades -añadió-, estoy ligada a tanta historia, que a veces me pregunto si queda en mí algo de la época en que nací.

-Y... estamos todavía en el mismo lugar en que entramos en el corredor, ¿no es así? Pero, ¿cuánto tiempo en el pasado?

-Según su forma de contar, estamos a principios de verano del año 1827 antes de Cristo. Comprobé la fecha exacta en un reloj calendario en la antesala. La salida no puede ser precisa, puesto que el cuerpo humano tiene una anchura definida equivalente a un par de meses. Es por esto por lo que tuvimos que cogernos de la mano al atravesar la cortina para que no nos encontrásemos separados por un intervalo de semanas. Si pasase una cosa así alguna vez, vuelva al corredor y espere. Allí también pasa el tiempo, pero en un plano diferente, y nos sería posible encontrarnos.

Casi cuatro mil años, pensó Lockridge. En estos días el Faraón se sienta en el trono de Egipto, el Rey del Mar de Creta piensa comerciar en Babilonia, Mohenjo-Daro se alza orgullosa en el valle del Indo, el árbol General Grant no es más que el brote de una semilla. El bronce es conocido por el mundo mediterráneo pero la Europa del norte está todavía en el neolítico y el dolmen en la loma ha sido levantado, hace tan sólo unas pocas generaciones, por gentes cuya agricultura de cosecha y quemado ha acabado con la fertilidad del suelo, obligándoles a emigrar a otros campos.

Mil ochocientos años antes aún de Abraham... acampados en una Dinamarca en la que todavía tenía que entrar ese pueblo que se autodenominaba danés.

La extrañeza de la situación pasó por él casi en forma física. Notó un frío que le recorría todo el cuerpo, pero se repuso de la sensación y preguntó

-Pero, ¿qué es en definitiva ese corredor? ¿Cómo funciona?

-Los principios físicos en los que se basa no tendrían ningún significado para usted -dijo Storm-. Considere que es un. tubo de fuerza al cual se le ha dado una rotación, en su sentido longitudinal, sobre el eje de tiempo, La entropía sigue creciendo en su interior: hay una corriente temporal. Pero desde el punto de vista de alguien, que se halle dentro, el tiempo cósmico, o sea el tiempo exterior, está paralizado. Así, escogiendo el portal adecuado, es posible salir en la correspondiente era deseada. El factor de conversión -arrugó la frente en -intensa concentración sería, en sus medidas, de un día por centímetro aproximadamente. Cada pocos siglos hay un portal, con una amplitud de veinticinco años. Los intervalos entre portales no pueden ser inferiores a doscientos años, o el campo de fuerza se debilitaría y podría venirse abajo.

-¿Llega éste hasta el siglo de usted?

-No. Este va desde el año 4000 a. de C. hasta el 2000 d. de C. No es posible construirlos mucho más largos. Existen numerosos corredores a través del espaciotiempo del planeta, de distintas longitudes cada uno.

Los portales están construidos de forma que se superpongan en el tiempo y así, yendo de uno a otro, un viajero puede llegar a cualquier año específico que desee. Por ejemplo -continuó- para ir más hacia atrás del año 4.000 a. de C. podríamos tomar corredores en Inglaterra o en China, cuyos portales también cubren este año. Para ir más hacia el -futuro de

lo que llega éste, tendríamos que buscar otros, cuyos límites se extendiesen más, en otros lugares.

-¿Cuándo fueron construidos?

-Un siglo o dos antes de que yo naciese. La lucha entre los Batidores y los Guardianes ya era muy intensa por aquel entonces, y el propósito original de dedicarlos a la investigación científica fue rápidamente olvidado.

Los lobos daban voz a la noche. Un, cuerpo pesado atravesó corriendo los matorrales y un coro salvaje de aullidos lo siguió.

-Comprenderá -dijo Storm- que no podemos luchar en una guerra total en nuestro tiempo. Esto equivaldría al fin de ¡la Tierra.

-Entonces, ¿conocen su propio futuro? -preguntó Lockridge asombrado.

La cabeza de ella se movió negativamente.

-No -dijo-. Cuando se pone en funcionamiento el Activador para crear un nuevo corredor, cava un túnel en ambas direcciones por igual. Nos atrevimos a ir una vez más allá de nuestra era, pero allí había centinelas que nos rechazaron, con unas armas que no logramos comprender. Ya no seguimos tratando; fue demasiado terrible.

El saber que había misterios más profundos que los que él no comprendía era algo que no podía soportar, así que Lockridge prefirió volver hacia temas prácticos.

-De acuerdo -dijo-; parece ser que estoy alistado en su bando en esta guerra. Pero, ¿le molestaría decirme por qué combatimos? ¿Quienes son sus enemigos? ¿Quién es usted?

-¿Me permitirá que siga usando el nombre que tomé en su época? -contestó Storm-. Creo que es un nombre con suerte

Permaneció sentada, reflexionando por un momento.

-No creo que se pudiese dar cuenta del motivo real tras el conflicto de mi tiempo -dijo-. Hay demasiada historia entre usted y yo. ¿Podría un hombre de su propio pasado tener una clara noción de cuál es la diferencia básica que divide en su tiempo al Este del Oeste?

-Tengo que reconocer que no sería posible -admitió Lockridge-. De hecho, muchos de los habitantes de mi propio tiempo tampoco son capaces de comprenderlo.

-De todas maneras -dijo Storm-, mi lucha es en el fondo la misma. Porque sólo ha habido una a lo largo de la existencia del Hombre: no importa cuán distorsionada estuviese, no importa cuán confusa fue, se, siempre ha sido la lucha entre dos filosofías, en cualquier forma que se presentasen: planeamiento contra evolución, orgánica, control contra libertad, racionalismo dominante contra un profundo respeto por el instinto. ¿Cuál es y cuál debe ser la naturaleza del hombre? ¡Este es el motivo de la batalla.

Su voz descendió de volumen. Miró al bosque que limitaba la pradera.

A menudo -dijo lentamente- pienso que el declive comenzó en este mismo milenario, cuando los dioses de la tierra y su Madre fueron apartados por aquellos que adoraban mirando a los cielos. -Se agitó, cono si quisiera librarse de algo, y continuó en ese tono distinto-: Bueno, Malcolm, acepté por el :momento que los Guardianes son los defensores de la vida... de la vida en su totalidad, sin ataduras, en todo su esplendor y tragedia, mientras que los Batidores desearían convertir al mundo en una especie de máquina. Esto no es sino una forma muy elemental de exponer el problema, tal vez más tarde pueda explicárselo mejor. Pero, ¿cree que mi causa no merece la pena?

Lockridge la observó y le pareció ver un joven, gato salvaje.

-No -dijo, en un impulso que hizo desaparecer todo el terror, todo el remordimiento y la soledad-. La seguiré.

-Gracias -murmuró ella-. Si supiera a lo que se compromete, no sólo con su palabra, sino con su propia sangre, comprendería por qué en este momento seria capaz de saltar por sobre el fuego hacia usted.

¿Qué quiere decir con eso?, habría deseado preguntar. Pensó soñadoramente que un hombre siempre podía alimentar esperanzas. Pero, antes de que pudiera hablar, Storm dijo:

-Los próximos meses van a ser muy interesantes para usted.

-¡Ciertamente que sí! -admitió él-. En realidad, cualquier antropólogo daría su brazo derecho por encontrarse aquí. Yo mismo no puedo creer todavía que esto sea real.

-Pero hay peligros -advirtió ella.

-En cualquier sitio los hay. ¿Cuál es la situación? ¿Qué tenemos que hacer?

-Déjeme comenzar por el principio -pidió Storm-. Como le dije, la lucha entre los Batidores y los Guardianes no puede ser llevada a cabo a gran escala en nuestro tiempo. En lugar de esto, se ha circunscrito principalmente al pasado. Se establecen bases en puntos estratégicos y... bueno, no importa eso ahora. Sabía que los Batidores tienen un punto fuerte en el reinado de Harald Bluetooth. Aunque la religión Asa ya era una con Padre del Cielo, la introducción del Cristianismo fue, sin embargo, un nuevo avance para ellos, formando el cimiento sobre el .que asentar la idea de una monarquía centralizada y eventualmente del Estado racionalista. De allí venían, los hombres que encontramos.

-¡Eh!, un momento..., ¿quiere decir que ustedes cambian el pasado?

-Oh, no. Nunca. Eso es imposible por naturaleza. Si alguien tratase de hacerlo, hallaría que siempre existían acontecimientos que frustrarían su propósito. Lo que ha sido, es. Nosotros, los viajeros del tiempo, somos parte del cuadro. Pero podríamos decir que encontramos aspectos de la trama que nos son, favorables para nuestras causas respectivas, y así obtenemos reclutas y nos fortalecemos para cuando llegue la lucha final.

»Bueno, en mi tiempo los Batidores poseen el hemisferio occidental y los Guardianes el oriental. Yo guié un grupo al siglo veinte y una vez allí a América. No podíamos realizar nada de importancia por nosotros mismos sin ser vistos por los agentes enemigos, que son mucho más numerosos en su era que nosotros, pero nuestro plan era organizar una sociedad cuyo propósito fuera algo que no atrajese la atención, para representar el papel de ciudadanos ordinarios de la época.

»Escogimos la suya porque era la primera en que se podían encontrar los artículos que necesitábamos, transistores, por ejemplo, localmente, y por tanto sin despertar sospechas. Bajo el aspecto de una empresa minera de Colorado produjimos nuestras instalaciones subterráneas, fabricamos un Activador y perforamos un nuevo corredor. El plan era atacar a través de él, saliendo en el corazón del territorio Batidor en nuestro propio tiempo. Pero en el momento en que el corredor estuvo acabado, Brann llegó por él con una fuerza abrumadoramente superior. No sé como tuvo noticia. Sólo yo escapé.

»Durante más de un año erré por los Estados Unidos, buscando un camino para regresar. Todos y cada uno de los corredores que se dirigían hacia el futuro estarían guardados, lo sabía, pues los Batidores son fortísimos en la Civilización Industrial Primitiva. En ninguna parte pude hallar a ningún Guardián.

-¿Cómo vivía? -inquirió Lockridge.

-Usted diría que del robo -dijo Storm.

Lockridge se sobresaltó, y ella rió.

-Esta arma de energía que llevaba conmigo puede ser regulada para que nada más aturda. No hubo problemas en conseguir algunos millares de dólares, de poco en poco. Estaba desesperada. ¿Acaso puede recriminármelo?

-Debería hacerlo -Lockridge la observó a la luz de la hoguera-; pero no lo hago.

-No creí que lo hiciese -dijo ella suavemente-. Es usted una persona como apenas me atrevía a esperar encontrar. Vea. Necesitaba un ayudante, un guardaespaldas, alguien, que me acompañase. Una mujer viajando sola es algo demasiado conspicuo en todas las épocas pasadas. Y yo tenía que ir al pasado. Comprobé que no había guardia en este corredor danés. Era el único que me atrevía a usar en aquellas décadas. Y aún así, ya se vio qué cerca estuvimos de ser destruidos.

Hizo una pausa.

-Pero ahora estamos aquí. Hay una base de Guardianes en Creta, donde la vieja fe todavía tiene fuerza. Desgraciadamente, no puedo simplemente llamarles para que vengan a recogernos. Los Batidores también actúan en este medio; como ya dije es un tiempo crucial, y posiblemente interceptarían el mensaje, con lo que tal vez nos encontrasen antes que nuestros amigos. Pero una vez hayamos llegado a Knossos podremos obtener una escolta armada para ir de corredor en corredor hasta que llegue a mi hogar. Usted será dejado en su propia era.

Se encogió de hombros.

-Dejé una buena cantidad de dólares escondidos en los Estados Unidos -dijo-. Podría usted tomarlos para compensarle por sus problemas.

-Olvide eso -contestó bruscamente Lockridge-. ¿Cómo llegaremos a Creta?

-Por mar. Durante largo tiempo ha habido comercio entre estas regiones y el Mediterráneo. El Limfjord no está muy lejos y un barco de Iberia, que está bajo la religión de los constructores de megalitos, llegara durante este verano. En Iberia podremos transbordar. No será más largo y será más seguro que seguir la ruta del ámbar por tierra firme.

-Hummm... bueno, parece razonable. Y supongo que llevamos el suficiente metal encima como para comprar nuestros pasajes, ¿no?

Storm alzó la cabeza.

-Si no -dijo altaneramente-, no se rehusarán a llevar a Aquella a la cual adoran.

-¿Cómo -la boca de Lockridge se abrió desmesuradamente-. ¿Quiere decir que puede hacerse pasar por...?

-No -dijo ella-. Yo *soy* la Diosa.

## *IIII*

Las blancas nieblas matutinas flotaban bajas sobre una tierra empapada. Goteaba el agua de un millar de hojas, brillaba en el aire y se perdía en los matorrales y helechos. Los bosques resonaban con el canto de los pájaros. Arriba en lo alto planeaba un águila, con las alas como de oro por la luz naciente.

Lockridge se despertó bajo una mano que lo sacudía y parpadeó trabajosamente.

-¿Uh? Eh... no... -el día de ayer le había agotado, estaba envarado, .con la cabeza pesada y los músculos doloridos. Miró a la cara de Storm y se esforzó desmañadamente en, reconocerla, en recordar y aceptar lo que había ocurrido.

-Levántese -dijo ella-. He vuelto a encender el fuego de nuevo. Usted preparará el desayuno.

Sólo entonces vio cómo estaba vestida: con sandalias de cuero; una cinta en la cabeza, de piel de pájaro; una bolsa de pieles; un collar de ámbar bruto, y una corta falda de líber. Se sentó en su saco de dormir con una ahogada exclamación de sorpresa, alegría y, tal vez, de temor. Nunca había supuesto que el cuerpo humano pudiera ser tan hermoso.

Sin embargo, su reacción instintiva murió al momento. No era simplemente porque ella no le concediera más atención que si hubiera sido otra mujer, o un perro. Era que uno no se insinúa, no es posible hacerlo, a la Victoria de Samotracia.

Ella apuntó a un hatillo que habían sacado del armario de la antesala del corredor.

-Aquí están sus vestidos contemporáneos -dijo-. Póngaselos.

No podía irritarse porque ella le ordenase lo que tenía que hacer. El fardo resultó ser un corto manto de lana tejida floja, de color azul dado por algún colorante vegetal, con un broche de espino. La prenda principal era una túnica de líber sin mangas que se puso metiéndosela por la cabeza y ajustándola con una correa. Calzado, faja y una daga en forma de hoja de árbol, hecha de pedernal tan finamente trabajado que parecía casi metálica, completaban el atuendo masculino.

-Puede pasar -comentó Storm-. Estamos vestidos como miembros bien situados del clan de los Tenil Orugaray, el Pueblo del Mar, los aborígenes. Los detalles no importan demasiado. Seremos viajeros que han debido adquirir ropas en el lugar cuando las suyas estuvieron muy estropeadas -abrió una cajita que también se encontraba entre las ropas. Dentro había un glóbulo pequeño y transparente-. Póngase esto en la oreja -ordenó.

Apartando un mechón de cabellos oscuros, le enseñó cómo hacerlo con otro objeto similar. El ya había observado que ella llevaba ya otro en la oreja izquierda. Cuando se lo colocó, no notó ninguna mejora en su capacidad auditiva, pero sí lo sintió raramente frío y en su oreja una débil sacudida le recorrió el cráneo hasta llegar a la nuca.

-¿Me entiende? -interrogó Storm.

-Claro, naturalmente... -se le estranguló la voz al oír sus propias palabras. Porque no habían, sido pronunciadas en inglés.

¡Ni en ningún idioma que él conociese!

Storm sonrió.

-Tenga buen cuidado con su diaglosa -dijo-. La hallará más valiosa que un arma.

* * *

Lockridge obligó a su mente a que observase y razonase. ¿Qué era lo que ella había dicho realmente? Arma lo había dicho en inglés, y diaglosa no estaba en concordancia con el resto de sus palabras. En cuanto a éstas... gradualmente, a medida que usaba el lenguaje, se dio cuenta que era aglutinativo, con una gramática completa y muchas variantes distintivas desconocidas al hombre civilizado. Así, por ejemplo, había aproximadamente veinte términos distintos para el concepto «agua», según qué clase de ésta estuviese ligada a unas circunstancias determinadas. Y por otra parte no podía expresar nociones tales como «masas», «gobierno», «Dios», o «monoteísmo», por lo menos no sin tener que efectuar los juegos de palabras más complicados que habría podido imaginar.

Sólo poco a poco, en los días siguientes, pudo darse cuenta de cuán diferentes eran ahora los conceptos de «causa», «tiempo», «individuo» y «muerte» de los suyos propios.

-El aparato es un codificador molecular -dijo Storm en inglés-. Almacena los lenguajes importantes y las costumbres básicas de una Era y de un área de terminadas, en este caso de la

Europa del Norte comprendida desde lo que algún día será Irlanda a lo que será Estonia, más los de otros puntos exteriores que pudieran sernos de utilidad, como los de Iberia y Creta. Obtiene su energía del calor natural del cuerpo, e introduce su información a través del flujo nervioso del cerebro. De hecho tiene usted en este momento una memoria artificial añadida a la suya propia.

-¿Todo esto en un objeto tan pequeño? -preguntó Lockridge débilmente.

Los -hombros de Storm se encogieron.

-Un cromosoma es más pequeño y lleva mucha más información -dijo-. Prepare algo de comida.

Los paquetes contenían sustancias enlatadas que no le eran familiares, pero que resultaron ser deliciosas una vez las hubo calentado. Storm paseóse por el prado, perdida en sus pensamientos, mientras él cocinaba. Ido se daba cuenta del frío, por lo que él se preguntó si sería humana. Tras todo lo que habían pasado no presentaba signos de cansancio.

Sobrehumana... la noche pasada había mencionado algo sobre control genético. Han creado a un hombre que va más allá del hombre, en el futuro, pensó. No le extrañaba que pudiese ser una diosa en Creta.

O había un estimulante en la comida o el trabajo le había desentumecido. Cuando apagó el fuego y cubrió las cenizas con. tierra, y Storm le dijo: «Bien, veo que sabe cómo actuar en el :campo>, con una sonrisa, se sintió con ánimos para luchar hasta con un oso.

Ella le enseñó cómo operar el tubo de control del portal y lo escondió en el tronco hueco de un, árbol, junto con sus ropas del siglo xx. Conservaron las armas y algunos objetos de hierro que constituían regalos principescos en esta Era. Luego recogieron sus paquetes, los cargaron y se pusieron en. marcha.

-Vamos a Avildaro -dijo Storm-. Nunca he estado allí, pero es un puerto de tránsito y si no llega a él ningún barco este año, allí sabremos dónde puede legar.

Lockridge sabía, por el objeto que llevaba en la oreja, que los habitantes de este pueblo eran cazadores, pescadores, y que en pequeña escala también eran, agricultores, que adoraban a la Madre y que últimamente el pueblo de los carros, que conocían ya a Ella pero que sacrificaban aún a dioses masculinos, había llegado para perturbar una larga paz...

Dejó de recordar esas fantasmales memorias que no eran suyas. Le apartaban del día que le rodeaba y de la mujer que estaba a su lado.

Al borde de la floresta primigenia, Storm encontró un sendero y comenzaron a caminar hacia el norte. La vida proliferaba por doquier, eglantinas y zarzas, helechos y hongos, musgo y muérdago cubriendo los robles. Las mariposas manchaban el aire de azafrán, las ardillas corrían sobre las ramas como regueros de fuego, centenares de especies de pájaros anidaban.

Cantos y charloteos y batir de alas reverberaban hacia el suelo desde los arcos de hojas; más lejos las perdices tabaleaban, un jabalí gruñía y un uro lanzaba su desafío al mundo entero. Lockridge notó cómo su espíritu se ensanchaba con el sol y la brisa y el aliento de las flores. «Si Storm guarda esto -pensó-, estoy con ella.»

* * *

Ella no dijo nada durante una hora, y él no sintió necesidad de hablar. Esto habría apartado su mente de la contemplación de ella, caminando a su lado con andares de pantera,

de la luz que se volvía de color azul oscuro en su cabello, verde en sus ojos y dorado en su piel, hasta perderse en la sombra de su vestido.

A media mañana habían salido a campo abierto, ancho y llano, donde se agitaba la yerba, susurraban los sotos aislados y la luz y la sombra corrían bajo las nubes. El camino se ensanchaba, se enlodaba y atravesaba un fangal.

En este lugar, abruptamente, Storm se paró. Los músculos de su estómago se contrajeron y dejó caer una mano hacia su pistola. Lockridge vio huellas de ruedas y las pisadas de pezuñas sin herrar en el húmedo suelo.

-Los Yuthoaz -murmuró Storm. Pronunció el nombre con un sonido gutural. Por la diaglosa Lockridge sabía que así era como se autodenominaban las tribus locales de la cultura del Hacha de Guerra. Y el hacha de esos invasores, adoradores del sol, no era el labris para talar árboles, sino que era un hacha para combatir.

-La información que poseemos -dijo Storm ceñuda-, es demasiado limitada. Nadie pensó que esta estación fuera lo suficientemente importante como para necesitar exploración intensiva. No sabemos lo que va a pasar aquí este año -se quejó. Y tras un momento continuó pensativa-: Sin embargo, el reconocimiento determinó sin lugar a dudas que no hubo uso, en gran escala, de artefactos de energía en esta área durante todo el milenario. Esta fue una de las razones. por la que escogí ir tan lejos .en el pasado, en, lugar de abandonar el corredor en una fecha posterior en la que también están operando los Guardianes. Sé .que los Batidores no están viniendo aquí, así que me atreví a dejar el corredor en el primer año de este portal, pues será accesible por un cuarto de siglo. Y, además, hay otro dato: un informe obtenido por un grupo de vigilancia en Irlanda, cuyo portal está desfasado en un siglo con el de Dinamarca, dice que Avildaro todavía existe y que aún más, habrá crecido en importancia dentro de un centenar de años.

Cambió de hombro su bulto y siguió andando.

-Así que tenemos poco que temer -concluyó-. Todo lo más, podemos hallarnos mezclados en las refriegas entre dos grupos de la Edad de Piedra.

Lockridge acompasó su marcha a la de ella. Siguieron un par de kilómetros a través de la yerba mecida por el viento entre las aisladas matas. Excepto algún gigante ocasional, respetado por ser sagrado, estos árboles costeros no eran encinas, sino fresnos, olmos, pinos, y especialmente hayas, otro alto invasor que había comenzado a echar raíces en Jutlandia.

Al contonear el camino un bosquecillo, Lockridge vio un rebaño de cabras en la lejanía. Dos niños, desnudos y tostados por el sol, con, mechones de cabello descolorido, las vigilaban. Uno tocaba una flauta de hueso, el otro estaba echado en una rama con las piernas colgando. En cuanto vieron a los recién llegados lanzaron un grito. Uno de los niños, el de la flauta, salió corriendo por el sendero, mientras el otro subía a escape por el árbol y desaparecía en la hojarasca.

Storm asintió.

-Sí, tienen razones para temer dificultades -dijo-. Las cosas no eran así antes.

Lockridge recordó artificialmente lo que había sido la vida para los Tenil Orugaray: paz, hospitalidad, momentos de trabajo duro separados por largos intervalos de vida fácil en los que se practicaban las artes de la talla del ámbar, de la música, de la danza, del amor, de la caza o de la simple holgazanería. Sólo existía la más amistosa de las rivalidades entre los pueblecitos pescadores dispersos a lo largo de esta costa, cuyos habitantes, de todas maneras, estaban intrincadamente emparentados. El único contacto para el comercio era con los campesinos del interior.

No es que esas gentes fueran alfeñiques. Cazaban osos y jabalíes, rotulaban los terrenos nuevos con palos aguzados, arrastraban rocas por el campo para construir los

dólmenes y las más grandes y modernas tumbas de pasadizo. Sobrevivían inviernos en los que las galernas lanzaban heladas, nieve y hasta el mismo mar en contra de ellos desde el oeste. Sus botes de piel perseguían a las focas y marsopas aun fuera de la bahía, que se hallaba abierta en, esta era, y a menudo cruzaban el mar del Norte para comerciar en Inglaterra o Flandes.

Pero nada parecido a la guerra, casi ni siquiera al asesinato, había sido conocido hasta que los conductores de carros habían llegado.

-Storm -preguntó lentamente-, ¿comenzaron ustedes el culto a la Diosa para introducir la idea de paz en el hombre?

Las ventanas de su nariz se dilataron, y Storm habló casi con desprecio:

-La Diosa tiene tres caras: Madre, Virgen y Reina de la Muerte. La vida -estremecido, él casi no oyó el resto-, tiene un lado terrible. ¿Cómo cree que podrán soportar lo que viene después de la época de usted esos clubes de té aguado y obras de caridad que ustedes llaman Iglesias Protestantes? En la danza del toro, en Creta, los que mueren son considerados como sacrificios a los Poderes, y entre los constructores de megalitos de Dinamarca, no aquí donde la fe ha entrado en una cultura todavía más antigua, sino en cualquier otra parte, matan y se comen a un hombre cada año.

Observó su sobresalto, sonrió, y palmeó su mano.

-No se lo tome tan a pecho, Malcolm -dijo-. Tuve que usar el material humano que había. Y por lo menos, la guerra por conceptos abstractos como son el poder, la rapiña, la gloria, la es ajena a Ella . .

El no podía discutir, no podía más que aceptar lo que ella decía, cuando se le dirigía en esta forma. Pero permaneció silencioso por una media hora.

* * *

Para entonces estaban entre campos. Guardados por verjas de espinos, la cebada y la espelta habían comenzado justamente a germinar, verde desvaído sobre la oscura tierra. Sólo unos acres estaban en cultivo y las mujeres, que ordinariamente deberían hallarse arrancando las hierbas, no se hallaban a la vista.

Por otra parte, los pastos sin acotar se extendían a ambos lados. Delante brillaba el parpadeante trazo del Limfjord. Una arboleda ocultaba el poblado, pero por encima de ella se veía ascender el humo

Varios hombres llegaron a buen paso. Eran de piel clara y grandes huesos, vestidos de forma similar a Lockridge, con, el cabello trenzado y las barbas cortas. Algunos tenían escudos de mimbre, vivamente pintados. Sus armas eran lanzas con puntas de pedernal, arcos, dagas y hondas.

Storm se detuvo y alzó las manos vacías. Lockridge hizo lo mismo. Viendo el gesto y la vestimenta, los habitantes del pueblo se relajaron visiblemente. Pero, mientras se acercaban, la incertidumbre cayó de nuevo sobre ellos. Arrastraron los pies, bajaron la vista y finalmente se pararon.

«No saben quién o qué es -pensó Lockridge-, pero hay ese algo en ella que... »

-En todos los nombres de Ella -entonó Storm-, venimos como amigos.

El líder hizo acopio de coraje y avanzó. Era un hombre macizo, de cabello grisáceo, con la cara curtida v los ojos marcados por una vida pasada en el mar. Su collar incluía un par

de colmillos de morsa y un. brazalete de cobre procedente del comercio brillaba en una muñeca fornida.

-Entonces -dijo con voz profunda-, en los nombres de Ella y en el mío propio, Echegen, cuya madre fue Ularu, y que dirige en el consejo, sed bienvenidos.

Con una fracción de su mente, Lockridge escuchó la explicación de Storm mientras el grupo caminaba hacia la costa. Ella y su compañero eran viajeros del Sur, el lejano y exótico Sur del que venían todas las maravillas, pero sobre el que -los hombres sabios estaban sorprendentemente bien informados, que se habían encontrado separados de sus compañeros. Deseaban habitar en Avildaro hasta que pudiesen tomar pasaje hacia su hogar. Una vez establecidos, ella dio a entender que harían ricos presentes.

Los pescadores se relajaron aún más. Si eran una diosa y su sirviente yendo de incógnito, por lo menos se proponían actuar como si fuesen seres humanos vulgares. Y sus historias animarían muchos atardeceres; visitantes envidiosos vendrían desde todos los lugares para ver y oír, y se llevarían a sus casas el relato de la importancia de Avildaro.

Hasta tal vez influenciase su presencia sobre los Yuthoaz, cuyos exploradores habían sido avistados recientemente, y les hiciese permanecer alejados. El grupo entró en el pueblo con, mucho charloteo bullicioso y grandes muestras de alegría.

## *IV*

Auri, cuyo nombre significaba Pluma Flor, había dicho:

-¿Quieres realmente visitar las ciénagas de los pájaros? Yo podría ser tu guía.

Lockridge se frotó la barbilla, donde los pelos ya eran ahora una corta barba, y miró hacia Echegon. Esperaba cualquier cosa, desde una horrorizada desaprobación hasta una carcajada indulgente. En su lugar, el cabecilla casi saltó sobre la oportunidad, patéticamente deseoso de enviar a su hija a un paseo con su huésped. Lockridge no estaba seguro del por qué.

Storm rehusó la invitación de unirse a ellos, con evidente descanso por parte de Auri. La muchacha estaba algo más que un, poco asustada ante la mujer morena que se mantenía tan apartada de todos y que permanecía tanto tiempo sola en el bosque.

Storm le había confiado a Lockridge que hacía esto en gran parte para mantener su aureola ante los ojos de la tribu, pero parecía haberse alejado de él también, y no la había visto mucho durante la semana y media que llevaban residiendo en Avildaro. Aunque estaba demasiado fascinado por lo que le rodeaba para tener tiempo de sentirse ofendido, sin embargo, se había dado cuenta de que había ahora un abismo entre los dos.

En el momento en que el sol declinaba, hundió el remo y lanzó la canoa hacia el poblado. No era ésta una de las grandes barcas pesqueras de cuero que salían del Limfjord, sino simplemente una pequeña piragua de costado de mimbre, que no necesitaba más cuidado que una rama verde atada a proa para mantener bajo control a los dioses del mar.

Silencioso, tranquilo, pero repleto de patos, gansos, cisnes, cigüeñas y garzas, el pantano quedó atrás. Lockridge se puso paralelamente a la costa sur de la bahía, que se diluía en un verdor que se volvía dorado por la luz del ocaso. A su izquierda el agua rielaba hacia el horizonte, disturbada solamente por unas pocas gaviotas que planeaban en círculos y por el ocasional salto de un pez.

Tan silencioso estaba el aire que esos sonidos remotos llegaban casi tan claros como el chapoteo y gotear de su remo. Advirtió un olor mezcla de tierra y sal, de floresta y algas. El

cielo se arqueaba sin nubes, azul oscuro, ennegreciéndose en el anochecer sobre la cabeza de Auri, sentada a proa.

¡Uuuf!, pensó Lockridge. Un bello día, pero estoy contento de haber escapado a esos mosquitos. A ella no la han molestado en absoluto... bueno, hay que reconocer que estos nativos han sido picados tantas veces que llegan a inmunizarse.

Las molestias no eran, sin embargo, muy grandes, ni siquiera el deseo, imposible de realizar, de fumar un cigarrillo. Y la molestia estaba suficientemente compensada por la sensación de notar el agua viviente bajo su remo y el resurgir torpe de sus músculos. Y también, naturalmente, por tener a una bella muchacha a su lado.

-¿Encontraste placer en el día? -preguntó ella tímidamente.

-¡Oh, sí! -contestó él-. Muchas gracias por haberme acompañado.

Ella le miró asombrada, y él recordó que los Tenil Orugaray, como los indios Navajos, daban las gracias únicamente por los grandes favores; las ayudas prestadas en la vida diaria eran tenidas por cosa normal y obligada. La diaglosa le daba fluencia en el lenguaje, pero no sustituía los hábitos establecidos.

Su cara se coloreó, al igual que su cuello y pecho. Bajó la vista y murmuró:

-No, yo debo agradecértelo.

El se quedó mirándola. Aquí no llevaban la cuenta de los cumpleaños, pero Auri era tan esbelta, con un aire tan. encantador de juventud en sus movimientos, que suponía que tendría quince a lo sumo. Entonces se preguntó por qué todavía sería virgen. Otras muchachas, casadas o no, aún desde más jóvenes, disfrutaban de un tipo de libertad similar al de las islas Samoa en su propio tiempo.

Naturalmente, él no pensaba ni por un momento en dañar su posición aquí por tratar de tener relaciones con la única niña superviviente en la casa de su huésped. Más importancia todavía tenía el honor... y las inhibiciones, .sin duda alguna. Ya había rehusado los avances de algunas muchachas que había considerado demasiado jóvenes, pues habían suficientes hermanas mayores. La inocencia de Auri le llegaba como la brisa de los espinos blancos que florecían tras su casa.

Debía admitir -que se sentía algo tentado. Ella era linda: unos inmensos ojos azules, una naricilla chata pecosa, y el suelto cabello de las doncellas cayéndole en blondas olas desde debajo de una guirnalda de florecillas por toda la espalda. Y le seguía por todo el poblado con una asiduidad embarazosa.

-No tienes nada .que agradecerme, Auri -dijo Lockridge-; tú y los tuyos me habéis dado más cariño del que me merezco.

-¡No, en absoluto! -protestó ella-. Tú me colmas de bendiciones.

-¿Cómo es eso? No he hecho nada para ello.

Los dedos de ella se entrelazaron, y bajó los ojos al regazo. Le resultaba tan difícil explicarse, que él deseó no haber hecho la pregunta. Pero no se le ocurría ninguna forma para retirarla ahora.

La historia era simple. Entre los Tenil Orugaray, una doncella era sagrada, inviolable. Pero cuando ella misma creía llegado el momento, designaba a un hombre para iniciarla, en el festival de la siembra, en primavera, mediante un ritual -tierno y asombroso.

El elegido de Auri se había ahogado en el mar unos pocos días antes del momento preciso. Los Poderes estaban claramente molestos, y la Hechicera había decidido que, además de ser purificada, ella debería permanecer sola hasta que la maldición fuese eliminada en alguna forma. Esto había sido hacía más de un año.

Era un asunto grave para su padre (o por lo menos para el cabeza de familia, pues la paternidad era difícil de definir en este tipo de cultura). Y, siendo coma era el cabecilla, era problema de toda la tribu. Mientras que en el consejo no se sentaban más que las abuelas, los sexos tenían :esencialmente los mismos derechos y la descendencia era por línea materna. Si Auri moría sin hijos, ¿qué ocurría con su herencia? En cuanto a ella misma, no era exactamente que la esquivasen, pero aquel había sido un duro año en el que se había visto excluida de casi todo.

Cuando habían llegado los extranjeros, portando maravillas nunca vistas y concediendo algunas de ellas como regalos, pareció ser una señal. La hechicera había consultado a las astillas de haya en la oscuridad de su choza, y le había dicho a Echegon que así era en efecto.

Grandes y desconocidos Poderes habitaban en Storm y en su ayudante Malcolm. Al favorecer a la casa de Echegon, apartaban, el mal. Hoy, cuando el mismo Malcolm no había desdeñado el acompañar a Auri por las siempre traicioneras ciénagas...

-¿No podrías quedarte? -rogó ella-. Si me honrases la próxima primavera, yo sería... algo más que una simple mujer. La maldición se convertía en una bendición sobre mí.

-Lo siento -dijo él lo más dulcemente que pudo, sintiendo que sus mejillas le ardían-. No podemos esperar, tenemos que partir con el primer barco.

Ella inclinó la cabeza y se mordió el labio.

-Pero me ocuparé de que la prohibición sea cancelada -prometió-. Mañana hablaré con la Hechicera. Entre los dos seguramente encontraremos un camino.

Auri se secó algunas lágrimas v le mostró una sonrisa incierta.

-Gracias -dijo-. Pero sigo deseando que pudieras permanecer con nosotros. ¿O tal vez puedas volver en primavera? Si me vuelves a la vida -tragó saliva--no habrá palabras para agradecértelo.

Cuán fácilmente se convertía uno en dios.

*  *  *

Tratando de tranquilizarla, comenzó a hablar de asuntos que eran usuales para ella. Auri se sorprendió mucho de que le preguntase sobre alfarería, que era trabajo de mujeres, tanto que casi olvidó sus problemas, especialmente debido a que ella era conocida por todos por la maestría con que modelaba las piezas de cerámica que a él tanto le gustaban.

La conversación la llevó a rememorar la búsqueda del ámbar.

-Cuando salirnos tras una tormenta -dijo sin aliento, con la mirada encendida- a las dunas, todo el pueblo, para recoger lo que ha quedado seco... ¡ah, entonces es un momento de alegría, y cuántas ostras y peces cocinamos! ¿Por qué no creas una tormenta mientras estás aquí, Malcolm, y así tú también participarías en la diversión? Te enseñaré un lugar -continuó excitadamente- que conozco, donde las gaviotas vienen a comer en la mano, y nadaremos entre los escollos persiguiendo maderas flotando y... ¡y todo lo demás!

-Temo que el tiempo caiga fuera de mi control -dijo él-. Soy tan sólo un hombre, Auri. Sí, tengo algunos poderes, pero en realidad no son muy importantes.

-Creo que puedes hacer cualquier cosa;

-Bueno... esto... Este ámbar lo recogéis principal: mente para comerciar con él, ¿no es cierto?

La cabeza de ella asintió

-Los habitantes de tierra adentro lo desean, y el pueblo de más allá del mar del Oeste, y los marinos de los barcos del Sur. Si el barco atraca en otro sitio que no sea Avildaro este año, ¿podré ir contigo para verlo?

-Ciertamente, si nadie se opone.

-Me gustaría ir contigo al Sur-dijo ella, soñadora.

El se la imaginó en un mercado de esclavos de Creta, o perdida y aterrorizada en su propio mundo de máquinas, y suspiró.

-No, lo siento -dijo-. Eso, no podrá ser.

-Lo sabía -el tono de ella era calmado, sin señales de autocompasión. En el Neolítico uno aprendía a aceptar las cosas tal como eran en la realidad.

«Aunque hay ambientes peores que éste», pensó Lockridge. La miró, sentada ante él, flexible y bronceada por el sol, con una mano metida en el agua cantarina. Sí. mucho peores.

-Piensas profundamente -dijo ella con una voz llena de timidez.

El se azaró y perdió el compás con que bogaba. Del remo cayeron algunas gotas transparentes, relucientes en la luz crepuscular.

-Esto, no -contestó-, sólo estaba divagando.

De nuevo había empleado mal el idioma. El espíritu que vagaba, tanto pensando como soñando, podía entrar en extraños lugares. Ella le observó con reverencia Tras un momento en el que tan sólo el movimiento de la canoa y :los gritos lejanos de los gansos viajeros rompían el silencio CIL preguntó C011 voz baja:

-¿Puedo llamarte Lince?

El parpadeó.

-No entiendo tu nombre Malcolm -explicó ella-, así que debe ser una magia poderosa, demasiado poderosa para mí. Pero eres como un gran lince dorado.

-Pero... pero... -aunque infantil, ,el gesto le conmovía-. Si quieres, hazlo. Por mi parte no creo poder mejorar Pluma Flor.

Auri enrojeció y apartó la mirada. Continuaron en silencio. Y el silencio se prolongó. Gradualmente, Lockridge se dio cuenta de ello. Ordinariamente, tan cerca del poblado, se oía mucho ruido: niños gritando en sus Juegos, pescadores llamando a la costa mientras se aproximaban, amas de casa murmurando, ocasionalmente el canto triunfal de unos cazadores que habían apresado un alce. Pero giró hacia la derecha y remó hacia la caleta que se hallaba entre costas boscosas, formando ángulo, y ninguna voz humana los saludó.

Miró a Auri de soslayo. Tal vez ella supiera lo que estaba sucediendo. Estaba sentada con la barbilla apoyada en, las manos, contemplándole y desentendida de todo ¡el mundo. No tuvo valor para hablar. En lugar de esto, lanzó la canoa hacia adelante, tan de prisa como pudo.

Avildaro surgió ante su vista. Bajo el antiguo bosquecillo a sus espaldas, era una nube de chozas de zarzas con techos de hierba alrededor de la Casa Grande ceremonial, que era una estructura más elaborada, mitad madera y mitad musgo. Habían varios botes en seco en la playa, en la que se secaban, las redes puestas en postes. Algunos centenares de metros más allá se encontraba el estercolero de las cocinas. Los Tenil Orugaray ya no vivían a los pies de aquel montículo de conchas, huesos y otros desperdicios, como habían hecho sus antepasados, pero llevaban allí los desechos, para servir de alimento a los cerdos semidomesticados, y el lugar estaba plagado de moscas.

Auri salió de su trance. Su clara frente se arrugó.

-¡Pero si no se ve a nadie! -comentó.

-Debe haber alguien en la Casa Grande -respondió Lockridge. Salía humo del hueco de ventilación del techo. Se alegró de llevar la «Webley» al cinto.

-Vale más que vayamos a ver -opinó.

*  *  *

Varó la canoa en tierra con la ayuda de la muchacha, y se apresuró. La mano de ella se refugió en la suya al entrar en el poblado. Las sombras oscurecían el camino entre las chozas y el aire parecía haberse enfriado repentinamente.

-¿Qué significa esto? -preguntó ella suplicante.

-Si tú no lo sabes... -apretó Lockridge el paso.

Ciertamente se oía ruido procedente del edificio. Dos jóvenes montaban guardia en el exterior.

-¡Aquí llegan! -gritó uno de ellos.

Pasó a través de la puerta, cubierta con una cortina de piel, con Auri. Sus ojos tardaron un momento en adaptarse a la penumbra del interior. No había ventanas, y el humo que no se escapaba producía molestias. El fuego sagrado había sido cargado en el pozo central hasta que las llamas saltaban y chisporroteaban, lanzando resplandores inquietos hacia las tiznadas paredes y los pilares crudamente labrados con multitud de símbolos mágicos.

La totalidad de la población se amontonaba en cl interior: unos cuatrocientos hombres, mujeres y niños de cuclillas en el suelo de tierra, cuchicheando entre ellos.

Echegon y sus principales consejeros se hallaban cerca del fuego con Storm. Cuando Lockridge la vio, alta y arrogante, olvidó a Auri y se fue con ella.

-¿Qué ocurre? preguntó.

-Los Yutroaz están llegando -dijo ella.

Tardó un minuto en asimilar lo que la diaglosa contenía asociado a ese nombre. El pueblo del Hacha de Guerra, el borde norte de esa gran oleada, más cultura que racial, de guerreros indoeuropeos que se habían estado extendiendo desde el sur de Rusia durante el último siglo o poco más. En todas partes estaban destinados a hacer desaparecer civilizaciones: India, Creta, Haití y Grecia, caerían en ruinas ante ellos y sus lenguajes, religiosos y formas de vida moldearían toda Europa.

Pero, hasta entonces, en la escasamente poblada Escandinavia, no había habido grandes conflictos entro los cazadores, pescadores y agricultores nativos y los pastores nómadas que llegaban en sus carros.

Sin embargo, Avildaro había oído hablar de sangrientos combates hacia el este.

Echegon abrazó a Auri por un momento antes de decir:

-No temía mucho por ti, estando bajo la protección de Malcolm. Pero le doy las gracias a Ella porque has regresado.

La firme cara barbuda se volvió hacia Lockridge.

-Hoy -dijo- algunos hombres que estaban cazando por el sur regresaron con la noticia de que los Yuthoaz se dirigen contra nosotros y de que llegarán aquí mañana. Se trata

claramente de una banda guerrera, nada más que hombres armados, y Avildaro es el primer poblado en su camino. ¿Qué hemos hecho para ofenderlos, a ellos o a los dioses?

Lockridge contempló a Storm.

-Bien -dijo en inglés- me produce repugnancia tener que emplear nuestras armas contra esos pobres diablos, pero si tenemos que...

Ella negó con .la cabeza.

-No, las energías podrían ser detectadas. O tal vez llegase a oídos de agentes de los Batidores la historia y les denunciase nuestra presencia. Lo mejor será que nos refugiemos en otro lugar.

-¿Cómo? Pero... pero...

-Recuerde -dijo ella-: el tiempo es inmutable. Puesto que este lugar sobrevive dentro de un centenar de años, lo más probable es que los nativos rechacen mañana el ataque...

No podía romper el hechizo de sus ojos, pero los de Auri también estaban puestos en él, y los de Echegon, y los de sus compañeros de bote, y los de sus amigas, y los del tallador de pedernal y los de todo el mundo.

-Tal vez no lo hagan -continuó-; tal vez sean seres inferiores Conquistados dentro de poco, o tal vez lo fueran si no les ayudamos. Yo me quedo.

-¿Se atreve...? -Storm se controló. Por un momento permaneció tensa y silenciosa. Luego sonrió, alargó la mano y le acarició la mejilla-. Debería haberlo supuesto -dijo al fin-. Muy bien, yo también me quedaré.

## *V*

Llegaron del oeste a través de los prados, con el bosque de encinas a su izquierda, y los hombres de Avildaro se prepararon a enfrentarse con ellos. Eran aproximadamente un centenar en total, con diez carros y el resto a pie, no eran más que sus oponentes. Cuando parpadeó por vez primera en la brillante luz del amanecer, Lockridge apenas pudo creer que los que veía eran los temidos hombres del Hacha de Guerra.

Mientras se aproximaban, estudió a uno que era típico. De cuerpo no eran muy diferentes a los Tenil Orugaray: algo más pequeños y robustos, con el pelo marrón anudado en una coleta y la barba en dos puntas, de tipo más centroeuropeo que ruso. Llevaba un justillo y un faldellín de piel hasta las rodillas, un símbolo del clan marcado al fuego, y un escudo de piel de toro pintado con una cruz gamada Tenían por armas una daga de pedernal y un hacha de piedra bellamente labrada. Sus labios se abrían en un rictus de salvaje expectación.

El carro al que seguían, evidentemente el de su cabecilla tribal, era un ligero vehículo de dos ruedas hecho de madera y mimbre, tirado por cuatro descuidados caballitos. Un muchacho, desarmado y ataviado simplemente con un taparrabo, lo guiaba. Tras él se alzaba el jefe: más alto que la mayoría y blandiendo un hacha tan grande que más parecía una alabarda, con dos lanzas colocadas al alcance de la mano.

El jefe llevaba casco, peto y canilleras de cuero reforzado: de su cintura colgaba una corta espada de bronce; una desteñida capa de lino del Sur se agitaba al viento en su espalda, y un, collar de oro macizo brillaba bajo su hirsuta barbilla.

Tales eran los Yuthoaz. Cuando vieron la despareja línea de pescadores, frenaron su paso. Luego el ocupante del carro de vanguardia hizo sonar un cuerno de bisonte, la tropa lanzó aullantes gritos de guerra y los caballos se lanzaron al galope. Tras ellos saltaban los carros, corrían los chillones infantes y sonaban las hachas golpeando contra los escudos.

La mirada de Echegon consultó a Storm y Lockridge.

-¿Ahora? -preguntó.

-Esperemos un poco, que se acerquen más -Storm se protegió con la mano los ojos del sol, y oteó a los que avanzaban-. Hay algo en ese de la retaguardia. . los otros me tapan la visibilidad...

Lockridge podía notar la tensión a sus espaldas: suspiros y murmullos, pies que se agitaban, el olor irritante del acre sudor. No eran cobardes aquellos hombres que aguardaban para proteger sus hogares, pero su enemigo estaba entrenado y equipado para la guerra y hasta para él, que había conocido los tanques y las batallas de su tiempo, la carga de los carros se iba haciendo más aterradora a medida que se agrandaban a su vista.

Levantó el rifle. Notaba la frialdad y dureza de la culata en su mejilla. Storm había aceptado, aunque a regañadientes, que fuesen hoy usadas las armas del siglo XX. Y el hecho de que estuviesen a punto de ver cómo lanzaban rayos, aunque fuese para apoyarles, era algo que crispaba los nervios de los Tenil Orugaray, atemorizándolos un poco.

-Lo mejor será que comience a disparar –dijo en inglés.

-¡Todavía no! -Storm hablaba tan secamente, con una voz que se imponía tanto al estrépito, que él le echó una mirada. Los ojos felinos de ella estaban entreabiertos, los labios semicerrados dejaban ver los dientes y tenía una mano en la pistola de energía, la cual había asegurado no ir a emplear.

-Tengo que ver a ese hombre primero -advirtió.

* * *

El ocupante del carro de vanguardia elevó su hacha y volvió a bajarla. Los arqueros y honderos de la re retaguardia de los Yuthoaz se detuvieron, preparando sus arcos y flechas de punta de pedernal. Las piedras : volaron silbando hacia los ribereños.

-¡Disparad! -gritó Echegon. Pero su orden no había sido necesaria. Un aullido de desafío y una descarta irregular surgió de sus líneas.

A esta distancia, los disparos no causaron ningún daño. Lockridge vio cómo uno o dos proyectiles golpeaban, contra los escudos, pero los Yuthoaz llegaban a plena carrera. Estarían junto a él en otro minuto. Ya podía distinguir las distendidas fosas nasales y los ojos ribeteados de blanco de los caballos más cercanos, los culebreantes látigos, un conductor imberbe, y, detrás un guerrero barbudo con un feroz rictus en la cara y un hacha alzada, cuya hoja de piedra brillaba cual si fuese de metal.

-¡Al infierno con todo! -gritó al fin-. ¡Quiero que sepan qué fue lo que les golpeó!

Centró a aquel cacique en la mira y apretó el gatillo. El fusil le golpeó con una solidez que le llenó de aliento. Su detonación se perdió entre los alaridos, el galope de los caballos, el silbido de las hachas al cortar el aire y el traqueteo de las ruedas. Pero su presa abrió desmesuradamente los brazos y cayó hacia atrás. La alabarda le siguió en su trayectoria de caída y ambos, guerrero y arma, quedaron ocultos por la hierba.

El muchacho siguió guiando al carro, con la boca muy abierta y aterrorizado. Lockridge se dio cuenta de repente que no tenía necesidad de matar humano. Giró el arma y apuntó al continuo grupo de caballos. *¡Bang! ¡Bang!* Un solo animal de cada grupo era suficiente, y el carro quedaría fuera de combate.

Una piedra golpeó de refilón al cañón del arma, que resonó, pero el segundo carro se desbarató, con la lanza partida y la rueda izquierda rota en el golpe. Los caballos sobrevivientes retrocedieron mientras relinchaban, asustados.

Lockridge vio como la carga vacilaba. Si lograba parar dos o tres carros más, los invasores quedarían desorganizados. Se adelantó a plena vista, su sangre estaba demasiado caliente para que se detuviese a pensar en las flechas, y dejó que el sol brillase en el metal de su arma.

El mismo sol pareció golpearle.

Un trueno explotó en su cerebro. Cegado, despedazado, se arrastró por un torbellino que lo llevaba a la noche.

*  *  *

La conciencia volvió a él con un huracán de dolor. Su visión todavía estaba oscurecida por manchas de luz. Entre alaridos, quejidos, golpeteo y ruidos escuchó el grito:

*-¡Adelante, Yuthoaz! ¡Adelante con el Padre del Cielo!*

Era pronunciada en un lenguaje que la diaglosa conocía, pero que no era el de los Tenil Orgaray.

Se semiincorporó sobre sus manos y rodillas, y la primera cosa que vio fue su fusil, en el suelo, casi fundido. Este efecto destructivo había absorbido la mayor parte del efecto del rayo de energía. Por suerte los cartuchos que había en la recámara no habían estallado, ni él había sufrido más que una fuerte quemadura en el pecho y rostro. Pero su piel le ardía, y casi no podía pensar por el dolor que esto le causaba.

Un cadáver yacía junto a él, apenas si quedaba nada de sus facciones, sólo carne y huesos chamuscados. El brazalete de cobre de uno de sus brazos lo identificaba como Echegon.

Storm estaba allí cerca, su propia arma estaba en uso, creando el escudo protector. A su alrededor cascadeaban cortas cortinas de llamas. E1 rayo enemigo la sobrepasó, para caer sobre tres jóvenes del poblado que varias veces habían, salido a pescar con Lockridge.

Los Yuthoaz rugieron. En una oleada pasaron sobre los defensores. Lockridge vio al hijo de Echegon, parecido a su padre por su valor y testarudez, dar lanzadas como si los caballos que pasaban sobre él fueran un oso salvaje. El conductor del carro los hizo girar. El guerrero que viajaba en el vehículo hizo caer el hacha con una terrible precisión. Saltaron trozos de cerebro, y el hijo de Echegon cayó junto a su padre.

El Yuthoaz rugió de alegría, dio un hachazo al otro costado del carro a alguien que Lockridge no podía ver, lanzó una lanza contra un arquero y pasó de largo.

Los habitantes del poblado huían por todas partes. El pánico había hecho presa en, ellos y daban gritos de terror mientras corrían hacia el bosque. La persecución finalizó en los linderos de éste, pues a los Yuthoaz, cuyos dioses protectores estaban en el firmamento, no les gustaban los lugares penumbrosos y susurrantes. Así que regresaron para rematar y cortar el cuero cabelludo de los heridos enemigos.

Un carro se abalanzó contra Storm. Su pantalla de energía hacía que sus formas de leona apareciesen difuminadas, y a Lockridge, en su delirio, le parecía como si estuviese contemplando a una figura mitológica.

Todavía tenía la «Webley» y torpemente trató de desenfundarla, pero le abandonó el conocimiento antes de poder sacarla. Lo último que vio fue el pasajero del carro, que

indudablemente no era ningún Yuthoaz: un hombre sin barba y de tez pálida, inmensamente alto y cubierto por una capa oscura con capucha que flotaba tras él como unas alas...

*  *  *

Lockridge despertóse lentamente. Durante algún tiempo se contentó con permanecer echado en el suelo y saber que el dolor ya había pasado.

Pieza tras pieza, reconstruyó -lo sucedido. Cuando oyó gritar a una mujer, abrió los ojos y se incorporó.

El sol ya estaba oculto, pero a través de la puerta de la choza en la que se encontraba, más allá de la costa y del Limfjord, que resplandecía con tonos rojos sanguinolentos, atisbaba nubes aún encendidas. La única habitación de la choza había sido despojada de su poco mobiliario y la entrada cerrada con ramas entrelazadas y atadas al marco de la puerta.

Al otro lado montaban. guardia dos Yuthoaz. Uno de ellos lanzaba continuamente ojeadas al interior, mientras acariciaba una ramita de muérdago para protegerse contra la brujería. Los ojos de su compañero permanecían fijos en un par de guerreros que llevaban varias vacas a través de la playa. Por todas partes se oía tumulto, gritos y carcajadas, pisadas de corceles y chirriar de ruedas, mientras los conquistados gemían su dolor.

-¿Cómo está, Malcolm?

Lockridge giró la cabeza. Storm Darroway estaba arrodillada a su lado. No podía apenas verla, era otra sombra más en la oscuridad de la cabaña, pero olió la fragancia de su cabello y sus manos le acariciaron. Su voz sonaba más ansiosa de lo que nunca la había oído.

-Vivo... creo. -Se tocó la cara y el pecho, en los que habían untado alguna grasa-. No me duele, en realidad me siento como si estuviera más descansado.

-Tuvo suerte de que Brann dispusiese de droga antishock y ungüento enzimático, y que decidiese salvarle -dijo Storm- Las quemaduras estarán curadas mañana. -Hizo una pausa y luego continuó, en un tono que más parecía de Auri-: Me siento tan dichosa...

-¿Qué está ocurriendo ahí fuera?

-Los Yuthoaz están saqueando Avildaro.

--Las mujeres... los niños... ¡no! -Lockridge trató de ponerse en pie.

-Guarde sus fuerzas -dijo ella, volviéndolo a acostar.

-Pero esos demonios...

-Por el momento -dijo ella con un toque de su antigua mordacidad -sus amigas no sufren demasiado. Recuerde las costumbres locales. Pero, naturalmente, se afligen por aquellos a quienes querían, muertos o fugitivos, y serán esclavas... Pero espere. Esto no es el sur. El esclavo de un bárbaro no vive de manera muy diferente a como vive su amo. Sufre la falta de libertad, sí, y nostalgia de su hogar, y de hecho ninguna mujer tiene entre los Indoeuropeos el respeto que tenía en este lugar, pero guarde su piedad para más tarde. Usted y yo estamos en un peor aprieto que su compañera de ayer.

-Humm, de acuerdo -se conformó él-. ¿Qué es lo que fue mal?

Ella se sentó frente a él en el suelo, se abrazó las rodillas y silbó entre dientes.

-Fui una slogg -dijo amargamente-. Nunca me imaginé que Brann estuviera en esta edad. El organizó el ataque.

Notó la temblorosa autoacusación de ella y, acariciándola, dijo:

-No lo podía haber sabido.

Los dedos de ella se entrelazaron con los suyos. Luego quedaron inertes de nuevo, mientras ella decía con una voz helada:

-No hay excusas para un Guardián que falla. Sólo hay el fallo.

Creyó de repente comprenderla mejor, pues ese era el código del servicio cuyo uniforme había él vestido, y se sintió unido a ella. La atrajo hacia sí como podía abrazarse a una hermana en un momento de dolor, y ella apoyó su cabeza en el hombro y apretó fuerte.

Al cabo de un rato, cuando 1a oscuridad era completa, ella se separó suavemente y suspiró.

-Gracias -dijo.

Permanecieron sentados uno al lado del otro, coro las manos entrelazadas.

-Tiene que darse cuenta de que el número de combatientes en esta guerra a través del tiempo no es muy grande -dijo ella rápidamente y en. voz baja-. Con los poderes que puede usar una sola persona no tienen por qué serlo. Brann es, su vocabulario no tiene ninguna palabra adecuada, algo así como una figura crucial. Aunque tiene que aparecer en el campo de batalla él mismo, porque muy pocos son lo suficientemente capaces para hacerlo, él es un jefe, una persona que toma decisiones a escala planetaria... un rey.

»Yo soy una presa semejante. Y él me tiene ahora en su poder. No sé cómo se enteró de dónde y cuándo estaba, no puedo imaginármelo. Si no me pudo encontrar en el siglo xx, ¿cómo pudo rastrearme hasta este olvidado momento? Esto me asusta, Malcolm.

Su apretón era frío y fuerte alrededor de la mano de él.

-¿Qué clase de contorsión en el mismo tiempo ha efectuado?

-No sé. El está aquí solo, pero no necesita a nadie más. Creo que ha debido venir por el túnel de debajo del dolmen antes de que nosotros lo hiciéramos, buscando el pueblo del Hacha de Guerra, y se ha hecho su dios. Esto no le ha debido ser difícil. La totalidad de estos pueblos emigrantes. Indoeuropeos: los Dyash Pitar, hijos del Padre del Cielo, adoradores del sol, pastores, fabricantes de armas, aurigas, guerreros, los hombres de manos hábiles y sueños sin límites, cuyas mujeres son seres inferiores y cuyos hijos son una propiedad más, todos ellos fueron fundados por los Batidores. ¿Comprende?

»Los invasores son los destructores de las antiguas civilizaciones, de la vieja fe. Son los antepasados de la gente de las máquinas. Los Yuthoaz le pertenecen a Brann. No tenía sino que aparecer ante ellos, como yo hice en. Avildaro y como podría hacer en Creta, e instintivamente ellos supieron quién era él, y él supo cómo controlarlos a ellos.

»De alguna forma se enteró así de que estábamos aquí. Podría haber traído toda su fuerza contra nosotros, pero eso hubiera llamado la atención de nuestros agentes, que todavía son fuertes en este milenio, podría haberlo llevado a acontecimientos incontrolables. En vez de esto escogió a los Yuthoaz para caer sobre Avildaro, jurándoles que el sol y el rayo combatirían a su favor, y por cierto que juró con verdad.

»Y habiendo vencido -Lockridge notó cómo ella se estremecía -enviará a por algunos de su gente y tocado lo demás que necesite para trabajarme.

La atrajo hacia sí. El susurro de ella se hizo urgente !unto a su oído:

-Escuche. Tal vez tenga una oportunidad de huir.

Quién sabe? El libro del tiempo fue escrito cuando, al principio, el universo se expandía hacia afuera. Sin embargo no hemos dado todavía la vuelta a la hoja. Brann le tomará simplemente por un esbirro. Quizá no vea peligro en usted.

»Si puede... si puede, vaya al corredor. Busque a Herr Jesper Fledelius en Viborg, en la posada del León Dorado, en la víspera del día de Todos los Santos de los años 1521 a 1541. ¿Podrá recordar todo esto? El es uno de los nuestros. No creo que le pueda alcanzar, pero quizá... quizá...

-Sí... claro, sí -Lockridge no tenía más ganas de hablar. Dentro de una hora o dos ella podría explicarle, ¡pero ahora estaba tan sola! Extendió el brazo para rodearle los hombros con la mano libre. Ella se movió para hacer que su palma se moviera hacia abajo y colocó sus labios junto a los de él.

-No me queda mucho tiempo -se atragantó-. Use el que tengo: confórteme, Malcolm.

Atolondrado, no podía pensar sino en ella. Le devolvió el beso y se hundió en las ondas de su cabello. No había nada más en el mundo que la oscuridad y ella.

Y una antorcha brilló entre las ramas. Una lanza señaló, y una voz ordenó:

-Ven, tú, el hombre. El quiere verte.

## *VI*

Brann, de los Batidores, estaba sentado solo en la Casa Grande. El fuego sagrado se había apagado, pero de un globo cristalino surgía una luz que iluminaba cl recinto. Los guerreros que acompañaron a Lockridge se arrodillaron adorativos.

-Dios que estás entre nosotros -dijo el fornido pelirrojo que los mandaba -te hemos traído al hechicero tal como nos ordenaste.

-Está bien -asintió Brann-. Esperad en un rincón.

Los cuatro hombres saludaron con el hacha tocando su frente y se retiraron más allá de la zona iluminada. Su antorcha chisporroteaba en rojo y amarillo, con su luz apenas rozando los curtidos rostros. El silencio se alargó.

-Siéntese si lo desea -dijo coloquialmente Brann en inglés-. Tenemos mucho que hablar, Malcolm Lockridge.

¿Cómo sabía su nombre completo?

El Americano permaneció de pie, pues de lo contrario tendría que haberse sentado al lado de Brann, y observó a éste. Así que éste era el enemigo.

El Batidor se había quitado la capa y mostraba un cuerpo delgado y musculoso, de unos dos metros de altura, ataviado con el ajustado uniforme negro que Lockridge recordaba del corredor. Su tez era muy blanca, las manos, de contextura delicada; el rostro... se podía decir que era bello, delgado, con una nariz recta, una fría proporción de líneas.

No tenía señales de barba, su cabello era denso v cortado muy corto, como un gorro de piel de marta. Sus ojos eran gris acero.

-Bueno, permanezca de pie si lo prefiere -señaló a una botella y dos vasos de gráciles formas que se hallaban junto a ésta-. ¿Quiere usted beber? El vino es un Borgoña del año 2012. Fue un estupendo año.

-No -dijo Lockridge.

Brann se encogió de hombros, se sirvió y sorbió un trago.

-No deseo hacer daño sin motivo -dijo luego.

-Ya ha hecho el suficiente -espetó Lockridge.

-Es lamentable, ciertamente. Y sin embargo, si uno ha vivido con el concepto del tiempo como algo incambiable, inapaciguable, y ha visto cosas mucho más terribles que las de hoy, una, y otra, y otra vez, y se ha arriesgado a que esas cosas le ocurriesen a él, ¿para qué le sirve el sentimentalismo? En cuanto a lo otro, Lockridge, hoy ha matado usted a un hombre cuyas mujeres y niños estarán de duelo.

-El quería matarme, ¿o acaso no es así?

-Cierto. Pero no era un mal hombre. Guió a su pueblo tan bien como supo, trató a sus amigos honorablemente y no hizo nada especialmente horrible con sus enemigos.

Le miró a los ojos y continuó:

-Ha atravesado usted el poblado para venir aquí. Sea sincero: No ha visto ni matanzas, ni torturas, ni mutilaciones, ni incendios. ¿Es así? En su totalidad, en los próximos siglos, esta oleada de inmigrantes de última hora se mezclará pacíficamente con los nativos. El combate de aquí ha sido algo excepcional. Mucho más a mentido, por lo menos en la Europa del Norte, si bien no tanto en la del Sur o del Oeste, los recién llegados dominarán simplemente porque su forma de vida es más apropiada para la era del bronce que se aproxima. Son, más móviles. Tienen horizontes más amplios y pueden defenderse mejor. En este aspecto serán imitados por los aborígenes. Usted mismo ha sido moldeado por ellos, usted y muchas de las cosas que usted valora.

-Palabrería -dijo Lockridge-. Lo cierto es que usted les hizo atacarnos. Usted ha matado a amigos míos.

-No -Brann sacudió la cabeza-. La Koriach fue la que lo hizo.

-¿Quién?

-La mujer. ¿Cómo se identificó ante usted?

Lockridge dudó, pero no pudo ver que fuese a obtener ninguna ventaja permaneciendo testarudamente callado ante las preguntas pequeñas.

-Storm Darroway - contestó.

Brann rió silenciosamente.

-Se ajusta. Su tipo fue siempre extravagante. Muy bien, si usted lo desea la llamaremos Storm.

Dejó el vaso y se inclinó hacia adelante. Sus facciones se tornaron severas.

-Ella trajo esta desgracia a todos los habitantes de Avildaro al venir a ellos. Y ella conocía el riesgo. ¿Cree usted seriamente que .le importaba algo lo que les pudiera pasar a ellos o a usted? No, no, amigo mío, ustedes eran, tan sólo piezas de un, juego enorme y antiquísimo. Ella ha moldeado civilizaciones enteras y las ha abandonado cuando ya no le han servido para sus propósitos, con tanta calma como con la que usted podría descartar un juguete roto. ¿Qué representa un puñado de salvajes de la edad de piedra para ella?

Lockridge apretó los puños.

-¡Cállese! -gritó.

Un inquieto movimiento y un rugido surgieron de los Yuthoaz entre las tinieblas. Brann les señaló que se calmasen y volviesen a su rincón, si bien él puso una mano cerca de la pistola de energía en su ancho cinturón cobrizo.

-Ella causa una impresión arrolladora -observó-. No me cabe duda de que le dijo que sus Guardianes luchan por el bien absoluto, y nosotros los Batidores por el mal absoluto. Usted no tenía forma de demostrar lo contrario, pero piense un poco. ¿Cuándo ha sido verdad tal cosa?

-En mi propio tiempo -contestó Lockridge-. Corno pasó con los nazis.

Brann levantó una ceja tan sardónicamente que VI se vio obligado a añadir débilmente:

-No quiero decir que los aliados fueran santos, pero maldita sea, la elección era clara.

-¿Dónde tiene usted una evidencia, descontando la palabra de Storm, de que la situación en la guerra del tiempo sea la misma? -preguntó Brann.

Lockridge tragó saliva. La noche pareció acercarse, con su tristeza y humedad, y los remotos sonidos del bosque. Notó la soledad y apretó los dientes hasta que las mandíbulas le hicieron daño.

-Escuche -dijo con vehemencia Brann-, yo no mantengo por mi parte que nosotros los Batidores seamos modelos de virtud. Esta es una guerra sin compasión, la peor que se haya librado nunca, una guerra entre filosofías, cuyas dos partes moldean el mismo pasado -que las creó. Yo le pido que considere esto: la ciencia que envía hombres a la Luna, que los libera del trabajo y del hambre, que salva a un niño de morir estrangulado por la difteria... ¿es mala? ¿Acaso es malo para un hombre el usar su razón, la única cosa que lo hace superior a los animales y que frena a la bestia que lleva dentro de sí?

»Y si no es malo, ¿de dónde viene todo eso? ¿Qué visión de la vida, qué clase de vida debe existir para crearlo? ¡Desde luego que no es la forma de vida de los Guardianes! ¿Cree usted seriamente que esta fe orgiástica en la Diosa, orientada hacia el suelo, basada en encantamientos mágicos y regida por el instinto, puede elevarse sobre sí misma? ¿Querría usted volverla a ver aparecer en el futuro?

»Esto ha ocurrido, sabe usted, en mi época. Y entonces, como el gusano que se muerde su propia cola, ha ido hacia atrás a engañar y aterrorizar a los hombre en el oscurecer de su pasado, para que se arrastren ante Ella. ¡Oh claro!, pueden ser dichosos en una cierta manera: la influencia está diluida. ¡Pero espere hasta que vea el horror del verdadero reino de los Guardianes!

»Piense en un pequeño ejemplo arqueológico. Aquí, los aborígenes entierran a sus muertos en fosas comunes, mientras que la cultura del Hacha de Guerra le da a cada difunto la suya. ¿Le sugiere alguna cosa esto?

Lockridge tuvo un fugaz recuerdo de su abuelo contándole historias de las guerras contra los pieles rojas. Siempre había tenido una gran simpatía por los indios y, sin embargo, si pudiese volver a escribir su historia, ¿lo haría?

Apartó el turbador pensamiento, se irguió y dijo:

-Escogí el bando de Storm Darroway y ahora no pienso cambiar.

-¿O acaso ella le escogió a usted? ¿Cómo fue que se conocieron?

Lockridge no pensaba en decir ni una palabra. Tan sólo Dios sabía para qué propósito del enemigo podrían servir sus revelaciones, pero...

La verdad era que Brann no actuaba como un malvado. Y si lograba atemperarlo, tal vez fuese menos duro con Storm. Por otra parte, ¿qué importancia podían tener los datos de cómo fue realizado su reclutamiento?

Se explicó brevemente. Brann hizo algunas preguntas y, sin saber muy bien cómo había ocurrido, se halló sentado al lado del Batidor, con un vaso en su mano y contándole la historia completa.

-Así fue cómo ocurrió, ¿eh? -comentó Brann-. Es un asunto curioso. Aunque no es raro, ambos lados usan nativos para sus operaciones. Esta es una de las razones prácticas por

las que se realiza esta lucha de alturas y religiones Sin embargo, usted parece singularmente dotado, me gustaría tenerle como aliado.

-Esto no ocurrirá -dijo Lockridge con menas violencia de la que hubiera deseado.

-¿No? -Brann le lanzó una mirada de reojo-. Ahora, dígame de nuevo, ¿cómo logró Storm financiarse mientras permaneció en su era?

-Por el rabo -se vio obligado a admitir Lockridge- Ella graduaba su pistola para paralizar. No tenía otra alternativa, *usted* le hacía la guerra.

Brann sacó su arma y jugueteó con ella.

-Tal vez le interese saber -le dijo indolentemente- que estas armas no pueden ser utilizadas para otra cosa que para matar.

*  *  *

Lockridge se alzó violentamente, el vaso resbaló de su mano y cayó al suelo. No se rompió, pero el vino se derramó, dejando una mancha como de sangre.

-Sin, embargo -dijo Brann- pueden desintegrar un cadáver.

El puño de Lockridge se abalanzó contra la boca de su interlocutor, pero Brann ya no estaba allí. Se había hecho a un lado, evitando el golpe, y cubría ahora a su oponente con la pistola.

-Tranquilo -advirtió.

-Está usted mintiendo -dijo entrecortadamente Lockridge. El mundo giraba a su alrededor.

-Si llega algún día en que me fíe de usted, podrá probar una pistola por usted mismo -dijo Brann-. Mientras tanto, use su cerebro. Sé algo del siglo XX, no sólo a1 través de la diaglosa, sino también por los meses que pasé rastreando a mi oponente, pues sabía que había escapado con vida. Por lo que me cuenta... Tranquilo he dicho... Por lo que me cuenta, Lockridge, ella tenía varios millones de dólares. ¿Cuántos individuos tendría que haber paralizado para robarles las carteras antes de conseguir juntar tal cantidad? ¿Y una tal oleada de robos, en los que todos los afectados se despertasen de una misteriosa parálisis, no habría sido la sensación del año? ¿Acaso no tengo razón? Y sin embargo, nunca oyó usted nada al respecto.

»Por otra parte, las desapariciones son algo común; y si el que desaparece es una persona oscura, la historia nunca pasa de la última página de los diarios locales... Pero espere, no digo que ella no haya usado su arma nunca para asaltar algún lugar vacío por la noche y luego comenzado un fuego para cubrir sus huellas, aunque es raro que no le dijese a usted que éste era su *modus operandi.* Pero yo le estoy ofreciendo a usted evidencias de que ella es... tal vez no sea conscientemente malvada; tal vez simplemente no tenga compasión. Después de todo ella es una diosa. ¿Y qué son los mortales para ella, una inmortal?

Lockridge introdujo forzadamente aire en sus pulmones. Un temblor incontrolable le recorría el cuerpo, su piel estaba fría y su boca seca. De alguna manera fue capaz de decir:

-Ha conseguido hacerme dudar, pero ahora me voy. No tengo por qué oír nada más.

-No -admitió Brann- Y creo preferible que vaya enterándose de la verdad gradualmente. Es usted de esa clase de hombres leales por naturaleza, lo que me hace suponer que será usted valioso una vez que haya logrado comprender dónde debe estar su verdadera lealtad.

Lockridge dio la vuelta con un gruñido y se dirigió hacia la puerta. Los Yuthoaz se apresuraron a rodearle.

La voz de Brann llegó hasta él persiguiéndole.

-Para su información -dijo- usted cambiará de bando. ¿Cómo cree que me enteré del corredor de los guardianes en América y de la huida de Storm a este tiempo y lugar? ¿Cómo se cree que conozco su propio nombre? ¡Usted, Lockridge, vino a mi tiempo y lugar y me advirtió!

-¡Miente! -gritó él, y huyó de la casa.

Fuertes manos le hicieron detenerse. Durante un momento permaneció quieto, -lanzando maldiciones. Cuando finalmente volvió a él la calma, miró a su alrededor como buscando algo en que asentar su universo tambaleante. Avildaro yacía vacío y silencioso. Aquellas mujeres y niños que no habían logrado escapar a los paramos con los viejos, a los que los invasores habían dejado huir desdeñosamente, estaban amontonados alrededor de los fuegos de acampada que parpadeaban en los prados. De algún lugar llegaba el triste mugido del ganado capturado y más lejos croaban las ranas.

Las chozas eran manchas de oscuridad con ásperos techos. Delante de ellas brillaba el agua, tras de ellas crujía el bosquecillo bajo un cielo espléndidamente lleno de estrellas. El aire era frío y húmedo.

-No es fácil hablar con un dios, ¿eh? -dijo el pelirrojo jefe con cierta compasión.

Lockridge resopló y comenzó a caminar hacia la cabaña en la que se hallaba Storm. Los Yuthoaz le detuvieron.

-Quieto, hechicero. El dios nos ha dicho que no debías volverla a ver, pues así no nos darías problemas. También nos ha dicho que te ha quitado el poder de realizar embrujos, así que, ¿por qué no te comportas como un hombre cualquiera? Tenemos que vigilarte, pero no tenemos malas intenciones sobre ti.

¡Storm!, gritaba una voz en su interior. Pero no tenía otro remedio que dejarla sola en la oscuridad. La antorcha, sostenida por un joven pecoso de rostro placentero, lanzaba su inquieta y mortecina luz sobre las hachas dispuestas.

Se rindió y siguió a sus guardianes. El jefe caminaba junto a él.

-Mi nombre es Withucar, hijo de Hronach -dijo afablemente-. Mi signo es el lobo. ¿Quién eres tú y de dónde provienes?

Lockridge miró a los cándidos y ansiosos ojos azuló y le resultó imposible odiarle.

-Llámame Malcolm -contestó desabridamente. Vengo de América, un lugar muy lejano, al otro lado de los mares.

-Es un camino demasiado húmedo para mí -contestó Withucar con una mueca. Luego, tras un momento de silencio, continuó-: Compréndelo, no tengo nada en contra de las tribus del mar y de los bosques. No nos habríamos dirigido hoy en contra de vosotros si no fuera porque nuestro dios nos lo mandó así. Pero nos dijo que en este lugar se albergaba una bruja que era enemiga suya. Por mi parte, de buena gana hubiera comerciado en vez de luchar, pero ahora que estamos aquí nos tomaremos nuestra recompensa. Aunque no sé si nos quedaremos en este lugar. Los jefes tendrán consejo sobre este particular.

Una ensimismada parte de Lockridge, distante cuatro mil años, analizó. «Jefe», por ejemplo: la palabra significaba simplemente patriarca y la autoridad del título era limitada. Este pueblo del Hacha de la Guerra no eran crueles destructores sino simplemente los últimos inmigrantes llegados. Naturalmente, eran más amantes de la guerra que aquellos que habían, vivido aquí desde que los glaciares se habían retirado, y sin embargo eran más individualistas, menos condicionados por los rituales y tabúes, su religión era una fe limpia en el sol, el

viento, la lluvia y el fuego. Los elementos oscuros del paganismo Nórdico entrarían más tarde, procedentes de los antiguos cultos a la tierra... Firmemente rehusó seguir analizando este pensamiento.

-Aquí estamos -dijo el Yuthoaz Lamento que tengamos que atarte durante .la noche, ésta no es y forma en que tratar a un hombre, pero el dios nos lo ha ordenado. De todas maneras, ¿no preferirías dormir a cielo abierto que en lugar de dentro de una de esas sucias chozas?

Lockridge apenas le oyó. Se paró súbitamente, lanzando un juramento.

El fuego de acampada ardía alto, ocultando la Osa Mayor con, su humo, con llamas danzarinas que revelaban el caro de Withucar y sus caballos amaneados que pastaban en el propio lugar donde se hallaban. Una media docena de hombres estaban echados a su alrededor, con las armas preparadas, pero con los ojos soñolientos y entrecerrados.

Uno de ellos, un muchacho de unos diecisiete años, de anchas espaldas cubiertas de cuero, con una mejilla señalada por la antigua cicatriz de un combate, sostenía una cuerda. El otro extremo estaba atado a las muñecas de Auri.

-¡Por todos los Maruts! -exclamó Withucar-. ¿qué significa esto?

La muchacha había permanecido acurrucada, impotente. Cuando vio a Lockridge se alzó de un salto dando len grito. Su cabello estaba desordenado, la suciedad de su cara aparecía estriada por las lágrimas y en su pierna se veía un gran moretón.

El muchacho sonrió.

-Oímos que alguien se aproximaba, hace poco. Yo fui el que la descubrió y capturé. Bastante guapa, ¿no?

-¡Lince! -Auri se atragantó con sus propias palabras y avanzó titubeante hacia él. El joven guerrero tiro de la ligadura y ella cayó arrodillada.

-Lince, escapé al bosque, pero tenía que regresar y ver si tú... -No podía hablar más. Lockridge permanecía transfigurado como en una pesadilla.

-Bueno, bueno -sonrió Withucar-. Los dioses deben amarte, Thuno.

-Esperé a que regresases, jefe -dijo el muchacho presuntuosamente ¿Puedo llevármela ahora?

Withucar asintió con la cabeza. Thuno se levantó, tomó a Auri por el cabello y la obligó a levantarse.

-Ven conmigo, tú -dijo. Sus labios entreabiertos relucían.

Ella gritó y trató de soltarse. La abofeteó de tal forma que le hizo bambolear la cabeza.

-¡Lince! -sollozó ella, con un sonido terrible demoledor-. ¡No debe hacerlo!

La parálisis abandonó a Lockridge. Sabía lo que ella quería decir. Hasta que se levantase la prohibición que obraba sobre ella, era la muerte y aún peor que la muerte el tener relación con un hombre. No pensó en que era superstición: ¿cómo se habría sentido su hermana?

-¡No! -gritó.

-¿Eh? -se extrañó Withucar.

-La conozco -rogó Lockridge-. Ella es sagrada... no debe ser tocada-. Agarró al jefe por los hombros, agitándolo-. La peor de las maldiciones caerá sobre quienquiera que lo haga.

Los hombres de alrededor del fuego, que habían seguido divertidos la escena, se irguieron encrespados. Withucar pareció desanimado, pero Thuno, apasionado como estaba, cortó secamente:

-¡Miente!

-Estoy dispuesto a jurar por aquellos que más quieras que mis palabras son ciertas -contestó Lockridge

-¿Qué valor tiene el juramento de un hechicero? -se burló Thuno-. Si lo que quieres decir es que es virgen, bueno, ¿qué daño ha hecho esto nunca? Y no puede ser otra cosa. Aquí no existen las mujeres sagradas, excepto esa vieja loca que parió muchas veces cuando era joven.

La mirada de Withucar se paseó inquieta de un lado a otro.

-Cierto... cierto... pero de todas maneras es mejor que no te arriesgues.

-Soy un hombre libre -dijo secamente Thuno-. Caiga sobre mi cabeza cualquier desgracia que venga. -Lanzó una carcajada-. Y sé cuál va a ser la primera cosa que va a venir. ¡Sígueme!

-Tú eres el jefe -dijo rabiosamente Lockridge a Withucar-, ¡puedes detenerle!

-No puedo hacerlo -suspiró el Yuthoaz-. Como él ha dicho, es un hombre libre.

Miró al Americano con agudeza.

-He visto a aquellos que están bajo el terror de los dioses -dijo-. Y tú no tienes su mirada. ¿Quizás es que la deseas para ti mismo?

Auri hundió las uñas en el sonriente rostro de Thuno. El la cogió por el brazo y se lo retorció, haciéndola caer delante suyo.

¡Y su padre y su hermano yacían esperando a que los cuervos devorasen sus cadáveres! Lockridge explotó en un torbellino de movimiento.

## *VII*

Withucar estaba junto a él. Lockridge se giró y lanzó un, puño contra el abdomen del líder, justamente debajo de las costillas. Los duros músculos resistieron el golpe, haciéndole daño en los nudillos, pero el hombre dio una sacudida y se desplomó al suelo.

El pecoso que sostenía la antorcha la dejó caer y aprestó su hacha. El entrenamiento de *marine* de Lockridge respondió. Un paso le acercó al otro. Dio un golpe seco con, el canto de su mano a la garganta y el Yuthoaz dio un graznido, cayó derribado y se quedó quieto.

Antes de que pudiese tomar el arma del otro, Lockridge notó la presencia de alguien a sus espaldas. Sus reflejos !le hicieron llevar las manos a su propio cuello. Otras manos, peludas, se cerraron sobre las suyas, pero él separó violentamente los brazos, rompiendo así el intento de estrangulamiento. Volviéndose, colocó una pierna entre las del guerrero y empujó. ¡Otro derribado!

Los hombres de alrededor del fuego gritaron y se abalanzaron contra él. Lockridge tomó la antorcha del suelo y la blandió contra los ojos más cercanos. Una lengua de fuego, como la cola de un cometa, saltó contra su atacante, que retrocedió antes de ser cegado. Otros dos cayeron con él en un revoltijo de extremidades y maldiciones.

Lockridge saltó por encima del fuego. Allí se encontraba Thuno, solo y boquiabierto, pero al aproximarse el Americano soltó la ligadura de Auri y, al no tener a mano su hacha, cogió de su cinto una daga de pedernal con la que se abalanzó, tratando de acuchillarle.

Bloqueando el ataque con un brazo, Lockridge notó cómo el aguzado filo pasaba a lo largo de su antebrazo y cómo del rasguño producido comenzaba a manar sangre, pero no le dio importancia. Alzó violentamente la rodilla. Thuno aulló y trastabilleó, alejándose.

-¡Corre, Auri! -gritó.

Había puesto fuera de combate a dos hombres de un total de diez. Los demás cargaron contra él dando la vuelta a la fogata. No podía vencer a tantos, pero podía ganar tiempo para ella. Se echó a un lado. Una lanza se clavó en el suelo en el lugar donde había estado segundos antes.

Se detuvo, despegó el arma del suelo y se preparó a resistir el ataque. No iba a tratar de pinchar con esto, pensó mientras sus sienes le martilleaban, podía encontrar mejor uso para un palo largo y recto. Lo tomó por el centro con ambas manos y esperó balanceándose sobre los pies.

Cuando la multitud cayó sobre él, se lanzó en un, movimiento alocado. La madera chocó sólidamente con una cabeza, rompió los huesos de unos dedos que sostenían un hacha, hundió un plexo solar, serpenteó entre unas piernas para hacer perder el equilibrio, zumbó, chasqueó, y golpeó. La noche se llenó de golpes, gruñidos, gritos, mientras la luz de la hoguera hacía brillar los ojos y las dentaduras.

De repente, de una manera fantástica, Lockridge se encontró solo. Tres Yuthoaz se quejaban, y retorcían en las sombras que se extendían por el suelo. El resto se había dispersado. Jadeaban y lo observaban desde cerca del fuego. Vio cómo sus cuerpos relucían con el sudor.

-¡Que los Maruts se os lleven a todos! -rugió Withucar-. ¡Tan sólo es un hombre!

Pero sus cuatro secuaces todavía sanos no hicieron el menor movimiento, Ni siquiera prepararon un arco. Habiendo recobrado el resuello, el mismo líder avanzó. Lockridge lanzó un golpe con el palo. Esto es lo que esperaba Withucar: paró el golpe con su hacha. La violencia del golpe hizo vibrarlos huesos del Americano y el arma cayó de sus entumecidos dedos. Withucar la puso fuera de su alcance de una patada y, dando un grito de victoria, se aproximó. Y en este momento empezaron, a llegar, de otras partes del campamento, guerreros que habían oído el estrépito de la lucha.

Lockridge saltó sobre el Yuthoaz. De nuevo detuvo un golpe que éste le dirigió. Su hombro golpeó a Withucar. Débilmente sintió el cosquilleo de la barba en su piel. Logró apresarle con una llave el brazo, dio un cruel tirón, hábilmente aplicado, y el hueso se partió con un ruido semejante a un disparo. Withucar se desplomó, quejándose entre dientes apretados por el dolor.

Un hombre -que había llegado de otra fogata estaba casi sobre Lockridge, con el hacha en alto. Este se afirmó en tierra, hizo una finta al atacante y recibió la fuerza del impacto sobre su cadera. Sus dedos agarraron la tela de la túnica con que el otro se cubría y con, una presa de judo convirtió el movimiento en vuelo. El hombre golpeó violentamente el suelo un par de metros más allá.

La noche se vio desgarrada por alaridos. Los hombres se echaron hacia atrás, sombras en la sombra. Lockridge tomó el hacha de Withucar y, girándola sobre su cabeza, lanzó un grito de desafío.

Como un relámpago le llegó la noción de lo que había pasado. Aunque habían conseguido una victoria total en su lucha contra los defensores del pueblo, los invasores estaban atemorizados, en su interior, por las grandes demostraciones de fuerza que habían contemplado. Y ahora un solo hombre había derrotado a media docena en otros tantos minutos. La oscuridad v la confusión habían hecho imposible el ver que únicamente había

usado métodos de lucha desconocidos en aquella era. Era un espíritu desencadenado y el terror se apoderó de ellos.

No echaron a correr, pero se mantuvieron a una respetuosa distancia, fuera de su radio de acción. La diaglosa le sugirió su próximo paso.

-¡Me comeré al próximo hombre que se atreva a tocarme! -gritó. Su terror aumentó. Los adoradores del Padre del Cielo todavía temían a los dioses de la Tierra, los cuales devoraban a un hombre cada época de cosecha, en tierras del interior.

Lentamente, Lockridge se dio la vuelta y se alejó. Su espalda le cosquilleaba expectante, esperando en cualquier momento una lanza, una flecha o el quebrantamiento de los huesos por una hacha... y lo peor era el no poder mirar hacia atrás.

Veía el mundo como a través de una neblina y su corazón latía descompasadamente. Ante él se alzaba un roble. Las hojas murmuraban y en, algún lugar un pájaro nocturno las hacía eco. Lockridge se sumergió en la oscuridad del lado opuesto.

Una mano le tocó. El retrocedió y dio un puñetazo. Su puño golpeó algo blando.

-Lince -dijo una voz de mujer, dolida-. ¡Espérame!

Jadeó varias veces antes de poder decir, con la boca reseca:

-¡Auri! Deberías haber salido corriendo.

-Lo hice, pero me detuve aquí para ver lo que te sucedía. Ven -se le acercó, y el mundo dejó de ser un sueño febril-. Conozco los caminos del bosque.

-Estupendo –recobraba el autodominio de sí mismo, como si algo se ajustase de nuevo en su interior. De nuevo podía pensar y, mirando a su alrededor, vio fuegos esparcidos por toda la llanura, y figuras que revoloteaban entre ellos. Ocasionalmente se distinguía el brillo de un trozo de cobre o de piedra pulimentada. Sus murmullos sonaban demasiado lejanos para poder distinguir lo que decían-. Pronto recuperarán su coraje -dijo-, especialmente después de que Brann se entere de lo que ha pasado y les devuelva la confianza. Los bosques no están demasiado cercanos y organizarán nuestra búsqueda. ¿Podemos permanecer ocultos?

-Ella, que es la Señora de la tierra, nos ayudará --contestó Auri.

Le empujó al descubierto y se echaron al suelo. Con la sutilidad y rapidez de una comadreja, ella trazó un sendero por allí donde las yerbas eran más altas. Lockridge la seguía más torpemente. Pero ya había caminado de esta manera infinidad de veces, hacía tiempo, en aquel distante futuro en el que él había sido un niño.

Fuera ya de la vista del enemigo, se alzaron y se apresuraron hacia el Sur. Ninguno de ellos hablaba, debían conservar el aliento. Las .pupilas de Lockridge se distendieron hasta que pudo ver cómo '-la yerba se agitaba bajo una débil brisa y cómo los árboles estaban ligeramente iluminados en la parte superior de sus copas, mientras que a sus pies se extendía la oscuridad más absoluta. Y las constelaciones allá arriba.

Entre el ruido de sus pisadas pudo oír el ladrido de una zorra, el correteo de una liebre y el coro de las ranas. Auri era un grácil movimiento a su lado, blanco a la luz de las estrellas.

Entonces aulló un lobo en el bosque que comenzaba a dibujar su sombría silueta frente a ellos. Como si fuera una señal, los cuernos de bisonte sonaron y oyó cómo los hombres que les perseguían empezaban a chillar tras ellos.

El resto de la huida quedó oculto por una mancha borrosa. Nunca hubiera escapado si no hubiera sido por Auri. Corriendo, haciendo fintas, regateando obstáculos, le llevó a través de cada hueco en el terreno y cada pedazo de sombra que; su Diosa le concedió.

Una vez estaban echados tras unas rocas y oyeron pasar a unos hombres un metro más allá, otra vez subieron a un árbol poco antes de que unas lanzas pasasen por debajo, rozándoles. Cuando finalmente el bosque les envolvió, se dejó caer como si fuera un pelele.

*  *  *

El conocimiento le volvió a llegar por partes. Primero notó resplandores del cielo sobre sus cabezas, allí donde las hojas dejaban .pequeños espacios abiertos. El resto permanecía oscurecido por la noche. Los helechos crujían y le rozaban los brazos, pero el terreno era blando y húmedo. Se agitó, pero Auri estaba junto a él, notaba su calor y su respiración.

Se obligó a sí mismo a sentarse. Ella se despertó al notar el movimiento.

-¿Hemos escapado realmente? -preguntó él.

-Sí -dijo la muchacha, en un tono más calmado que el suyo-. Si nos siguen, los notaremos por sus pisadas y lograremos escondernos.

Una nota de desprecio por los desmañados habitantes de las planicies vibraba en su voz. Le abrazó.

-¡Oh, Lince!

-Tranquila, tranquila. -Lockridge se separó de ella y buscó el hacha. De repente, el asombro le invadió-. Nunca esperé que ambos lográsemos escapar.

-No puede ser, estoy segura de que sabías lo que hacías. Puedes hacer cualquier cosa.

-¡Eh... ! -Lockridge agitó la cabeza, tratando de aclarar su mente. Por primera vez se daba cuenta de lo que había sucedido: Realmente no había planeado los acontecimientos, la desgracia de Auri había desbordado la rabia que se acumulaba en su interior; después,

los hábitos imbuidos en él habían tomado el control de la situación. A menos que, como creían los Tenil Orugaray, fuese cierto que un hombre pudiese ser poseído por Aquellos que caminan en el desierto.

-¿Por qué regresaste? -preguntó él.

-Para buscarte, a ti que levantarás el tabú de mí -dijo inocentemente Auri.

Esto era razonable, aunque dañaba un poco su ego. Ella había actuado en su propio interés, aunque no demasiado instintivamente, si tenía que juzgar por cómo había dado después el esquinazo a los Yuthoaz. Únicamente había sido capturada por pura mala suerte, pero luego el azar había llevado a Lockridge al punto donde estaba la banda que la había capturado.

*¿Suerte?* El tiempo podía girar sobre sí mismo, realmente existía esa cosa que llamamos destino, aunque normalmente era ciego. Lockridge recordó las palabras finales de Brann.

*-Usted vino a mí ¡Y me advirtió!*

Un estremecimiento recorrió sus nervios. ¡No!, le espetó a la noche, aquello era una mentira.

El desafío trajo tras de sí la decisión. No prestó atención a Auri mientras formaba su plan, y un sombrío sentido de fatalidad crecía en su interior. Sin embargo, la oyó decir:

-Muchos escaparon de Avildaro hacia el bosque. Sé dónde están escondidos algunos, aquellos de los que me separé para volverte a buscar. Podemos ir a su encuentro y después dirigirnos a otro poblado de los Tenil Orugaray.

Lockridge se irguió.

-Tú puedes hacerlo -dijo-. Pero yo debo ir a otro lugar.

-¿Cómo? ¿A dónde?, ¿tal vez más allá del mar? -No, hacia el interior. Y ahora mismo, antes de que a Brann se le ocurra enviar hombres allí. A un dolmen solitario, situado en el sur, a media mañana de camino de aquí. ¿Lo conoces?

Auri se estremeció.

-Sí -su voz se hizo un murmullo-. La Casa de los Ancianos Muertos. Hace algún tiempo los Tenil Vaskulan vivían en ese lugar y enterraban allí a su gente importante; ahora sólo habitan allí fantasmas. ¿Debes ir allí? ¿Y además ahora, después de ponerse el sol?

-Sí, no tengas miedo.

-No lo tendré... si tú me lo ordenas -se atragantó ella.

-Vamos entonces. Guíame.

Comenzaron a caminar a través de los matorrales, por senderos abiertos por los ciervos, lóbregos y oscuros. El iba tropezando y maldiciendo, ella deslizándose como un espíritu.

-Debes comprender -explicó él cuando se pararon a descansar-. Mi... ehhh... mi amiga Storm todavía está -en poder de Brann. Debo tratar de conseguir ayuda para rescatarla.

-¿A esa bruja? -dijo Auri agitando la cabeza con un mohín, que le hizo reír-. ¿Acaso no puede cuidarse ella misma?

-Bueno... Además, el grupo de rescate podrá echar a los Yuthoaz del poblado.

-¡Así que volverás de nuevo! -exclamó ella en un arrebato de alegría.

De alguna forma, Lockridge pensaba que los actos de ella no eran completamente egoístas. ¿Acaso su regreso a Avildaro podría Haber sido regido únicamente por el interés? Se notó incómodo.

No dijeron nada más. El camino era demasiado dificultoso, las horas pasaban lentamente, y la noche, corta en este período del año, hacia la mitad del verano, comenzó a desvanecerse. Las estrellas palidecieron y una luz grisácea comenzó a aparecer entre los árboles, al mismo tiempo que se oían los primeros cantos de los pájaros.

Lockridge creyó que ahora podría reconocer el camino que había seguido con Storm. No tenían que ; t, mucho más lejos.

Auri se puso rígida. Sus ojos, luminosos en su pequeña faz apenas visible, se agrandaron.

-¡Espera! -exclamó en un susurro.

-¿Qué? -Lockridge asió fuertemente el hacha hasta que su mano le hizo daño.

-¿No oyes?

El no oía nada. Ella le guió hacia adelante, volteando su cabeza hacia la derecha e izquierda, separando las ramas con enorme precaución. De repente, también él oyó el sonido: un chasquido entre los matorrales, muy atrás, pero cada vez más cercano.

El corazón se le subió a la garganta.

-¿Animales? -dijo tontamente.

-Hombres -contestó Auri- que nos rastrean.

Así que Brann había enviado una patrulla a vigilar el portal del tiempo. Si los Yuthoaz hubieran sido tan Hábiles atravesando el bosque como esta muchacha, ya le habrían estado esperando aquí. Tal como estaban las cosas, aún tenía una posibilidad.

-¡Rápido! -ordenó-. No te preocupes por el ruido. Debemos alcanzar el dolmen antes que ellos.

Auri echó a correr. El la seguía. En la nebulosa luz del amanecer tropezó con un tronco, cayó en un matorral de zarzas que se agarraron a sus vestiduras haciendo un ruido infernal.

De los matorrales a su espalda surgieron gritos.

-Nos han oído -advirtió Auri-. ¡De prisa!

Corrieron, sobre el camino: los árboles quedaban atrás con una terrible lentitud y la luz se hacía más fuerte.

Cuando salieron al prado, éste brillaba con el rocío bajo un cielo rojizo. La colina se levantaba ante ellos. Sin aliento, notando punzadas en el brazo, Lockridge se dirigió hacia el árbol hueco, en el que Storm había Ocultado e'1 control de entrada.

* * *

Buscó en el interior. Auri gritó. Lockridge sacó finalmente el tubo metálico y miró qué pasaba. Un grupo de guerreros apareció en el lindero del claro.

Rugieron. al verle, y saltaron hacia adelante. Lockridge echó a correr junto con Auri, subiendo por la ladera de la loma, a la vista de sus enemigos. Una flecha pasó zumbando a su lado.

-¡No, idiota! -gritó el jefe de los Yuthoaz-. El Dios dijo que los llevásemos vivos.

Movió los controles del tubo. Un hombre apareció entre los arbolillos a'1 pie de la ladera y llamó a sus compañeros. Lockridge lo vio con perfecta claridad: cabello trenzado, falda de cuero, torso muscular y larga hacha. Brann debía haber aleccionado a este grupo para que fueran capaces de enfrentarse a cualquier cosa.

El tubo brilló y tembló en su mano. Otros Yuthoaz se unieron al primero y corrieron entre las yerbas para iniciar la batalla. Lockridge lanzó el hacha de Withucar. El hombre que iba en cabeza la esquivó y se echó a reír. Sus seguidores se atropellaban detrás de él.

El suelo tembló.

Auri dio un alarido y cayó de rodillas, cogiéndose a la cintura .de Lockridge. Los Yuthoaz se quedaron helados. Después de un, momento salieron huyendo dando gritos hacia la protección de los árboles. Allí se pararon. Viéndoles entre las ramas, Lockridge se dio cuenta de su confusión. Oyó cómo su capitán decía:

-El Dios nos juró que no podríamos ser atacados con magia. ¡Venid aquí, hijos de conejas!

La rampa brillaba. Los Yuthoaz avanzaron de nuevo. No podía dejar aquí a Auri, así que la tomó por el brazo y la lanzó hacia la entrada. El jefe -de los guerreros ya estaba casi encima suyo. Lockridge se lanzó a través del agujero, cayó rodando, y actuó frenéticamente sobre los controles. La compuerta de tierra que estaba flotando por encima del agujero descendió, tapando el cielo con un, silbido mientras se colocaba en posición.

El silencio se cernió sobre ellos.

*  *  *

Auri lanzó un grito que rápidamente se convirtió en un alarido histérico. El la abofeteó, y ella quedó sentada estupefacta, mirándole con unos ojos de los que había desaparecido toda traza de inteligencia.

-Lo siento -dijo él. Y realmente lo sentía, mientras veía cómo aparecía una marca roja en sus mejillas-. No tienes, porque alarmarte. Ahora estamos a salvo.

Ella trató de serenarse. Su mirada recorría el lugar, observando las paredes iluminadas por la luz fría que la envolvía. Se acurrucó en el suelo y sollozó:

-Estamos en la Casa de pos Ancianos Muertos.

Lockridge la sacudió y dijo secamente:

-No tenemos nada que temer. No pueden nada contra mí. ¡Créeme!

No había esperado que la cordura volviese tan rápidamente a ella. Dio varios sollozos, estremeciéndose, pero poco después, mirándole fijamente, dijo:

-Te creo, Lince. -Y la locura la abandonó.

Esto le devolvió la confianza en sí mismo, al mismo tiempo que se sentía más alerta.

-No quería que vinieses aquí -dijo-, pero no había otra posibilidad de que no te capturasen. Ahora verás cosas extrañas, pero no dejes que te asusten.

Recordó con ironía cómo Storm le había dado el mismo consejo. Se extrañó de cómo había llegado a aceptar, tan, pronto, este extraño mundo en el que pasar de una época a otra era cosa común. Su propio siglo parecía un sueño medio olvidado.

-Tenernos que movernos -dijo-. Los Yuthoaz no pueden seguirnos aquí, pero pueden decírselo a su amo y él sí que puede. O tal vez nos encontremos... bueno, no nos preocupemos ahora.

Si se encontraban, desarmados, con Batidores en el corredor, esto sería el final de su aventura.

-Por aquí -dijo.

Ella le siguió silenciosamente, bajando hacia la antesala. La cortina del portal le hizo lanzar un suspiro de admiración y apretó fuertemente la mano de él.

Lockridge rebuscó por dentro del armario, pero no encontró nada más que equipos apropiados para esta época. Los viajeros en el tiempo debían siempre llevar su propio equipo avanzado.

El atravesar la cortina necesitó una fuerte decisión por su parte cuando cualquier cosa le podía esperar al otro lado. Pero él corredor se extendía blanco y silencioso, completamente vacío en toda la longitud que abarcaba su vista. Dejó escapar el aliento que instintivamente había retenido y se desplomó en el trineo antigravitatorio.

A pesar de todo no podían entretenerse, en cualquier momento alguien podía entrar a través de cualquier portal y descubrirlos. En cualquier momento... se entretuvo mentalmente en la contemplación de lo que significaba el tiempo aquí, en este corredor que se hallaba fuera del tiempo y a través de él, pero éste era un problema para recapacitar en cualquier otro momento menos apurado.

Movió sus manos experimentalmente a través de los controles y no tardó en averiguar cómo manejar el vehículo, por lo que pudo lanzarlo hacia el futuro. Auri estaba sentada a su lado, muy junto a él. Se agarraba al banco fuertemente, pero el pánico había desaparecido de su mirada y aún parecía un tanto excitada y curiosa.

Estaba menos asombrada de lo que él mismo había estado, pero para ella todas esas cosas eran maravillosas por igual y en realidad no menos misteriosas que la lluvia, el viento, el nacimiento, la muerte y el sucederse de las estaciones del año.

-¿Qué haremos? -se preguntó él en voz alta-. Tal vez volver al año 1967 y allí tratar de desaparecer. Pero hay demasiados de esos malditos Batidores allí, y les sería extremadamente fácil rastrear a un hombre, especialmente con lo difícil que sería ocultar tu presencia, Auri. Y si la misma Storm no pudo entrar en contacto con ningún Guardián, no creo que yo tuviera más suerte.

Se dio cuenta de que había estado hablando en inglés, y sin duda Auri habría tomado sus palabras por algún tipo de encantamiento.

¿Qué era lo que le había dicho Storm?

De repente volvió a encontrarse en la choza-prisión, y ella estaba con él, y su boca recordó el beso. Por un momento se olvidó de todo lo demás.

Luego volvió a sus sentidos. El corredor les envolvía con su luminosidad blanca, con su vacío y con su misterio Storm estaba atrás, muy atrás, siglos atrás, pero él podía regresar a ella. ¡Y lo haría, por todos los infiernos!

¿Debía correr hasta llegar al tiempo de ella? No, este túnel no llegaba tan lejos y, de cualquier manera, esto habría sido demasiado peligroso. Contra más pronto saliesen de aquí y se desvaneciesen en el mundo sería mejor. Pero ella había hablado de un tal Herr Jesper Fledelius, en el Viborg de la época de la Reforma...

Sí, ésta era la mejor solución, y además sentía instintivamente que el destino le guiaba.

Frenó la marcha del trineo y comenzó a fijarse en las señales de los portales. No podía leer el alfabeto de los habitantes del futuro, pero los numerales eran reconociblemente arábigos. Claramente se veía que los años, eran, contados desde el final *más bajo* del corredor, así que si el año 1827 a. de C. era el 1175...

Cuando aparecieron los números empezados por 45, paró el trinco y lo hizo retroceder. Auri esperó mientras él se esforzaba en estudiar la situación y llegar a una solución. ¡Maldito fuese aquel factor de azar! Deseaba llegar con algunos días de anticipación a la víspera de todos los Santos, para tener tiempo de llegar hasta Viborg, pero no tan pronto que diese tiempo a que los secuaces de Brann hallasen su rastro.

Seleccionó como mejor supo una línea del grupo que correspondía al Año del Señor de 1535. Auri entrelazó su mano con la suya y le siguió temblorosa a través de la cortina.

De nuevo se hallaron en una habitación larga y silenciosa, con tan sólo el armario. Aquí habrían ropas, corro él ya sabía, y dinero. Podría pretender que era un mercader viajero con su esposa hasta que Fledelius les pusiese en contacto con el culto de las brujas.

Conocía por la historia a esta especie de neopaganismo -que había surgido de la desesperación, creada tras la represión de las revueltas de los campesinos, entre las clases humildes. Y los agentes de los Guardianes la usaban, guiándola para así poder contar con una verdadera red de colaboradores.

Sin embargo, lo mejor sería que procediese con cautela. Su conocimiento de la materia era muy reducido. ¿Qué infiernos había pasado en el siglo dieciséis en Dinamarca? Y era muy probable que el mismo, infierno estuviese aquí, si es que la guerra intertemporal andaba mezclada con los acontecimientos de la época.

## *VIII*

En una colina en los yermos ardía la hoguera de los brujos. La luz chisporroteaba rojiza de un altar ante el que Auri se inclinó, pues ya había sido sagrado en, su propio tiempo. Por encima de ellos las estrellas de la noche de la víspera de Todos los Santos brillaban en su remota multitud. La tierra estaba silenciosa y el aire helado.

Lockridge prestaba poca atención a los desharrapados y patéticos adoradores, ni siquiera se fijaba en la muchacha ni en el caballero Fledelius que se hallaba cerca de él en el reducido círculo iluminado por el fuego. Olvidó el recuerdo de la dura caminata que habían realizado, viajando por un país deshecho por la guerra civil, primero a Viborg para establecer el contacto y luego aquí. Su mirada y su pensamiento estaban por completo con el Maestro.

Alto y delgado se alzaba Marcus Nielsen, con sus extrañas facciones ocultas por la capucha de un desgarrado hábito de Dominico. En esta Era se le conocía como un «sacerdote de las campiñas». Al contrario de lo que ocurría en Inglaterra, donde se hacía denominar Mark de Salisbury, Dinamarca no perseguía a los católicos, pero los magos corrían peligro de ser enviados a la muerte en la estaca. Había nacido como Mareth de los Guardianes dos mil años después que Lockridge y ahora se encontraba en los recovecos de la Europa de la Reforma para servir a su reina Storm Darroway

-Es usted portador de malas nuevas -dijo en el francés de la época. Hizo una pausa-. Debe de darse cuenta de cuán importante son ella y Brann -añadió-. Hay muy pocos en cualquiera de los dos bandos que sean capaces de transformarse en operadores temporales y éstos se convierten en algo parecido a los reyes de la antigüedad, guiando a sus tropas a la batalla. Usted y yo no representamos nada, pero la captura de ella representa un desastre.

-Bueno -dijo bruscamente Lockridge-. Ya le he avisado a usted. Supongo que tiene acceso al futuro: organice una partida de rescate.

-Las cosas no son tan simples como parecen -contestó Mareth-. En todo el período de historia desde Lutero hasta más allá de su propio tiempo, las fuerzas de los Batidores predominan. Los Guardianes están concentrados en, otros tiempos. Sólo mantenemos unos pocos agentes como yo en este siglo.

Juntó los dedos y se quedó mirándolos, pensativo.

-De hecho, según parece, estamos aislados por cl momento. Por todo lo que ha podido averiguar nuestro servicio de información sabemos que todos los porta

les por los que podríamos trasladarnos desde este período al futuro se hallan vigilados.

-¡Maldita sea, se supone que usted está aquí para resolver problemas!

-Sí, sí, creo conocer un método. Pero no es el que usted tiene en la mente. No vale la pena usar el pasadizo danés en absoluto: aquí no tenemos más que a esos para ayudarnos -hizo un gesto despectivo que abarcó a la congregación-. Y -continuó- como, según parece, no pudimos rescatarla la misma noche en que fue apresada, no trataremos de hacerlo. No *podemos hacerlo.* Lo más posible es que no aparezcamos, *no hayamos* podido aparecer, hasta que Brann tenga a un cierto número de Batidores con él y una guardia apostada en el portal.

»Pero en el presente siglo Dinamarca es tan sólo un territorio fronterizo para nosotros. Las fuerzas de que disponemos en Europa se hallan concentradas en Bretaña. El rey Enrique ha renegado de la Iglesia Católica, pero hemos cuidado de que tampoco se pasase al Luteranismo. Lo que usted conoce como el episodio de las dos reinas María es un, período de triunfo para los Guardianes; los Batidores resurgirán con Cromwell, pero los haremos retirarse can la Restauración.

»Ya sé, ya sé, se estará usted preguntando por qué alguien lucha en una guerra cuyo resultado es conocido de antemano. Bueno, por una harte, durante la lucha se causan bajas al otro bando, y lo que es más importante, cada pieza de espacio-tiempo que se tiene firmemente dominada es una fuente de fuerza, de reclutas, de poder del que se puede disponer cuando llegue el momento de la decisión final.

»Pero continuemos, tengo también un rebaño en Inglaterra y esos no son campesinos hambrientos. Ni yo soy tampoco allí un despreciado pagano. Y, en Inglaterra, existe un corredor cuya existencia desconocen los Batidores y que llega hasta el Neolítico, donde tiene un portal. Este portal se abre en el pasado del situado en Dinamarca, pero existen algunos meses que les son comunes en el año mismo al que debemos llegar.

Tomó a Lockridge por los hombros. Su cara resplandecía.

-¿Está usted con nosotros? -preguntó-. ¿Con nosotros y por Ella?

*  *  *

*-¡Ha¡-ee! ¡Hingst, Hest, os Plag faar flygte Dag! ¡Kommer, kommer, komer!*

Las ropas del gran brujo aleteaban a su alrededor. Al alzar sus brazos al cielo, un torbellino, ni visto, ni oído, ni sentido, levantó por los aires a él y a sus elegidos. Volaron hacia arriba hasta que se perdieron entre las frías constelaciones. La hoguera lanzó una llamarada y una nube de chispas en persecución de su amo y luego se apagó. Los componentes de la congregación se estremecieron y partieron cada cual por su camino.

Auri trató de contener un grito y .se aferró nerviosamente de la mano de Lockridge. El americano compartía parte de su temor. Ya había volado otras veces, pero nunca antes al extremo de una onda antigravedad.

No notaba resistencia en el aire. La fuerza que surgía del cinturón situado bajo el hábito de Mareth creaba a su alrededor una cubierta protectora. Iban silenciosamente, a varios centenares de metros por encima del suelo, y la velocidad llegaba a ser de varios centenares de kilómetros a la hora.

Oscuramente pasaban bajo ellos los matorrales, el Limfjord relumbraba, las dunas quedaron atrás y el mar del Norte rodaba en olas tocadas por los helados rayos de la Luna en cuarto. Perdido en la noche y en su asombra, Lockridge se sobresaltó cuando Inglaterra fue avistada... ¿tan pronto?

Atravesaron las tierras llanas de East Anglia_ Entre los campos de cultivo se erguían, poblados de techos de bálago, y un castillo alzaba sus muros al lado de un río. Era un sueño imposible que él siguiera prosaicamente a un brujo a través del aire en la misma noche e en que el rey Enrique roncaba al lado de Ana Bolena, la pobre Ana cuya cabeza rodaría bajo el hacha del verdugo en menos de un, año... y nadie la avisaría, pero su hija yacía acurrucada en alguna parte del mismo palacio y su nombre era Elizabeth.

La extrañeza de todo esto se apoderó de Lockridge como en una visión, extrañeza no sólo ante su propio destino, sino ante el misterio que era el de cada hombre.

Las tierras de cultivo dieron paso a las salvajes allí donde las islas se amontonaban a lo largo de las lagunas y los cauces pantanosos, en los marjales de Lincolnshire.

Mareth descendió hacia el suelo. Las últimas frondas descoloridas se abrieron ante él y aterrizó, atrayendo luego diestramente a los otros hacia sí. A la pálida luz del cielo, Lockridge pudo distinguir una cabaña.

-Esta es mi base inglesa -dijo el Guardián-. El portal del tiempo se halla debajo. Permanecerán aquí mientras reúno a mis hombres.

Tras la primitiva fachada, la cabaña era casi lujosa, con suelo de madera y artesonado, amplio mobiliario y una buena biblioteca. La despensa y todos los demás artículos provenientes del futuro se hallaban ocultos tras paneles basculantes, no había a la vista nada que fuese demasiado extraño en este siglo. Un intruso podría haber notado cómo el interior permanecía seco y a una temperatura uniforme en cualquier estación del año, sin embargo, nadie se aventuraba hasta aquí. Los campesinos tenían sus supersticiones, la nobleza era indiferente ante estos lugares.

Lockridge y Auri se alegraron sobremanera de este descanso. Eran humanos corrientes y no obras maestras de una época que podía modificar a su agrado la herencia para obtener cualquier forma deseada, y sus nervios, se habían ido sobrecargando hasta aproximarse al punto de ruptura. Los dos días siguientes fueron pues un interludio de sueño y nebulosos períodos de semiinconsciencia.

*  *  *

Sin embargo, a la tercera mañana, ella le buscó. El se hallaba sentado en un banco fuera de la puerta, paladeando una pipa, pues aunque no llegaba a ser un vicioso había llegado a notar falta del tabaco, por lo que se había regocijado de la anacrónica posesión de este producto, junto con algunas pipas de arcilla, por parte de los Guardianes.

Y el tiempo había mejorado, el sol brillaba pálido entre los desnudos cauces. Una bandada retrasada de ocas volaba hacia el sur, alta, formando una V, y sus graznidos llegaban hasta él a través de un inmenso silencio, sonido lejano y errante.

Entonces oyó el ruido de sus pasos, levantó la vista y se asombró de su belleza.

No había habido tiempo, antes de este amodorrado interludio, de pensar en ella como en otra cosa que en una niña que necesitaba toda la protección, que él pudiera brindarle, pero en esta mañana ella había salido a un terreno pantanoso similar al de su hogar, cubierta tan sólo por su cabello de color del maíz que le llegaba hasta la cintura, y se sentía como nueva. Se dirigió hacia él con la gracia de un, cervatillo, con los ojos grandes y azules en su pícara faz. Vio risas y asombro en sus labios y se puso de pie al tiempo que notaba cómo su pulso se aceleraba.

-¡Oh, ven a ver! -gritó ella-. ¡He encontrado el más maravilloso de todos los botes!

-¡Buen Dios! -se atragantó Lockridge-. Ponte algunas ropas, muchacha.

-¿Por qué?, el aire es cálido -bailó ante él-. Lince, podemos salir a pescar, tenemos todo el día a nuestra disposición, la Diosa está contenta, y tú ya debes estar descansando. ¡Ven, vamos!

-Bueno..., bueno, ¿por qué no? Sí, pero a pesar de todo debes vestirte, ¿comprendes?

-Si tú lo quieres -extrañada pero obediente, ella recogió una muda de la cabaña y corrió por los bosques delante suyo.

El esquife, atado al tocón de un árbol, le parecía a él simple, pero naturalmente para Auri los botes eran los toscos redondos de cuero de su pueblo o bien canoas con los costados asegurados por juncos y tablillas., mientras que éste, ¡hasta tenía verdaderos clavos de metal!

Y también se asombró ella al verle bogar, en lugar de impeler con una pértiga o remar con canalete.

-Seguramente debe provenir de Creta -dijo admirativa.

El no tuvo corazón para decirle que Creta estaba ahora empobrecida y oprimida bajo los venecianos, esperando al próximo siglo en el que sería conquistada por los turcos.

-Tal vez -hizo deslizarse al bote por entre las cañas y sargas, hasta que llegaron a un tramo despejado de agua poco profunda.

Aquí la isla estaba oculta por los matorrales y la laguna parpadeaba brillante y en calma. Auri había tomado aparejos de pesca junto con su vestimenta. Puso cebo a un anzuelo y lo lanzó diestramente hacia un rincón bajo un tronco. El se recostó y volvió a encender su pipa.

-Es un extraño rito ese que llevas a cabo -comentó Auri.

-Sólo es por el placer que me da.

-¿Puedo probar? ¡Por favor!

Ella lo aduló hasta conseguir que aceptase, con los resultados previsibles. Atragantándose y tosiendo, le devolvió la pipa.

-Buuah! -se frotó los ojos-. No, es demasiado fuerte para mí.

-Te avisé, jovencita -dijo burlón Lockridge.

-Debí haberte escuchado. Nunca te equivocas.

-No es cierto, oye...

-Pero desearía que no me hablases como a una criatura -enrojeció y sus largos párpados se entrecerraron-. Estoy dispuesta a convertirme en una mujer en cualquier momento en que me desees.

La sangre bullía también en las venas de Lockridge.

-He prometido que levantaría de ti la maldición -musitó. Le vino a la mente la idea de que podía perecer en la batalla -que se aproximaba-. De hecho ya no existe, no necesitas más magia. Uh... el viaje a través del mundo subterráneo, sabes... es como si hubieses vuelto a nacer, ¿me entiendes?

La dicha la embargó. Se acercó a él.

-No, no, no -dijo él desesperadamente-; yo mismo no puedo...

-¿Por qué no?

-Mira, sí, mira a tu alrededor: todavía no es Primavera.

-¿Acaso eso importa? Todo lo demás ha cambiado. Y, ¡oh, Lince!, te aprecio tanto.

Se acercó contra él, ardiente, deseable y deseosa. Sus palabras tenían una torpeza encantadora. Envuelto por la nube de su cabello él aún pensó: «Realmente mi propio abuelo habría llamado al esposo de Auri tatara... ¡No, maldita sea!».

-Tendré que dejarte, Auri.

-Entonces déjame con un hijo tuyo. No quiero pensar en lo que pueda pasar luego, no quiero pensar hoy en ello.

La severidad ya había sido dejada atrás, así que sólo se le ocurría una cosa que pudiese hacer. Dejó que su peso se apoyase demasiado hacia un lado y el esquife volcó.

Para cuando lo hubieron puesto derecho y achicado el agua, las cosas ya estaban de nuevo bajo su control. Auri aceptó el signo de desagrado de los dioses sin miedo, pues durante toda su vida había estado entre presagios de esta clase. Ni siquiera demostró demasiado desencanto, pues su corazón estaba demasiado alegre para resentirse. Se despojó

de su vestimenta empapada entre carcajadas producidas por la negativa de Lockridge a imitarla.

-Por lo menos puedo contemplarte -dijo ella al fin cuando volvió a ponerse seria- y ya habrán otras ocasiones después que hayas liberado a Avildaro.

Una oleada de tristeza cayó sobre él.

-El poblado, tal como lo conociste, no volverá a existir nunca más -dijo al fin-. Recuerda a los que cayeron.

-Los, recuerdo -contestó ella con voz grave-, Echegon, que fue siempre amable, y Vurowa el alegre, y a tantos otros.

Pero todo lo que había pasado luego había mitigado en parte su dolor. Por otra parte, los Tenil Orugaray no eran dados a lamentar una pérdida tanto como a aquellos que les habían ido sucediendo en el tiempo. Habían aprendido demasiado duramente a aceptar las cosas tal como eran.

-Y todavía tendremos que enfrentarnos con los Yuthoaz -prosiguió Lockridge-. Tal vez logremos hacer huir, por esta vez, a esta partida, pero vendrán otros, más fuertes y con. deseos de obtener tierras nuevas. Sí, ellos volverán.

-¿Por qué tienes siempre que preocuparte tanto por lo que aún ha de suceder, Lince? -Auri inclinó la cabeza-. Tenemos todavía el día de hoy y... ¡Hey, un pez!

Deseó fervientemente poderse unir a ella más que con un simulacro de alegría, pero sus propios difuntos eran demasiado para él: naciones, reyes y los siempre olvidados humildes, a través de todas las épocas de la guerra del tiempo.

Estaban almorzando con su presa, al estilo sashimi, cuando oyeron sonar un cuerno. Lockridge se sobresaltó. ¿Tan pronto? Remó a toda velocidad para regresar.

Mareth estaba allí, con otros seis Guardianes. Habían abandonado sus disfraces de sacerdote, caballero, mercader, hacendado y mendigo por un uniforme ajustado al cuerpo, como el de los Batidores, pero de color verde bosque con capas iridiscentes que caían desde sus hombros. Bajo los cascos broncíneos, largos ojos oscuros situados en rostros extrañamente similares al de Storm, observaban con curiosidad a sus ayudantes.

-Tenemos otro agente en las Islas Británicas -dijo Mareth-. El traerá a nuestro ejército cuando haya oscurecido. Mientras tanto, tenemos que hacer preparativos.

Lockridge y Auri se encontraron trabajando en tareas que no llegaban a comprender. Como este corredor era un secreto para el enemigo y el portal se abría a un período crucial, la antesala estaba repleta de armas y las salidas eran lo suficientemente amplias como para permitir su paso. El americano logró identificar algunas cosas en términos generales: vehículos, armas cortas, pero, ¿qué era aquel globo cristalino en cuyo interior danzaba 1a noche, moteada de puntos similares a estrellas? ¿Y aquella espiral de fuego amarillo que se notaba fría al tacto? Sus preguntas no hallaron respuesta.

*  *  *

Cayó la noche y llegó la oscuridad. Por el cielo llegaron los hombres que esperaban. Era un grupo de duros y salvajes personajes en número de un centenar: soldados licenciados, marineros que eran medio piratas, buscadores de fortuna, carreteros, Galeses rebeldes, ladrones de ganado de las tierras bajas, caldereros, reunidos desde Dover al Lands End, desde los montes Cheviot hasta las callejas de Londres. Lockridge sólo podía imaginarse cómo había sido reclutado cada uno de ellos. Algunos por la religión, otros por dinero, otros

buscando refugio donde escapar de la llamada del verdugo. Uno por uno los Guardianes los habían encontrado y los habían ido uniendo hasta formar con, ellos una liga secreta, y ahora había llegado el momento de echar manó de ellos.

Las antorchas iluminaban rostros entre la masa que se acumulaba en la isla. Lockridge se hallaba junto a un macizo marinero que llevaba coleta y se vestía con una camisa y unos pantalones hechos harapos, descalzo, con pendientes en las orejas y un gran número de cicatrices de viejas peleas.

-¿De dónde eres, amigo? -preguntó.

-Soy un hombre de Devon, yo.

Lockridge apenas sí podía comprenderle, pues tenía una rara forma de omitir algunas vocales y además a esto añadía un acento tan espeso que casi se podría llegar a cortarlo con un cuchillo.

-Pero e'staba en la posada de la Madre Colley en Southampton cuando llegó la llamada -continuó el marino, chasqueando los labios con deleite al recordar-. ¡Ah, habíallí una prostituta que era'na verdadera fiera, una hembra de las que ya es difícil encontrar. Si hubiera yo tenido'na hora más le hubiera sido'mposible no recordar durante largo tiempo a Ned Brown. Pero cuando el medallón habló...

Se estremeció antes de proseguir con su relato.

-¡Por los huesos de Dios! He soportado el fuego de ,los franceses y luchado con los caribes cuando rodearon por todos lados a mi g'león. No soy un cobarde yo, pero nunca me'trevería a desoír la llamada del medallón.

-¿Del medallón?

Brown golpeó un disco que colgaba de su cuello, grabado con la imagen de la Virgen. Lockridge observó el mismo objeto en varios otros pechos peludos.

-¿Qué no te han dado, por acaso, esta señal? Bueno, pues habla en susurros cuando te n'cesitan, con una voz que no puede ser oída más que por ti mismo. A mí m'llamó y me dijo dónde debía marchar y allí me recogieron y me trajeron volando hasta'quí. Nunca supuse que fuéramos tantos en el servicio.

Mareth apareció en. la puerta de la cabaña. Su voz se alzó, no demasiado pero los ruidos se fueron silenciando.

-Hombres -dijo-, por largo tiempo algunos de vosotros habéis sido miembros de la Hermandad, y no pocos de vosotros recordáis tiempos en que os salvó de la muerte o del calabozo. Sabéis que estáis del lado de los practicantes de la magia blanca, que por sus artes, ayudados por la Santa Fe Católica, luchan contra los paganos y herejes. Esta noche habéis sido llamados a cumplir con vuestro juramento de alianza. Iréis lejos a extraños lugares, para luchar contra salvajes, mientras que vuestros amos lo hacen contra los brujos a los que estos sirven. Id bravamente hacia el triunfo, en el nombre de Dios, y aquellos que sobrevivan tendrán una rica recompensa, mientras que los que caigan serán todavía premiados con más largura en los Cielos. Arrodillaos, ahora, y recibid la absolución.

Lockridge siguió el ritual con un mal sabor de boca. ¿Era necesario tanto cinismo?

Bueno..., vamos a salvar a Storm Darroway, pensó. La veré de nuevo. Y su corazón aleteó con fuerza.

Más silenciosos y serios de lo que habría creído posible, los Ingleses atravesaron la cabaña y bajaron por la rampa. En la antesala, delante de la cortina de iridiscencia, recibieron sus armas: espada, pica, hacha y ballesta. La pólvora sería ineficaz contra los Batidores e innecesaria contra los Yuthoaz. Pero Mareth llamó a Lockridge.

-Es mejor que permanezca junto a mí, para serviría de guía -dijo, y puso una pistola de energía en la mano del americano-. Tenga, usted proviene de una era lo suficientemente sofisticada como para poder operar esto. Los controles son simples...

-Ya los conozco -atajó Lockridge.

Mareth dejó de comportarse altivamente.

-Sí, ella le escogió, ¿no fue así? -murmuró-. No es usted un, hombre ordinario.

Auri atravesó la aglomeración.

-Lince -suplicó, con el terror reflejado en el semblante-. Quédate junto a mí.

-Haga que permanezca aquí -ordenó Mareth.

-No, ella viene con nosotros, si así lo desea -contestó Lockridge.

-Entonces haga que no se interponga en nuestro camino -dijo Mareth, alzándose de hombros.

-Tengo que ir en vanguardia -le dijo Lockridge, mientras se preguntaba si debía besarla o no. Ella temblaba mientras la sostenía por los hombros-. Tú ve en uno de los vehículos de detrás.

* * *

Durante el día él había ayudado a pilotar varios aparatos voladores a través del portal. Eran ovoides lustrosos y transparentes, no hechos de materia sino de fuerzas que no llegaba a comprender. Cada uno de ellos tenía veinte plazas. Se introdujo en el de cabeza junto con Mareth. Los hombres que había dentro respiraban pesadamente, murmuraban maldiciones, o rezaban y hacían girar sus ojos como animales atrapados.

-¿No tendrán demasiado miedo para poder luchar? -preguntó pensativamente Lockridge en danés.

-No, ya los conozco -dijo Mareth-. Además, las ceremonias de iniciación incluyen acondicionamiento del subconsciente. Su miedo se convertirá en furia.

La máquina se elevó sin hacer ruido y comenzó a recorrerla blanca y vibrante excavación. Con un Guardia- en cada tablero de mandos las otras siguieron su ejemplo.

-Ya .que tienen este pasadizo --preguntó Lockridge ¿por qué no han traído refuerzos de otras épocas?

-Porque no hay refuerzos disponibles -le contestó Mareth. Hablaba distraídamente, con. las manos revoloteando por sobre los controles luminosos y con las facciones rígidas por la extrema concentración en lo que estaba haciendo-. Este corredor se construyó principalmente para tener acceso a esta era. Su final en el futuro está situado en el siglo xviii donde tenemos otro bastión en la India. Los Batidores tienen una gran actividad en la Inglaterra de entre la conquista Normanda y la Guerra de las dos Rosas, así que no tenemos portales que se abran en la Edad Media en absoluto. Ni tampoco tenemos demasiados en las épocas primitivas, puesto que las épocas cruciales, las regiones críticas o sea los teatros principales del conflicto se hallan en otras partes. En realidad -prosiguió-, los portales a través de las edades Neolítica y del Bronce, en el Norte, sólo sirven como puntos de transferencia. Es por pura coincidencia que tengamos aquí uno con una superposición en el tiempo con el de Dinamarca.

Lockridge habría deseado hacer todavía muchas más preguntas, pero el aparato, inexorablemente rápido, ya había llegado al año que buscaban.

Mareth lo pilotó hacia fuera. Salió para dar una ojeada al reloj-calendario del armario.

-¡Muy bien! -dijo con orgullo cuando regresó--. Hemos tenido suerte, no tenemos que esperar. Es de noche y se aproxima el amanecer, y debemos haber llegado próximos a cuando fue apresada.

La flota había sido mantenida unida por rayos de energía mientras habían cruzado el portal del tiempo. Abrieron la entrada, que se volvió a cerrar tras ellos, y Mareth dispuso los controles para un vuelo bajo en dirección al este.

Lockridge miró afuera. Bajo la luna de la Edad de Piedra los marjales eran. aún mayores y más salvajes que en la época de la que habían partido, pero más allá, hacia la costa, divisó poblados pesqueros que podrían haber sido Avildaro, pues tanto era el parecido.

Esto no era debido al azar. Antes de que existiese el mar del Norte los hombres habían pasado, a pie, desde Dinamarca a Inglaterra, la cultura de Maglemose era la misma en las dos tierras. Luego sus botes habían cruzado las aguas y los misioneros dé Ella habían llegado desde el Sur a ambas orillas. La diaglosa en su oreja izquierda le decía que, si hablaban lentamente, las tribus de la Inglaterra del Este y de la Jutlandia del Oeste todavía se podían entender.

Éste parentesco se debilitaba a medida que la distancia al mar se acrecentaba. El Norte de Inglaterra estaba dominada por los cazadores y fabricantes de hachas que tenían su centro en Langdale Pike, pero que comerciaban de un extremo a otro de la isla. El valle del Támesis había sido colonizado recientemente, y por cierto bastante pacíficamente, por inmigrantes procedentes del otro lado del canal, y los habitantes de las lomas del Sur estaban. abandonando los horribles ritos por los que siempre habían sido despreciados previamente.

Esto podía ser debido a la influencia de la poderosa y progresiva confederación del Sudoeste, que hasta había iniciado una pequeña minería para la obtención de estaño con el que atraer a los mercaderes de los países civilizados. Los principales de éstos era el Pueblo de las Copas, que viajaba en pequeños grupos con el propósito de comerciar con bronce y cerveza.

Una antigua era estaba muriendo en Dinamarca y una nueva naciendo en Inglaterra: esta tierra del oeste se adelantaba más hacia el futuro. Mirando hacia atrás, Lockridge vio ríos y bosques sin límite, como en sueños sabía que allí los pájaros habitaban por millones y los alces sacudían sus grandes cuernos y los hombres vivían felices. Como una revelación llegó a él el convencimiento que era aquí donde se hallaba su hogar.

No. El mar se deslizaba por debajo suyo. El se dirigía a casa, hacia Storm.

Mareth frenó a una velocidad mínima, esperando que el cielo se iluminase. A pesar de esto, tan sólo habían pasado dos horas cuando ya se divisó el Limfjord.

-¡Prepárense! -gritó.

* * *

Los aparatos comenzaron a descender. El agua brillaba con tonalidades aceradas, el rocío ponía gotas en el pasto y, cual hojas de un verano renacido súbitamente, aparecieron los techos de Avildaro tras su bosquecillo sagrado. Lockridge vio que los hombres del Hacha de la Guerra seguían acampados en los prados de los alrededores. Vislumbró a un centinela, con los ojos muy abiertos al lado de una hoguera casi apagada, tratando de sacar a los hombres de sus lechos a gritos.

Otro vehículo rielante se alzó de delante de la Casa Grande. Así que Brann había tenido tiempo de avisar a su gente. Bajo las estrellas que se ocultaban comenzaron a chisporrotear rayos de cegadora brillantez, seguidos de truenos ensordecedores.

Mareth escupió una serie de secas órdenes en un lenguaje desconocido. Un par de aparatos voladores convergieron sobre el de los Batidores. Surgieron llamaradas y aquella burbuja dejó de existir. Cuerpos vestidos de negro se desplomaron por los aires para chocar de una manera horrible en el suelo.

-Vamos abajo -dijo Mareth a Lockridge-. No esperaban un ataque, así que no deben ser muchos aquí,

Pero si piden socorro... debemos hacernos rápidamente con el control de la situación.

Pasó con el aparato rozando la bahía, tocó tierra e hizo desaparecer el campo de fuerza.

-¡Afuera! -gritó.

Lockridge fue el primero en salir y los Ingleses le siguieron. Los otros vehículos habían descendido dispersos, en las praderas donde estaban los Yuthoaz. Se elevaron de nuevo cuando sus pasajeros hubieron descendido. Fríos y calculadores, los pilotos Guardianes vigilaban la batalla, ordenaban a través de los amuletos y convertían en una pieza de ajedrez a cada uno de sus hombres.

El metal golpeó a la piedra. Lockridge se lanzó hacia la choza. Estaba vacía. Se dio la vuelta y corrió a toda velocidad hacia la Casa Grande.

Una docena de Yuthoaz montaban guardia. Valientes ante los terrores sobrenaturales que les acechaban, se hallaban dispuestos para la luchó con las hachas alzadas.

Brann se adelantó.

Su rostro alargado albergaba una mueca de intranquilidad. Una pistola de energía brillaba en su mano. El arma de Lockridge se alzaba también, dispuesta para protegerse. Se abalanzó a través de un géiser de fuego y golpeó con todo su cuerpo al Batidor. Cayeron al suelo, entre el polvo. Sus armas se les escaparon de las manos y sus dedos buscaron el cuello del oponente.

Una espada inglesa se alzó y cayó. El portador de un hacha cayó envuelto en sangre. Otro golpeó, el inglés contraatacó y llegaron sus compañeros. El combate se hizo general.

Por el rabillo del ojo, Lockridge vio otras dos formas vestidas de negro cuyos escudos despedían borbotones y chasquidos mientras la energía los golpeaba. El no podía atender a otra cosa, luchando con Brann tenía bastante. El Batidor era inhumanamente fuerte y diestro. Pero de repente vio quién era su atacante, cara a cara. El horror hizo que abriera su boca, se soltó y trató de esquivarle. Lockridge le dio un golpe en la laringe, se colocó encima de él y golpeó su cabeza en tierra hasta que quedó inerte bajo sus manos.

No esperando a ver qué había ocurrido en el interior de aquel estrecho cerebro, el Americano se alzó. Por todas partes 'los Ingleses perseguían a los centinelas Yuthoaz. Los otros Batidores yacían quemados ante Mareth y sus compañeros Guardianes. Lockridge los ignoró. Atravesó la puerta de la Casa Grande.

El interior estaba envuelto en penumbras. Avanzó.

-Storm -llamó agitado-. Storm, ¿está aquí?

Sombra entre las sombras, ella estaba atada a un pedestal. Notó un sudor frío en su piel desnuda, arrancó los cables de su cabeza, la tomó en brazos y sollozó. Por un momento eterno, ella no se movió y él la dio por muerta. Luego, ella murmuró:

## *IX*

-Viniste. -Y le besó.

La noticia corrió a través del bosque, los refugiados volvieron al hogar y la alegría habitó de nuevo en Avildaro.

La fiesta no pudo ser más animada y alegre a pesar da ser un funeral para los muertos al mismo tiempo que una conmemoración de la victoria. Los extranjeros cuyas armas metálicas habían, expulsado a los Yuthoaz fueron bienvenidos a la diversión. Su lenguaje era incomprensible, pero, ¿qué podía importar eso? Un cerdo asado les hablaba con el idioma del gusto, un hombre con su sonrisa y una mujer consigo misma.

Sólo la Casa Grande permanecía apartada, pues allí habitaban los dioses verdes que habían liberado a su pueblo. Comida y bebida fueron llevados a la puerta, y cada hombre adulto se disputó el honor de actuar como sirviente o mensajero. En el segundo atardecer de celebración, uno buscó a Lockridge en el lugar donde estaba, viendo las evoluciones de los danzarines en el prado, y le dijo que se le llamaba.

Partió con impaciencia. La preocupación por Storm le había impedido tomar una gran parte en las diversiones. Ahora se le comunicaba que Ella, la de la Luna, ordenaba se presentase.

La luz del sol, los aromas del bosque y del agua marina, el olor del humo, los gritos lejanos y los cantos, todo desapareció de su conciencia cuando entró en la Casa. Todavía no había sido reencendido el fuego sagrado, Ella había prometido que efectuaría el ritual necesario cuando fuese oportuno. Globos luminosos hacían radiante el interior. Siete Guardianes en los pedestales esperaban a su reina. No condescendieron en saludarle.

Pero todos ellos se pusieron de pie cuando entró Storm. La parte trasera de la casa estaba ahora separada, no por una cortina material, sino por una pantalla de fuerza que absorbía la luz. Ella surgió a través. Al lado de tanta oscuridad, parecía arder.

O, no..., ¡brillaba!, pensó mareado Lockridge; brillaba como ese mar que era también propiedad de la Diosa. Los tres días y las tres noches de su suplicio en la máquina lectora de la mente todavía le marcaban el rostro. Los pómulos parecían aún más salientes y los ojos le brillaban con una febril luz verde. Pero caminaba erguida como una lanza y su pelo negro-azulado se extendía enmarcando el bronceado de su rostro y cuello. Desde las puertas del rey Frodhi le habían traído ropajes apropiados para su condición y tiempo. El tejido traslúcido descendía sujeto por el cinto cobrizo del poder, desde éste se acampanaba y caía en cascada hasta los tobillos, pasando del azul al rojo, terminando con emblemas bordados en plata que al mismo tiempo eran representación de la espuma marina y dibujo de serpientes. Un broche moldeado en forma de labris sostenía una capa cuyo forro era blanco como una nube de verano, pero cuya parte exterior era gris como las nubes de tormenta. Sus zapatos eran, de oro espolvoreados con polvo de diamantes. Una creciente de plata labrada coronaba su frente.

Mareth le acompañaba. El le estaba diciendo algo en el lenguaje de los Guardianes. El gesto de Storm cortó sus palabras.

-Hable de forma que Malcolm le entienda -ordenó en, el idioma de los Orugaray.

El pareció escandalizarse

¿En esta lengua de cerdos, Lucidez?

-Pues en cretense. Es lo suficientemente sutil.

-Pero, Lucidez, estaba a punto de informaros sobre...

-El tiene que saberlo también -Storm le dejó que tragase su humillación mientras avanzaba hacia Lockridge. El se inclinó demañadamente para besar la mano que le ofrecía.

-Todavía no le ha agradecido lo que hizo por mi -dijo Storm-, pero las palabras no sirven para esto. Fue algo más que el hecho de que me salvase. Dio usted un gran golpe en favor de nuestra causa.

-Me..., me alegro -dijo él atragantándose.

-Siéntese si lo desea -con gracia felina ella dio la vuelta y comenzó a pasear por la sala. No se oían sus pasos en el suelo de polvo. Con. las rodillas temblorosas, se sentó al lado de un Guardián que le saludó inclinando la cabeza, con una nueva deferencia.

*  *  *

-Tenemos a Brann con vida -dijo con las facciones vibrantes. La suave lengua cretense reverberaba en su garganta-. Con lo que estamos aprendiendo de él, tenemos una posibilidad de ganar la partida en Europa en los mil próximos años. Mareth, comience.

Aquel que era sacerdote y hechicero había permanecido de pie.

-No puedo comprender cómo logró resistir, Lucidez -dijo- El mismo Brann ya está cediendo. El chorrito de sus secretos se convertirá pronto en un gran río.

-Obtuvo lo mismo de mí -dijo ella sombríamente-. Si hubiera sido capaz de usar la información... No, no deseo recordar.

Lockridge miró hacia el velo oscuro, su estómago le dio un vuelco. Detrás se hallaba Brann.

No sabía exactamente lo que le estaban haciendo. Posiblemente no eran torturas. Storm no se rebajaría a esto y en cualquier modo esos métodos eran crudos y hasta posiblemente ineficaces contra los nervios planeados y entrenados, contra la inalterable voluntad de los Señores del futuro. Storm había sido drogada y corrientes de fuerza habían inspeccionado su cerebro hasta sus profundidades más recónditas. No le dejarían morir, pero destruirían su ego e instalarían un aterrador proceso automático en su pensamiento, para que centímetro a centímetro saliese a la superficie todo lo que había sabido y hecho, todo lo que había soñado y todo lo que era, y luego fuese fríamente impreso en los rollos de cinta.

Ninguna criatura viviente debía pasar por eso. ¡Por los infiernos que no! Lockridge bullía en indignación, pero luego se le ocurrió que, al fin y al cabo, Brann estaba probando su propia medicina y que, de cualquier forma también él había ordenado la muerte de muchos de sus amigos que nunca le habían molestado. La guerra es la guerra.

Mareth trató de recobrar su dignidad.

-Por ahora -comenzó diciendo- hemos logrado sonsacarle la situación inmediata, pues esto es lo que está en el foco de su atención. Cuando Lockridge escapó por el corredor, Brann no tenía idea de que existiese la posibilidad de que obtuviese ayuda en Inglaterra. Pero la posibilidad de que en alguna manera lograse dar el aviso a los Guardianes no dejaba de preocuparle. Así que Brann informó a todos sus agentes a lo largo de la historia de Dinamarca. Estos sin duda alguna están todavía buscándole, e investigando sobre la posible preparación de una partida de rescate nuestra.

»Mientras tanto, tenía que sopesar los riesgos de transportar a vuestra Lucidez a otro lugar y otro tiempo contra los de guardaron aquí. Como tenía ciertas razones para opinar que, después de todo, Lockridge no le delataría a nosotros, decidió quedarse al menos temporalmente, Este es un, medio distante y poco visitado. Si traía tan solo a unos pocos Batidores y conservaba a los hombres de la Hacha de Guerra como sus principales auxiliares, sería poco probable que se le detectase.

»Como resultado de esto, ahora lo tenemos en nuestro poder y sin que su organización tenga noticias de esto. Cuando hayamos acabado con. su tratamiento, tendremos toda la información necesaria para montar ataques por sorpresa contra las posiciones de los Batidores a lo largo del tiempo, preparar emboscadas contra agentes individuales, destruir enclaves. Infligirles la peor derrota de toda la guerra.

-Sí -asintió Storm- he estado pensando en eso. Podemos engañar al enemigo haciéndole creer que nos hemos ido rápidamente de aquí, pero quedándonos en realidad. Brann tenía razón al pensar .que éste es un buen lugar para establecer un centro de operaciones. Toda la atención está concentrada en, Creta, en India y en Anatolia. Los Batidores están convencidos de que la destrucción de estas civilizaciones representará un duro golpe contra nosotros. Bueno, les dejaremos que continúen pensándolo. Dejaremos que se desgasten ayudando a los indoeuropeos en, una conquista, que de cualquier manera tiene que suceder. Pero ambos bandos han tendido siempre a olvidar el Norte.

Su capa revoloteaba mientras ella paseaba. Se golpeó la palma de la mano con el puño y gritó:

-¡Sí! Pieza a pieza iremos retirando nuestras fuerzas de allí. Podremos organizar esta parte del mundo tal como queramos. No hay pruebas de que no lo hiciésemos, por tanto la posibilidad queda en pie ¿Qué noticias pueden llegar al Sur de las acciones de estos bárbaros? Cuando llegue la Edad del Bronce, tendrá la forma que le hayamos dado y nos dará a nosotros hombres y productos, y tal vez la gran ofensiva final del futuro parta desde aquí!

En un torbellino de energía se volvió hacia ellos y comenzó a darles órdenes:

-Tan pronto como sea posible debemos crear una fuerza armada nativa, lo suficientemente fuerte como para inhibir cualquier clase de intervención cultural.

Jusjuo, considere la forma y manera en que debemos hacerlo y deme sus sugestiones mañana. Sparian, saque a esos Británicos de su holgazanería y organízalos en una guardia, pero son demasiado conspicuos, no debemos retenerlos más tiempo del necesario. La puerta en su país está desguarnecida, ¿no es así? Urio, coja a unos cuantos y vaya a cuidarla, entrénelos para que la guarden hasta que llegue el resto de ellos. Tal vez necesitemos esa salida de urgencia. Por otra parte tenemos que dar a conocer a Creta que nos hallamos aquí y concretar los detalles para preparar una reunión de consulta. La radio y las ondas mentales son demasiado arriesgadas. Zarech y Nygis prepárense para volar allí en persona en cuanto haya anochecido. Chilon, inicie un programa para adquirir una información detallada sobre toda esta región. Mareth, usted debe continuar supervisando el trabajo en Brann.

Algo en sus expresiones habló por ellos.

-Sí, sí -dijo ella impacientemente- ya sé que tienen ustedes sus puestos en el siglo XVI y que no se creen competentes aquí. Pues bien, tendrán que acostumbrarse. La base de Creta tiene todo el trabajo al que puede atender. No pueden prescindir de nadie hasta que la reorganización esté ya muy adelantada. Si nos paramos ahora para gritar pidiendo socorro, damos al enemigo demasiadas posibilidades de descubrir lo que está sucediendo.

El octavo Guardián levantó la mano.

-¿Sí, Hu? -dijo Storm.

-¿No vamos a informara nuestra propia era, Lucidez? -preguntó deferentemente el hombre.

-Naturalmente. Las noticias pueden partir de Creta -sus ojos de jade se achicaron, se acarició la barbilla y habló suavemente-. Usted mismo irá hacia casa por una ruta distinta... con Malcolm.

-¿Eh? -exclamó sobresaltado Lockridge.

-¿No recuerda? -dijo Mareth, Sus labios se contrajeron-. Tenemos registrado lo que le dijo a usted: Cómo usted fue a él y traicionó nuestra causa y a ella.

-Yo..., yo... -la mente del Americano era un torbellino.

Storm se le aproximó, él se alzó y ella le colocó una mano en el hombro y dijo:

-Tal vez no tenga derecho a pedirle esto, pero los hechos no pueden ser evadidos. En una forma u otra tiene usted que ver a Brann en la cadena de acontecimientos que acaba con su derrota. Siéntase orgulloso, el ser el destino no es algo que se le ofrezca a todo el mundo.

-Pero, no sé... Soy tan sólo un salvaje comparado con él... o con usted.

-Un eslabón en la cadena soy yo misma, atada en la oscuridad -musitó Storm-. Las cicatrices no abandonarán nunca mi espíritu. ¿Cree que no desearía que las cosas se hubiesen desarrollado de otra manera? Pero tenemos tan sólo un camino y debemos recorrerlo. Esta es la última cosa que le pido, Malcolm, y también la mayor de todas ellas. Después podrá volver a su país y yo le recordaré siempre.

El apretó los puños.

-De acuerdo, Storm -dijo en inglés-. Lo haré por usted.

Su sonrisa, dulce y un poco triste, fue todo el agradecimiento que deseaba.

-Salga a los festejos -dijo ella-. Diviértase mientras pueda.

El hizo una reverencia y se alejó.

:4 9r t4

El sol le cegaba. No deseaba unirse a la diversión, había demasiadas cosas que requerían ser meditadas. Así que comenzó a pasearse a lo largo de la costa. En aquel momento, entre él y el poblado se alzaba una colina. Estaba solo. Miró a través de la bahía. Pequeñas olitas lamían la orilla, las gaviotas planeaban blancas a través del espacio azul y un tordo cantó desde un roble situado a su espalda.

-Lince.

Se volvió. Auri caminó hacia él. De nuevo llevaba el atuendo de su pueblo: faldilla de líber, bolsa de piel de zorra y collar de ámbar. Además se le había añadido el honor del brazalete de cobre que había sido del jefe Echegon y una corona de florecillas resplandecía entre el cabello decolorado por el sol. Pero su boca temblaba y las lágrimas desdibujaban los ojos color cielo.

-Vaya, ¿cuál es tu problema, pequeña? ¿Por qué no estás en la fiesta?

Se paró a su lado. Su cabeza cayó avergonzada.

-Deseaba encontrarte.

-He estado por ahí, excepto cuando conferencié con Storm. Pero tú...

Ahora que pensaba en ello, Lockridge se daba cuenta de que Auri no había participado en, las danzas o en los cantos, ni había ido con. nadie al bosque. En vez de esto, se había acurrucado en los rincones como una pequeña sombra desencantada.

-¿Qué es lo que no va? -preguntó-. Les dije a todo el mundo que la maldición ya no habitaba en ti. ¿Acaso no me creyeron?

-Te creen -suspiró ella-. Tras lo que ha sucedido creen que he sido bendita por los dioses. Pero nunca creí que una bendición pudiese ser tan pesada

Tal vez porque no deseaba pensar en sus propios problemas, Lockridge se sentó y la dejó que llorase en su hombro. La historia fue saliendo entre sollozos. Simplemente: el viaje a través del mundo inferior la había llenado de rana. Se había convertido en el recipiente de Poderes desconocidos.

La diosa debía haberla apartado para la realización de alguna tarea desconocida. Así que, ¿quién se atrevía ahora a mezclarse con ella? No es que la rechazasen o algo similar, sino ,más bien todo lo contrario, era casi reverenciada. Harían cualquier cosa que les ordenase, en el acto, cualquier cosa... excepto tratarla como a uno de ellos mismos.

-Pero... es que... no quieran amarme... podría esperar... por ti... o por cualquier otro, si tú realmente no quieres... pero es que cuando me ven..., ¡dejan de reír! -dijo ella entrecortadamente.

-Pobre niña -murmuró Lockridge compasivamente-; pobrecilla. Menuda recompensa que recibiste.

-¿Tienes miedo de mí, Lince?

-No, naturalmente que no, hemos pasado por demasiadas cosas juntos.

Auri se le abrazó fuertemente. Con la faz enterrada en su hombro, tartamudeó:

-Si fuera tuya, ellos, ellos, ellos sabrían que esto estaba bien hecho. Sabrían que es la voluntad de la Diosa que se habría cumplido. Y yo tendría de nuevo un lugar entre ellos. ¿No es cierto?

No se atrevió a confesar que tenía toda la razón, que, estaba totalmente en lo cierto. Siempre tendría un lugar especial, pero una vez que su impredecible destino ya no fuera potencial, sino real, y iodo el mundo lo pudiese ver, la admiración desaparecería en lo ordinario de la situación y podría volver a tener amistades normales y corrientes.

-No creo que ningún otro hombre se atreva nunca a tocarme -dijo Auri-, pero así es mejor. No quiero a ningún otro más que a ti.

¡Maldito idiota!, se enfadó Lockridge consigo mismo; olvida su edad, no es ninguna estudiante norteamericana de secundaria. Ella ha visto la vida y el amor y la muerte en su existencia. Ella ha corrido libre en los bosques en los que hay lobos y ha conducido botes de piel a través, de tormentas, ha sembrado granos hundiéndolos con piedras y ha preparado cueros con los dientes. Ha sobrevivido enfermedades, inviernos del mar del Norte, una guerra, un viaje que habría desquiciado a muchos hombres hechos y derechos. Muchachas más jóvenes que ella (y es más vieja que la Julieta de Shakespeare) ya son madres. ¿No puedes olvidar tus inhibiciones estúpidas y hacerle este gran favor?

No. Aquel día en el esquife había estado a punto de rendirse. Ahora se enfrentó a la horrible verdad. Sólo podía mantener su camino teniendo la mente llena con Storm. Si volvía con vida, le pediría como pago que le permitiese abandonar todo lo demás y seguirla, Sabía que a ella le era indiferente lo que pudiese hacer con cualquier otra mujer que entrase en su vida, pero a él no le resultaba así. Ya no podría relacionarse con otra mujer.

-Auri -dijo, maldiciendo su propia torpeza –mi misión no ha terminado. Debo partir de nuevo pronto, cumpliendo las órdenes de Ella, y no sé si volveré alguna vez.

Ella palideció, se apretó contra él y lloró hasta que los, cuerpos de ambos se estremecieron.

-¡Llévame contigo! -suplicó-; ¡llévame contigo!

Una sombra cayó sobre ellos. Lockridge miró hacia arriba. Storm estaba mirándoles. Llevaba el báculo de la hechicera, enguirnaldado con ámbar; debía de haber salido a bendecir al pueblo que ahora era suyo. Pero oscuro, vestido de mar, capa de lluvia, se agitaban en una súbita brisa alrededor de la alta figura.

Su sonrisa era impenetrable, pero no se parecía a la que le había obsequiado en la Casa Grande.

-Creo -dijo con un tono cortante- que concederé el deseo a la niña.

## *X*

El guardián Hu no esperaba hallar dificultades en su regreso a su tiempo. Era seguro que Lockridge tenía que encontrarse con Brann, en el período que se extendía entre la partida de Storm para el siglo veinte y el contraataque de los Batidores. Este hecho formaba parte de la estructura del universo.

No obstante, no conocían los detalles. Y tampoco conocían el resultado, pensó Lockridge. ¿Volvería con vida o perecería en el intento? El margen de error en los portales hacía imposible el comprobarlo por adelantado. De cualquier manera, no convenía que les viesen los agentes de los Batidores, pues podrían sacar conclusiones a la vista del grupo capitaneado por Hu. Así, éste procedió con cautela.

A pesar de que era de día, y de que iba acompañada de un héroe y de un dios, Auri se sentía aterrada por la apariencia de tumba de la entrada al corredor. Lockridge vio como se envaraba su espalda y dijo:

-Ten valor otra vez, como lo tuviste en la anterior ocasión.

Ella le contestó con una temblorosa sonrisa de agradecimiento.

Lockridge había protestado por la orden de Storm, pero ésta, abandonando el tono imperioso, le había argumentado:

-No tenemos datos exactos sobre esta cultura y debemos obtenerlos. No sólo meras notas antropológicas; debemos conocer su psicología en toda su profundidad, o de lo contrario tal vez cometamos terribles errores al planear todos sus actos tan estrechamente como pienso hacerlo. Los especialistas expertos pueden aprender mucho de la mera observación de un individuo típico de una sociedad primitiva al ser enfrentado con la civilización. ¿Por tanto, por qué no ella? No podemos dañarla más de lo que ya lo ha sido. ¿Pondría a algún otro en su posición anómala?

No pudo presentar ningún argumento en contra.

La tierra se abrió, los tres descendieron.

No hallaron a nadie en su viaje hacia el futuro. Ha los llevó al siglo vii después de Cristo, cuando Prodhi mandaba en las islas y los Batidores todavía no habían llegado para poner en marcha a los Vikingos. Volaron a través de Alemania, durante la noche, viajando hasta lo que algún día sería Baviera. Cuando descendieron Hu dejó escapar un. suspiro de alegría casi humano.

-¡El hogar! -exclamó.

Lockridge miró en torno suyo. La salvaje naturaleza del lugar le oprimía.

-Bueno -comentó- cada cual tiene sus gustos.

Las facciones de Hu reflejaron su irritación.

-Esta es la tierra de la Koriach, una propiedad suya en el futuro. Por estos alrededores han sido establecidos por lo menos siete corredores. Uno de ellos tiene un portal en este cuarto de siglo.

-Pero no lo tiene en mi período, ¿eh? Sin embargo, no comprendo cómo no se le ocurrió volver a través de esta ruta desde la Dinamarca del Neolítico.

-Use su cerebro -respondió Hu-. Tras hallar a esos Batidores en, aquel corredor, ella creyó que habían demasiadas posibilidades de volver a hallarlos. Sólo ahora, que tenemos a Brann en nuestro poder, es éste un camino pasablemente seguro.

Les siguió hasta una caverna y abrió la tierra. Viajaron hacia el futuro silenciosamente, por lo que la vibración de las energías del corredor aún parecía más fuerte.

Al final, tras el portal, había una antesala mayor que ninguna de las que Lockridge había visto antes. El suelo estaba cubierto por valiosas alfombras, y entre numerosos armarios colgaban cortinas rojas. Cuatro guardias uniformados de verde saludaron con, sus armas, llevándoselas a la sien, cuando apareció Hu. No se parecían a él, pero eran curiosamente similares entre sí: bajos, macizos, chatos y con mandíbulas ,prominentes.

Hu los ignoró, rebuscó en uno de los armarios y les dio dos diaglosas a los viajeros. Lockridge se sacó la correspondiente al período de la Reforma para hacer sitio en su oreja.

-Démelo -dijo Hu.

-No, tal vez quiera volver a usarlo -respondió Lockridge.

-¿No me ha entendido? -exclamó Hu-. ¡Le he dado una orden!

Los guardianes se acercaron, y Lockridge se indignó.

-Ya sabe lo que puede hacer con sus órdenes -contestó-. Y usted sí que me entiende. Yo la obedezco a Ella, y a nadie más.

El Guardián casi se puso firme.

-Como usted desee -dijo con la cara rígida.

Lockridge trató de sacar las máximas ventajas de su pequeña victoria.

-Además, podría proporcionarme un par de pantalones -dijo-. Esta vestimenta neolítica no tiene bolsillos.

-Se le proporcionará un cinto con bolsillos. Por favor, sígame ahora.

Los guardias no habían entendido el diálogo, efectuado en cretense, pero causaba asombro ver cómo habían logrado apreciar el cambio en la situación y retrocedido a sus puestos. Lockridge insertó la nueva diaglosa y activó su mente en la forma especial que ya había logrado dominar, para obtener la información acumulada en el aparato.

Lengua: Existían dos principales, la del Este y la del Oeste, Guardián y Batidor, aunque sobrevivían otras varias entre las clases inferiores de ambas hegemonías.

Religión: Aquí, un panteísmo místico y ritualista, Ella como símbolo y encarnación de todo lo que era divino. Entre el enemigo, tan sólo una precisa y materialista teoría de la historia.

Gobierno: Se sintió mareado por la avalancha de datos sobre las tierras de los Batidores, en las que los seres inferiores eran convertidos en máquinas de carne o sangre para el uso de unos pocos aristócratas. No le llegó mucho acerca de los Guardianes. Estos se regían claramente por algo que no era una democracia pero tuvo la impresión de que se trataba de una benévola estructura jerárquica, cuya ley se derivaba más de la tradición, que de la innovación formal, dividiéndose el poder entre una clase noble que se identificaba con su pueblo, obrando más como sacerdotes o maestros que como señores. Aunque tal vez tenía que pensar en sacerdotisas, maestras y señoras, puesto que las mujeres dominaban.

En la cima de la estructura estaba la Koriach, que era como una mezcla de Papa y Dala¡ Lama. Pero en realidad, no era tampoco esto. Es raro cuán difusa es la información referente a este apartado, pensó Lockridge; tal vez sea porque los viajeros reciben una información de viva voz sobre la escena local.

El palacio se abrió ante el Americano y éste se olvidó de sus dudas.

No habían tomado la rampa, sino que habían flotado por un tubo para emerger en lo alto del gran edificio. El suelo era de un verde azulado, grabado con grupos, armónicos de pájaros, peces y serpientes que parecían extrañamente con vida, brillando en toda su extensión. Se notaba blando y caliente bajo los pies. Unas columnas, construidas de jade y coral, se elevaban majestuosas hasta unas alturas que le resultaban difíciles de admitir. Sus capiteles explotaban en una masa de follaje hecho en pedrería.

No reconoció casi ninguno de aquellos materiales escarlata, púrpura, dorado y azul. Una ciencia dos mil años más, vieja que la de su tiempo había creado estas nuevas formas. Las paredes eran transparentes, vio a través de ellas un paisaje de jardines, terrazas, bosquecillos, parques, y las colinas brillantes con el sol del estío. Y... ¿qué era esa enorme y majestuosa figura de colmillos curvados que paseaba entre los árboles, empequeñeciendo los rebaños de ciervos... un mamut traído a través de veinte milenarios para ser signo de la omnipotencia de Ella?

Siete muchachos y siete muchachas, parecidos como si fueran gemelos, gráciles y bellos en su desnudez, doblaron, la rodilla ante Hu.

-Bienvenido -entonaron a coro-, bienvenido tú que sirves al Misterio.

*  *  *

Los Guardianes sólo se atrevieron a conceder una noche de descanso a Lockridge antes de enviarlo en su misión. Según explicaron, había demasiados espías por todas partes.

Vestidos lujuriosamente, se sentaba con. Auri en algo que ni era silla ni diván, que se adaptaba a cada contorno cambiante de sus cuerpos, mientras participaban en un festín en el que eran servidos manjares desconocidos para ellos, pero indeciblemente deliciosos. El vino era tan exquisito como los alimentos, y convertía al mundo en una alegre sucesión de sueños placenteros.

-¿Está drogado? -preguntó.

-Deseche sus prejuicios -le contestó Hu-. ¿Por qué no iba uno a usar un eufórico inocuo?

El Guardián comenzó a hablar entonces de las otras pociones e inciensos que abrían una puerta a un sentimiento de apreciación de la verdadera presencia de Ella en todas las cosas. que existen.

-Pero éstos se guardan exclusivamente para los ritos más solemnes. El hombre es demasiado débil para soportar durante mucho tiempo la presencia en él de la divinidad.

-Las mujeres pueden hacerlo más a menudo -comentó la Dama Yuria, un personaje de importancia en el consejo de Storm, una mujer de cabello dorado, ojos violetas y con un parentesco a Ella bien apreciable en su rostro y figura.

Se retiraron a otro aposento, donde a través de las paredes y del suelo danzaban colores en ritmos hipnóticos. Los sirvientes pasaban ágiles como gatos, llevando bandejas con refrescos, y surgían. extrañas melodías de algún punto no visible.

Se inició una danza, y la diaglosa le proporcionó la información necesaria sobre las intrincadas figuras que la componían. Las damas de los Guardianes eran sutiles entre los brazos de éstos, mezclando sus movimientos hasta que los dos cuerpos se convertían en uno solo. Aunque la escala le era desconocida, se sentía más conmovido por esta música que por cualquier otra que hubiera oído en toda su vida.

-Creo -que deben haber sonidos subsónicos entre las notas -se aventuró a decir.

-Naturalmente -asintió Yuria-. Pero, ¿por qué tiene usted que darle a todo un nombre y una explicación? ¿No tiene suficiente con los hechos tal como son?

-Lo lamento, tan sólo soy un bárbaro.

Ella sonrió, y aprovechando la figura que estaba trenzando se le aproximó todavía más.

-Nada de tan solo. Voy empezando a darme cuenta del porqué ha encontrado el favor de la Koriach. Muy pocos de nosotros, y desde luego yo no me encuentro entre ellos, se atreverían a correr las aventuras por las que pasan ella y usted.

-Esto... Gracias.

-Se supone que debo cuidarme de su joven amiga. Pero mire, se ha dormido. No me necesitará esta noche. ¿Le agradaría pasarla conmigo?

Lockridge había pensado siempre que tan sólo deseaba a Storm, pero Yuria se le parecía tanto que todos los deseos refrenados durante tanto tiempo afirmaron rotundamente su consentimiento. Necesitó de toda su fuerza de voluntad para explicarle que debía estar descansando al día siguiente.

-Entonces, ¿cuándo vuelva? -invitó Yuria.

-Me sentiré honrado -contestó.

Entre el efecto del vino, la música y la mujer, no tenía ya ninguna duda sobre la posibilidad de su regreso.

Así, Lockridge se fue a la cama, dichoso, a una temprana hora. Y durmió como no lo había hecho nunca desde que había sido un recién nacido.

*  *  *

La mañana fue ya menos confiada. Hu insistió en que tomase otro producto eufórico.

-Necesitará una mente libre del miedo -dijo el Guardián-. Va a ser una prueba terrible y difícil, aún en el mejor de los casos.

Partieron para que el Americano practicase algo con los aparatos que iba a llevar, y así pasar a la práctica los conocimientos que la diaglosa le infundía. Volaron a gran altura sobre enormes terrenos dedicados a parques. Casi al final de su viaje, Lockridge vislumbró una torre de color grisáceo. En su punto más alto, a quinientos metros del suelo, se extendían dos alas tras una rueda dorada, formando el signo de la vida, *o ankh.*

-¿Es esto el límite de una ciudad? -preguntó.

-No me hable de ciudades -escupió Hu-. Los Batidores son quienes construyen esas sucias madrigueras; nosotros dejamos que los hombres vivan cerca de la tierra, su madre. Esto es una planta industrial. Aquí no vive nadie más que los técnicos. La maquinaria automática puede pasar sin tener luz del sol.

Volvieron al palacio. Hu condujo a Lockridge a una pequeña habitación donde varias personas le esperaban. Eran hombres, pues la guerra, al igual que la ingeniería, seguía siendo un asunto preferentemente masculino, excepto en el nivel superior en que Storm operaba.

Las instrucciones fueron largas:

-Le podemos dejar a escasos kilómetros de Niyorek -mientras decía esto, Hu señaló un punto en el mapa situado ante él en la costa este de una América extrañamente alterada-.

Después tendrá que trazarse su propio camino. Con su barba afeitada, un uniforme de Batidor, la diaglosa y toda la información adicional que le podamos suministrar, será usted capaz de alcanzar el cuartel general de Brann. Sabemos que se halla allí en estos momentos y, naturalmente, sabemos que usted se entrevistará con él.

La droga no pudo evitar que los músculos, del estómago de Lockridge se contrajesen.

-¿Qué más han logrado averiguar?

-Que usted logró escapar de nuevo. Se le informó... se le informará, de que usted logró huir por un corredor del tiempo.

La mirada de Hu se oscureció.

-Pero no le diré nada más. Estaría usted demasiado coartado por el sentimiento de ser un títere en un drama imposible de modificar.

-¿O por saber que lograrán matarme?

-No lo hicieron -dijo Hu-; simplemente, debe creerme. Podría estarle mintiendo, le mentiría si ello fuese necesario, pero le digo la pura verdad: no será usted ni capturado ni muerto por los Batidores... a menos que esto ocurra en, una fecha posterior. Le aseguro esto porque el mismo Brann nunca supo lo que le había sucedido. Con suerte, tal vez logre usted salir del corredor por el que escape a otro portal del pasado, salir de la ciudad y cruzar el océano hasta este lugar. Aquí sabrá cómo volver al presente. Espero que en este mismo mes le podamos saludar de nuevo...

## *XI*

No había combates formales en esta era, o no habría existido ya la Tierra. En algún, lugar, en algún tiempo, cuando uno de los dos bandos creyese que ya contaba con .las fuerzas necesarias, se lanzaría el gran ataque, pero la propia naturaleza de este gran ataque era imposible de predecir para los combatientes mismos. Mientras tanto, los hemisferios eran fortalezas, y las escaramuzas constantes.

El navío espacial Guardián se deslizaba en una larga curva, descendiendo hacia el oeste a través de un océano en el que había generado aquella noche una tormenta. Al final de dicha trayectoria, una voz dijo:

-¡Ahora! -y la cápsula fue eyectada.

Lockridge yacía ahora entre incandescencia. El calor lo rodeaba, su cerebro se agitaba por la vibración.

Luego, su cápsula, debilitada, se abrió violentamente y se liberó de los restos, flotando con su cinturón antigravitatorio.

Todavía iba tan rápido que su campo de fuerza apenas si era capaz de escudarlo del torrente de lluvia por el que atravesaba. El huracán rugía al otro lado de la pantalla; la oscuridad, los relámpagos y muros de agua. Las olas .se alzaron hacia él, con las cimas coronadas de espuma. Mientras su velocidad empezaba a descender a subsónica, comenzó a oír silbar el viento, rugir el trueno y chapotear las olas.

Un destello blancoazulado atravesó la oscuridad v lo dejó cegado durante unos segundos. La explosión que le siguió golpeó sus oídos como un martillo. Así que nos detectaron, pensó, y lanzaron una descarga contra la nave. Me pregunto si habrá logrado escapar.

Me pregunto si yo mismo lograré escapar.

Sin embargo, un objeto tan pequeño como es un hombre queda oculto por la tormenta Ni siquiera era posible que los Batidores estuviesen alerta, esperándole. Ellos debían creer que sus enemigos sólo se tomarían tantas molestias para llevar a cabo una operación de importancia, y no podían suponer que el envío de un solo agente lo fuese.

La historia aseveraba que iba a llegar al castillo de Brann.

Las fuerzas de control del clima apartaron la tormenta de la costa y Niyorek se hizo visible.

Brillaba, monstruosa, en la costa, extendiéndose hacia el interior más allá de lo que podía abarcar su vista. Los mapas y la diaglosa le habían hablado de una América cubierta de extremo a extremo por una colosal megalópolis.

Casi riada interrumpía la continuidad de esa masa de cemento, energía y diez mil millones de esclavos aglutinada en un conjunto interrumpido tan sólo aquí y allí por un desierto que en otro tiempo había sido terreno fértil. La edificación de esta tierra le parecía un. crimen tan grande, que no necesitó de drogas para olvidar sus temores.

«Oh, veranos que pasé en las Rocosas -pensó-, estoy llegando para vengaros.»

El casco de Lockridge vibró con una llamada.

-¿Quién vive?

Dos centinelas, vestidos de negro como él, aparecieron. En sus manos se alzaban, las bocas de unas armas.

Había sido bien aleccionado:

-Jefe de la Guardia Darvast, tropas de la casa del Director Brann, volviendo de una misión especial.

La lengua de los Batidores sonaba raspante en su garganta, pero debía admitir que su gramática y semántica se aproximaban más a su inglés nativo que el idioma de los Guardianes, en el que ni siquiera podía decir ciertas cosas con presión. Pero aquí, la palabra más aproximada al término «libertad» era «habilidad para cumplir con el deber» y no existía ninguna para definir «amor».

Ya que se iba a identificar ante Brann, pasase lo que pasase, él había sugerido hacerlo desde el principio, pero Hu había vetado la idea.

-Tendría que pasar por demasiadas capas de su burocracia antes de llegar a él -le objetó el Guardián. Necesariamente esta última frase había tenido que pronunciarla en el idioma de sus enemigos, por no existir tales conceptos en el suyo-. Aunque eventualmente llegaría ante él, el proceso de interrogación podría revelarles demasiadas cosas y, por otra parte, le dejaría a usted demasiado inútil.

-Aterrice en la Puerta 43 para ser identificado -ordenó la voz en la radio.

Lockridge obedeció, posándose en una proyección que se alzaba sobre el agua. Era de metal desnudo, como lo era la inmensa puerta que se abría ante él en la pared.

Un guardia salió de una garita.

-Deme su patrón de ego -ordenó.

*  *  *

Los agentes de los Guardianes habían hecho bien su trabajo. Previendo su posible necesidad algún día, habían colocado una identidad en la máquina que llevaba grabada la vida de cada persona en el hemisferio.

Lockridge fue hacia el investigador de mentes y pensó un número de código. Los circuitos lo, tomaron por el biograma completo de Darvast, 05-874623-189, nacido hacía treinta años, educado en el Establo 935 y la Academia de la Guerra, destinado en servicio especial al Director Brann, políticamente adicto, y poseedor de diversas condecoraciones por varias misiones peligrosas llevadas a buen fin.

El guardia saludó, colocando el brazo cruzado sobre el pecho, y dijo:

-Pase, señor.

Las puertas se abrieron. El latido de la ciudad llegó hasta él... y también una vaharada de aire viciado. Lockridge entró.

No había habido tiempo más que para darle una idea general del terreno; debía concentrarse ahora en aprender todo lo que se conocía sobre el castillo. «Obra según se presenten las cosas -pensó-. Sé adónde debo dirigirme, más o menos.»

La torre de Brann era inconfundible, recubierta de acero y coronada por una esfera de llamas azules. Decía estar a unos tres kilómetros de donde él estaba. Lockridge comenzó a andar.

Se dio cuenta de que había entrado por el nivel interior de viviendas. La ciudad se extendía hacia las profundidades, pero allí tan sólo estaban las máquinas, con mas pocos ingenieros envueltos en armaduras y un millón de ayudantes prisioneros que no soportaban por largo tiempo el ambiente de vapores nocivos y radiación

Aquí, el pasadizo estaba enclaustrado entre paredes sucias y oxidadas, que dejaban un estrecho camino para os viandantes. Muy por encima, los puentes y estructuras de los niveles superiores tapaban la vista del cielo. El aire estaba cargado y olía mal. A su alrededor pululaban los no especializados, los que no tenían ocupación útil, los criminales que trataban de escapar, con copas harapientas sobre sus pálidos cuerpos. Ninguno de ellos parecía desnutrido, la comida producida por las máquinas era distribuida gratuitamente en el refectorio asignado a cada uno, pero Lockridge notó como si sus pulmones fueran contaminados por el olor eje miles de cuerpos sucios.

Se alegró al alcanzar un tubo ascendente, donde pudo usar su cinturón antigravedad. Más arriba había niveles de estancias de mayor tamaño, cuidadosamente limpios. Las puertas estaban cerradas y se veía a poca gente por ellos, pues la clase técnica que aquí habitaba no necesitaba estar vagando durante todo el día para hallar con qué subsistir.

Las pocas personas que pudo divisar vestían uniformes de buenas telas y caminaban con una determinación ,puritana. Luego vio una fila de hombres vestidos de gris, con un soldado guardándoles. Sus cráneos estaban afeitados y sus caras muertas. Sabía que eran convictos no adictos políticamente. El control genético todavía no se extendía a toda su personalidad, ni tampoco la indoctrinación era completamente infalible.

Para que esos hombres pudiesen ser empleados en las profundidades entre las máquinas sin que causasen problemas, sus cerebros habían, sido destruidos por un campo de fuerza. Hubiera sido más eficiente el automatizarlo todo, pero todavía se necesitaban los ejemplos para los posibles opositores, por lo que se usaba esta mano de obra. Además, era importante el mantener ocupada en algo a la población.

Tras un rostro impasible, Lockridge tuvo que contenerse para no vomitar.

De una forma vaga, se dijo a sí mismo que ningún estado podía sobrevivir si no tenía el consentimiento, por lo menos pasivo, de la mayoría de la población. Pero ésta era la

abominación más abyecta. Casi todo el mundo aquí, en cualquier nivel de la sociedad, aceptaba sin hacer preguntas el gobierno de los Batidores, y no se imaginaban que pudiese existir otra forma de vida, llegando a menudo a disfrutar incluso de su existencia.

Los Señores les alimentaban, les daban cobijo, los vestían, los educaban, cuidaban de su salud y pensaban por ellos. Un hombre con talento y ambición podía llegar alto si se destacaba en poner la zancadilla a sus posibles rivales. Aunque naturalmente no a los puestos altos, ya que tales poderes eran concedidos por las maquinas a las que se les atribuía más sabiduría que a los hombres, y si cualquiera era lo suficientemente afortunado como para servir cerca de un Director, lo hacía con la fidelidad de un perro guardián.

Como ocurría en el caso de Darvast, pensó Lockridge tendré que recordarlo.

*  *  *

El sol se estaba alzando, entre nubes, cuando dejó atrás los techos y se dirigió a la fortaleza de Brann. patrulleros llenaban el espacio al frente de las redes, como moscas en una montaña. En cada rincón se erguía un cañón, y naves de guerra circundaban el globo de fuego en lo alto de la espira. Aquí arriba el aire era frío y limpio, el ruido de la ciudad se reducía a un murmullo, y hacia el oeste se veía una amplia cordillera de torres.

Lockridge aterrizó donde le ordenaron y se identificó.  A esto siguieron tres horas de apresuramientos y esperas, solitario en una pequeña habitación sin ninguna característica especial. Sabía bien que varios ojos espía le vigilaban, y trató de representar su papel de edén inalterable. El fármaco contra las preocupaciones que llevaba en su organismo le ayudaba, y finalmente ordenar algo sus ideas.

Primero debía hablar con Brann, luego escapar. Había un portal, abierto a este año, en los cimientos del edificio. Iría hacia atrás a un período anterior a la aparición de los Batidores y, con algo de suerte, lograría llegar hasta Europa para desde allí partir de nuevo hacia el futuro. Tal vez, en este mismo momento, estuviese saludando a Auri en el palacio de Storm.

Una voz que salía del aire dijo:

-Jefe de la Guardia Darvast; el Director le verá ahora.

Lockridge atravesó una pared, que se dilató para dejarle pasar, y llegó a una antesala acorazada con acero y energía. Los soldados que la aguardaban. le hicieron despojarse de su uniforme y le cachearon, tanto a él como a su ropa, en una forma respetuosa pero altamente eficaz. Cuando le permitieron vestirse de nuevo le dejaron conservar sus diaglosas, pero no su pistola ni el cinturón antigravitatorio.

Una puerta doble frente a él se abrió a una habitación. de alto techo, alfombrada y tapizada en gris, amueblada alegremente. Un enorme ventanal dejaba ver el gigantesco espectáculo de Niyoreck, y en una pared brillaba el icono de un santo bizantino, con su oropel y joyería. Tras la sensación de ahogo que se notaba en todas partes, Lockridge tuvo una sensación de respiro.

Brann se sentaba al lado de una máquina de servicio. El enjuto cuerpo enfundado en negro estaba relajado, y el rostro podría haber sido el de una estatua.

-Debe haberse dado cuenta de que nadie como usted... como Darvast, está lo suficientemente cercano a mí como para que lo conozca sólo por su nombre. Sin embargo, el hecho de que pudiese usted pasar gracias a su identificación, es lo suficientemente significativo como para que aceptase la entrevista. Sólo los sordomudos de mi guardia personal nos vigilan. Supongo que no tendrá en la mente ninguna ridícula intención de asesinarme. Hable.

Lockridge le observó, y los efectos de la droga debían estar pasando, ya que un hecho le golpeó con, claridad diáfana, desmoralizándolo: ¡Dios mío!, pensó, he encontrado y luchado con este hombre hace seis mil años, y ahora es la primera vez que me ve.

Luchó por tragar aire. Sus rodillas temblaron y sus palmas comenzaron a sudar. Brann esperaba.

-No -logró articular al fin-; quiero decir que no soy un Batidor... pero estoy a su lado. Tengo algo que decirle que, bueno, creí que usted desearía mantener en secreto.

Brann lo estudió, sin que se alterase en lo más mínimo.

-Sáquese el casco -dijo. Lockridge lo hizo-. Tipo arcaico, como supuse -murmuró-. La mayoría no se daría cuenta, pero he tratado con tantas razas en tantas épocas... ¿Quién es usted?

-Malcolm... Malcolm Lockridge. Estados Unidos de Norteamericana, a mediados del siglo XX,

Ya -Brann hizo una pausa. De repente, una sonrisa transfiguró su rostro-. Siéntese -dijo, como un anfitrión a .su huésped. Tocó una luz en la máquina, se abrió un panel, y apareció una botella y dos copas-. Le debe gustar a usted el vino.

-Un poco me irá bien -admitió Lockridge. El recuerdo de que ya había bebido en, una ocasión con Brann volvió a él y le hizo terminarse el contenido en dos tragos.

Brann volvió a llenar el vaso.

-Tómese el tiempo que necesite -dijo disciplentemente.

-No, tengo que... Óigame. ¿Conoce a la Koriach de la provincia del oeste?

La calma de Brann no se alteró, pero volvió a cubrirse con una máscara impenetrable.

-Sí, la he conocido edad tras edad.

-Está montando una operación contra usted -dijo Lockridge.

-Ya lo sé. Esto es, sé que desapareció hace algún tiempo, sin duda preparando una operación de importancia.

Brann se echó hacia adelante. Su mirada se fijó tanto en él que los ojos de Lockridge trataron de escapar hacia la serenidad del santo bizantino. La voz de bajo del Batidor continuó:

-¿Tiene usted alguna información?

-Yo... La tengo señor. Ella ha ido a mi país en mi siglo, para preparar un corredor que llegue hasta aquí. ¿Qué? ¡Imposible; nos habríamos enterado!

-Están trabajando bajo un disfraz. Trabajadores nativos, materiales nativos, empezando desde la nada. Pero cuando hayan terminado, los Guardianes vendrán a través de él, con todas las fuerzas de que dispongan.

El puño de Brann, golpeó la máquina. Se alzó, bruscamente.

--Ambos bandos han tratado de hacer esto ya antes -protestó-, pero ninguno de ellos lo ha conseguido. ¡Es imposible!

Lockridge contempló la figura que se erguía ante él.

-Esta vez la operación tiene posibilidades de ser realizada con éxito -dijo-. Ha sido disimulada extraordinariamente bien, se lo aseguro.

-Si hay alguien capaz de hacerlo, sería ella -la voz de Brann se hizo un susurro-. ¡Oh, no! -continuó. Su boca se contrajo en un rictus-. El asalto final. La destrucción cayendo sobre mi pueblo.

Comenzó a pasearse. Lockridge se reclinó en el asiento y lo observó. Y, de repente, le llegó el convencimiento de que Brann no era totalmente malvado. En Avildaro le habían hablado, mejor dicho, le hablaría bien de los Yuthoaz, porque no eran crueles sin necesidad. Su angustia, ahora, era real. El mal lo había creado, y el lo servía, pero tras esos ojos grises se escondía la inocencia de un tigre. Cuando le pidió aclaraciones, Lockridge habló casi con piedad:

-Usted la detendrá. Puedo decirle donde está el corredor Cuando se abra el portal aquí, usted atacará a través de él. Ella únicamente tiene unos pocos ayudantes. No logrará capturarla entonces, pues escapará, pero tendrá oportunidad más tarde.

Con mayor o menor veracidad, le relató sus propias experiencias hasta llegar al momento en que arribaron a Avildaro, él y Storm.

-Ella dijo que era su Diosa -continuó-, y presidió una orgía terrible.

Como él esperaba, el Batidor no se dio cuenta de que los Tenil Orugaray, muy por fuera de su propio campo de manipulación cultural, no practicaban el canibalisrno ceremonial como sus convecinos. Asimismo, tal vez creyese que Lockridge desaprobaba la celebración de orgías, lo cual era incierto, pero sumamente útil.

-Entonces fue cuando comenzó mi sentimiento hacia ella. Cuando usted llegó, a la cabeza de una partida de guerra de indoeuropeos, capturando el poblado y a nosotros, logré escapar. En aquel momento creí que había sido afortunado pero ahora me doy cuenta de que me tuvo muy custodiado a propósito. Logré llegar hasta Flandes, y allí encontré un barco mercante íbero que me admitió como marino. Finalmente logré llegar a Creta y entrar en contacto con los Guardianes en aquel lugar. Me enviaron a esta época, aunque yo lo que deseaba era volver a la mía. Esta no es mi guerra, pero ellos no me dejaron.

-No podían hacerlo -dijo Brann, recuperando el control-. La razón principal es su superstición. Creen que Ella es sagrada, ¿sabe usted?, la encarnación inmortal de la Diosa. Usted, el último que estuvo con ella, ha recibido demasiado de su aureola para profanarla volviendo a ser un ciudadano ordinario de una época que ellos desprecian.

Lockridge se estremeció al pensar con cuánta facilidad la historia pensada por los Guardianes era aceptada por el Director de los Batidores. ¿Acaso la idea de Brann podía ser verdad?

-Por lo demás, me trataron bastante bien. -dijo-. Llegué, ejem... a intimar bastante con una noble de su bando.

Brann se encogió de hombros.

-Ella me contó muchas cosas sobre las operaciones de su servicio de inteligencia; me explicó sus aparato, y todo lo demás. De hecho, me enseñó *demasiado* de su maldita civilización. No es buena para un ser humano. A pesar de toda la propaganda que me hicieron tragar sobre ustedes, comencé a pensar que su bando era más aproximado a mis ideas. Por lo menos, tal vez ustedes me enviasen a casa y, Dios mío -tuvo que emplear el inglés para expresar el concepto-, siento nostalgia de mi hogar. Además allí tengo mis obligaciones. Así que finalmente conseguí que me dejase acompañar a una misión de vigilancia anoche, y que me permitiese usar uniforme de Batidor. Como ya conocía la falsa identidad de Darvast -abrió los brazos con resignación...aquí estoy.

Brann dejó de caminar. Permaneció completamente quieto durante un minuto, antes de preguntar:

-¿Cuál es la localización geográfica precisa de ese corredor?

Lockridge se la dijo.

-Después de lo que pasó conmigo -añadió-, no comprendo por qué los Guardianes no retrocedieron algunos meses para advertirla.

-No pueden hacerlo -replicó ausentemente Brann-. Lo que ya ha pasado no puede alterarse. Una Koriach, aún, más que un Director como yo, tiene una autoridad absoluta; no divulga sus planes a ningún otro que a los que elige para llevarlos. a cabo. Por temor a los espías, ella probablemente no se lo dijo a nadie excepto a los pocos técnicos que se llevó consigo. Ya habría tiempo suficiente para hacerlo cuando el corredor estuviese finalizado. Ahora, con tan poco margen de tiempo a su disposición y con tantas cosas que les ocupan no hay tiempo para organizar una fuerza sustancial de Guardianes capaz de operar eficientemente en el pasado. Y aquellos que podrían, enviar, verían sin duda sus esfuerzos impedidos por el factor de incertidumbre: saldrían demasiado pronto, o demasiado tarde. Y eso presumiendo que alguno fuese enviado. Ella tiene rivales que no sentirían en lo más mínimo su pérdida.

Consideró al Americano durante un largo momento. Finalmente, con lentitud, dijo:

-Aceptando que su relato sea verdadero, le estoy agradecido. Será usted devuelto a su época, y bien recompensado. Pero primero debemos establecer su buena fe mediante un examen psíquico.

Lockridge se atemorizó. Se acercaba al momento en que su futuro era ya desconocido. Brann se puso rígido: el sudor, la palidez, las palpitaciones en la garganta, ¿qué es lo que ponía tan nervioso a aquel hombre?

-No -dijo débilmente Lockridge-. Por favor, ya he visto lo que ocurre en esos exámenes.

Tenía que dar una razón para su huida que no hiciese sospechar tanto a Brann como para no buscar el corredor, llevando así a sus fuerzas contra los Guardianes. Pero el terror que sentía era verdadero, ya que realmente había visto lo ocurrido en la parte oscura de la Casa Grande.

-No tenga miedo -dijo Brann, con un leve tono de impaciencia-. El proceso no profundizará, a menos que surja algo sospechoso.

-¿Cómo sé que está diciendo la verdad? -dijo Lockridge. Se levantó, y retrocedió.

-Tendrá usted que aceptar mi palabra. Y tal vez, más tarde, mis excusas.

Hizo un gesto. La puerta se abrió; dos guardias entraron.

Llévense a ese hombre a la División Ocho -dijo Brann-, y hagan que el jefe de sección se ponga en contacto conmigo.

* * *

Los hombres uniformados de negro le llevaron a través de un pasillo vacío. Los sonidos se oían apagados, los pasos apenas resonaban, y no se escuchaba hablar a nadie. Lockridge suspiró.

«De acuerdo, muchacho -pensó-. Ya sabes que por lo menos hasta el corredor vas a llegar». Sintió que su depresión le abandonaba algo.

El tubo de comunicación que deseaba usar apareció ante su vista. Su entrada era una abertura en la pared desnuda, su profundidad silbaba con el aire comprimido que lo llenaba.

Los soldados le obligaron a Continuar sin detenerse. Empuñaban sus armas de energía, pero no las tenían apuntadas hacia él. Los prisioneros nunca daban problemas.

Se detuvo. El filo de su mano golpeó bruscamente la garganta del que estaba a su derecha. Un casco rodó por el suelo, y un cuerpo se derrumbó, Lockridge giró hacia la izquierda dando un golpe con el hombro, en cl que puso todo su peso. El otro soldada cayó hacia atrás. El Americano logró agarrarlo y empujarlo hacia el tubo, donde cayeron entrelazados

Rodaron hacia abajo. Sonó una alarma. La máquina de muchos ojos que era el edificio había visto algo poco usual. Con una voz que casi era humana, gritó lo que sabía.

Completamente desnudo, paredes convergiendo en un infinito sin fondo, el tubo volaba hacia arriba a su alrededor. Lockridge abrazó al Batidor, cogiéndole por el cuello con su brazo, golpeándole con la otra mano mientras caían El soldado perdió el sentido, su boca se entreabrió en el ensangrentado rostro, y el arma resbaló de entre sus dedos. Lockridge trasteó con los controles de su cinto. ¿Dónde demonios...?

Puerta tras puerta desaparecían hacia arriba. Por dos veces, desde alguna de ellas, saltó una descarga de energía hacia él. Y, de pronto, el suelo vino a su encuentro. Encontró el control que deseaba, y lo apretó.

La fuerza desatada casi arrancó de su abrazo al Batidor, pero los detuvo y los salvó del impacto que les hubiera quebrantado todos los huesos. Ya estaban abajo.

La base del tubo estaba colocada frente a otro pasadizo. En el otro lado se abría una entrada que llevaba a una habitación cuyo estéril color blanco hacía que las irisaciones de un portal del tiempo resalten aún más.

Dos guardias la atravesaron. Una escuadra se acercaba a la carrera por el otro extremo del pasadizo.

-¡Detengan a ese hombre! -gritó Lockridge-, ¡y déjenme pasar!

Iba de uniforme, con insignias de alto rango. La alarma no había dado detalles. Los brazos se alzaron en un saludo.

Saltó hacia la antesala.

A su alrededor, el aire se llenó con la voz de Brann, tan fuerte como la de un trueno

-¡Atención, atención! ¡Habla el Director! ¡Un. hombre vestido como un Jefe de Guardia de mi casa acaba de entrar en el tránsito temporal en el subnivel nueve! ¡Debe ser capturado vivo a cualquier costo!

¡A través del portal! La sensación nerviosa del cambio de fase le hizo caer. Rodó sobre sí mismo, su cabeza desnuda golpeó el suelo, el dolor le recorrió el cuerpo, y por un momento, perdió la conciencia.

El miedo a la máquina de investigación de la mente le despertó. Se alzó, y subió al trineo antigravitatorio que esperaba. Media docena de hombres surgieron a través de la cortina. Lockridge se aplastó contra el suelo. Los pálidos rayos de los paralizadores chocaron contra las paredes del vehículo. Levantó una mano y puso en marcha el control de aceleración. El trineo comenzó a moverse.

Sí, se alejaba de los Bastidores, pero ellos estaban. en la dirección del pasado. Se dirigía hacia el futuro.

El aire le dolía al respirar. Los latidos de su corazón le agitaban como un perro agita a una rata. Con sus últimas reservas, logró dominar su pánico lo suficiente como para arriesgarse a mirar hacia atrás. Las figuras oscuras se perdían en la distancia. Se movían,

inciertamente, sin saber qué hacer. Y entonces recordó lo que lo había dicho Storm Darroway, sentada al lado del fuego, en el bosque, hacía tiempo:

*-Nos atrevimos a ir una vez mías allá de nuestra Era pero allí había centinelas que nos rechazaron, con unas armas que no logramos comprender. Ya no seguimos tratando; fue demasiado terrible.*

-¡Diosa, ayúdame! -sollozó.

Desde muy atrás, con ecos que resonaban en la brillante blancura del túnel, oyó la voz de mando de Brann. Los soldados entraron en formación. Sus unidades antigravitatorias los elevaron por los aires, y comenzó la persecución.

El corredor se extendía hasta perderse de vista. Lockridge no veía ningún portal por delante, únicamente un vacío sin límites.

El trineo se detuvo. Agitó frenéticamente los controles. La máquina se posó inerte.

Sus perseguidores se acercaban.

Lockridge saltó fuera del vehículo y echó a correr. Un rayo golpeó el suelo detrás de él, rozando sus talones y medio paralizándole. Alguien dio un alarido de victoria. Entonces vino la noche, y el miedo.

Nunca supo lo que había pasado. La visión le aban donó, y el oído, y todos los sentidos, y el conocimiento también; era un punto sin ataduras que giraba durante toda una eternidad a través de un espacio de dimensiones, infinitas. En alguna forma se dio cuenta de una presencia, que estaba viva y al mismo tiempo no lo estaba. De ella emanaba el horror: el horror final, la negación de todo lo que existe y ha existido y existirá, el frío que va más allá del frío, la oscuridad que va más allá de la oscuridad, el vacío que va más allá del vacío, una no esencia que era un torbellino que lo absorbía hacia sí mismo, y se contraía, y dejaba de existir. El dejaba de existir.

## *XII*

De nuevo existió.

Primero, era una música, la más bella y suave melodía que nunca hubiese existido. Con un delicioso abandono sabía que era la canción favorita de su infancia. Luego, también era un aroma de rosas; un tacto suave bajo su espalda, un cuerpo en paz consigo mismo. Abrió los ojos a la luz del sol.

-Buenos días, Malcolm Lockridge -dijo un hombre.

-Estás entre amigos -dijo una mujer.

Hablaban con un acento similar al que se podía oír en el sur de los Estados Unidos. Se sentó. Lo habían depositado en un diván, en una habitación forrada de madera. Había muy poca decoración, excepto una pantalla en la cual se veían cambiantes figuras de color, extrañas pero agradables. No obstante, las proporciones de la habitación eran tan perfectas que no se necesitaba nada más.

Tras una abertura sin puerta vio un jardín. Las flores crecían al lado de senderos de grava, y los árboles daban sombra a un pequeño lago bajo el calor del verano. En el extremo más alejado de un prado se alzaba otra casa, pequeña, cubierta con enredaderas, simple y de bellas líneas. El hombre y la mujer se le acercaron. Ambos eran altos, no ya jóvenes, pero todavía sin ninguna de las características de la senectud. Su cabello estaba sujeto por bandas de intrincada ornamentación. Por otra parte, no llevaban nada más que una muñequera con bolsillos en el brazo izquierdo. Lockridge vio que él estaba desnudo. Palpó buscando su propio bolsillo-brazalete. La mujer sonrió.

-Sí, tus diaglosas están ahí -dijo-. No creo que desees ninguna otra cosa.

-¿Quiénes son ustedes? -preguntó asombrado Lockridge.

Se pusieron serios.

-No permanecerás con nosotros mucho tiempo, lamento tener que decírtelo -replicó el hombre-. Puedes llamarnos John y Mary.

-¿Y esto es... cuándo?

-Un millar de años después.

Con la comprensión de una madre, la mujer dijo:

-Sabemos que has vivido una pesadilla. Pero no teníamos otra manera de hacer retroceder a esos demonios, a menos que los matásemos. Te hemos curado, el cuerpo y la mente, mientras dormías.

-¿Me enviarán a casa?

La tranquilidad de la mujer se vio turbada por un momento.

-Sí -dijo.

-De hecho, ahora mismo -dijo John-. Debemos hacerlo.

Lockridge se levantó del diván.

-No quiero decir a mi propia casa, sino a Europa, a el tiempo de los Guardianes.

-Ya lo sé. Ven.

Salieron. Lockridge trató de buscar una explicación.

-Puedo ver por qué no dejan venir a nadie del pasado -dijo-. Por tanto, ¿qué es lo que represento para ustedes?

-El destino -dijo John, La más horrible palabra  que pueda decir un hombre.

-¿Qué? Usted... yo... ¿No ha terminado mi trabajo?

-Todavía no -dijo Mary, tomando su mano.

-No debo decirte más -dijo John-. Por tu propio bien. La guerra del tiempo fue el punto más álgido de la degeneración humana, y no sólo porque denegó el libre albedrío.

Lockridge trató de conservar la calma que, en alguna manera, habían infundido en su interior.

-Pero el tiempo está fijado, ¿no es así?

-Desde un .punto de vista divino, tal vez –dijo John-. Sin embargo, los hombres no son dioses. Mírate a ti mismo. Sabes que puedes tomar decisiones libremente, ¿no es cierto? En la guerra del tiempo han llegado a racionalizar todas las cosas horribles que están haciendo argumentando que, de cualquier manera, iban a suceder. Y sin embargo, eran ellos mismos, directamente, los responsables de la existencia de más tiranía, más muertes, más odio y más sufrimiento del que podría soportar al recordarlo. Nosotros, hoy en día, sabemos que es mejor no tratar de averiguar nuestro propio futuro, y únicamente vamos en secreto, como observadores, al pobre y maldito pasado.

-Exceptuándome a mí -dijo Lockridge con un arrebato de indignación.

-Lo siento. Esto es algo malo que debemos hacer, para prevenir un mal peor -John le dirigió una mirada de conmiseración-. Me consuelo a mí mismo pensando en que eres lo suficientemente hombre como para sufrirlo.

-Bueno... De acuerdo. Ciertamente me alegra el que interfirieran en el corredor.

-No lo volveremos a hacer -dijo Mary.

Salieron del camino. Parecía haber allí una ciudad de tamaño mediano, cuyas viviendas se extendían. entre altos árboles. Una máquina cuidaba un jardín. La gente paseaba por los alrededores, sin prisas. Algunos. iban desnudos, otros pensaban evidentemente que una túnica ligera era más confortable en aquel calor. Una pareja de adultos que pasaban cerca hicieron una reverencia, con un respeto nada servil, hacia John..

-Debe ser usted una persona importante -comentó Lockridge.

-Un consejero continental -en el tono de Mary se advertía amor y orgullo.

-Esto... respecto a mi presencia, ¿la mantienen en secreto? -preguntó Lockridge.

-Sí -contestó Mary-. El hecho de tu llegada era conocido. Nos preparamos. Pero los que nosotros llamamos guardianes del tiempo nunca comunicaron los detalles por tu propio bien. Alguien podía haberte dicho demasiado.

Rápidamente, añadió:

-No precisamente tenía que ser algo malo. Pero la sensación de estar predestinado podría haberte convertido en esclavo de tus propios actos.

«Algo crucial está ante mí -pensó Lockridge-. Quizá no quieren que sepa cómo voy a morir.»

Apartó el pensamiento, tomando la palabra:

-¡Los Guardianes del Tiempo! -dijo-. Entonces, su bando venció.

Dando una mirada a su alrededor, respirando el olor a bosque y notando el fresco césped bajo sus pies, añadió:

-Claro, debería haberme dado cuenta antes. Este es un bello lugar.

-Crea -dijo John- que haría bien en recordando lo que dijo un filósofo: *todo mal es un bien que se ha vuelto canceroso.*

Intrigado, Lockridge lo siguió en silencio. Tras unos momentos llegaran a un área rodeada por un seto. John tocó una hoja y las ramas se apartaron. Tras ellas se ocultaba un vehículo con forma de torpedo, en el cual entraron los tres. La cabina delantera era una burbuja transparente, en la cual no se veía ninguna clase de controles Detrás, a través de una puerta, Lockridge vio unas... ¿máquinas? Fueran lo que fuesen, no tenían una forma claramente comprensible, sino que parecían seguir curvas imposibles que se expandían y contraían hacia el infinito.

John se sentó. Silenciosamente el vehículo se alzó, el suelo se alejó hasta que pudieron ver toda la costa este bajo un cielo que oscurecía. La mayor parte de los terrenos eran verdes. ¿Cuánto tiempo había necesitado el hombre para reparar el trabajo de los Batidores? Sin embargo, hacia el sur, un complejo de edificios se extendía por muchos kilómetros. Eran de líneas agradables, el aire era puro a su alrededor, y pudo ver parques entre ellos. No obstante...

-Creí que los Guardianes no construían ciudades -dijo Lockridge.

-No lo hacían -replicó secamente John-, pero nosotros sí.

-El hombre también necesita de la cercanía de sus semejantes =explicó Mary.

El asombro del Americano fue interrumpido por la vista de un ovoide plateado que se elevaba sobre el horizonte. Estimó la distancia y pensó: «Dios mío, esa cosa debe tener un kilómetro de largo»

-¿Qué es eso?

-El correo de las Pléyades -contestó John.

-Pero, pero ... ¡si en la época de Storm no se podían alcanzar las estrellas!

-No; estaban demasiado ocupados matándose unos a otros.

El vehículo aceleró. América se detuvo en, la inmutable soledad del océano.

En poco tiempo, Europa apareció ante ellos. Lockridge trató de ver el horizonte. Todavía estaban tan altos que la costa aparecía como en un mapa.

-¡Hey! ¡Nos dirigimos a Dinamarca!

-Deberemos hacerlo -dijo John-. Así podrás ir por tierra a tu destino.

El vehículo se detuvo en el aire, a la vista del Limfjord. El terreno se componía principalmente de bosques y pastos, pero cerca de la desembocadura de la bahía se alzaba una ciudad. No se parecía a la que acababan de abandonar, y esto le alegró. Nunca le había gustado la idea de un mundo cubierto por una uniformidad absurda. Las paredes rojizas y las espiras de cobre le recordaban el Copenhague que él había conocido.

«De acuerdo-se dijo para sí mismo-, sea lo que todavía tengo que hacer, estoy de acuerdo en que en que será en pro de una buena causa.»

-Desearía que pudiéramos enseñarte más cosas Malcolm -dijo gentilmente Mary-, pero aquí debe abandonarte.

-¿Cómo? ¿Dónde está su corredor?

-Hemos encontrado un método diferente -dijo John-. Esta máquina nos llevará.

Entre las formas de compartimento posterior se apreció un chisporroteo. La oscuridad selló la cabina. Lockridge trató de animarse; necesariamente, no tenía por qué estar condenado; aquella pareja tal vez únicamente sintieran pena por él porqué todavía tuviese que luchar tan duro.

Y, por lo menos, pronto volvería a ver a Auri. Sin mencionar a Yuria y a sus sobrinas. ¡Qué fiesta iban a celebrar! Y luego, Storm...

El tránsito finalizó. La faz de John se había ensombrecido.

-Sal rápidamente -dijo-. No podemos arriesgarnos a ser vistos.

La máquina aterrizó suavemente. Le dio la mano.

-Adiós -dijo emocionadamente.

Saltó afuera. El aparato se elevó y desapareció en aire.

## *XIII*

Aquella maravillosa tierra que había contemplado por un momento no llegaría a existir hasta dentro de un millar de años. Se encontraba en un terreno tan salvaje como el que habían conocido los Tenil Orugaray.

Parpadeó. ¿Qué clase de amigos eran aquella gente que le abandonaban allí, desnudo y solitario?

Tenían que hacerlo, pensó.

De cualquier modo, maldita sea, no se conseguiría nada si moría de inanición; por tanto, si lo habían dejado allí era porque alguien debía vivir cerca. Buscó a la débil luz del atardecer y halló un sendero estrecho y, a lo que parecía, raramente usado. Serpenteaba entre

los árboles y la maleza hacía la bahía. Seleccionó, probándolas, la diaglosa apropiada para aquella época y comenzó a andar.

Entre los bosques apareció un resplandor en el lado opuesto a los últimos rescoldos de la luz solar. Auri debía haberle estado esperando durante todo este tiempo, por lo menos, calculó por la luna, durante tres meses. Pobre niña solitaria. Bueno, en, cualquier forma tenían que haberla estudiado y él se reuniría con ella tan pronto como hallase un medio de transporte.

Se detuvo. El frío clavó sus dientes en él. Muy a lo lejos oyó el ladrido de unos perros de caza.

Bueno, ¿acaso un, hombre debía asustarse por eso?

El atardecer fue espesándose hasta convertirse en noche. Las ranas daban chasquidos mientras avanzaba torpemente de lado a lado del camino. Cada vez más cerca, los perros no cejaban en sus ladridos. Y eso que se oía, ¿era un cuerno? Tal vez lo fuera, con ese sonido metálico, pero las notas eran un feo gruñido.

Probablemente seguían el mismo camino, pensó. ¿Debía esperarlos? No. Comenzó a correr. Por alguna razón no deseaba encontrar a esa jauría.

Una parte de él, por encima del creciente malestar, trataba de comprender el porqué. Si los Guardianes reservaban áreas salvajes, esto estaba de acuerdo con su filosofía. Si cazaban por deporte, ¿qué había de malo en ello? ¡Y sin embargo esta región era tan tremendamente desolada! Los bosques del hogar de Auri rebosaban vida. Aquí no había oído otra cosa que el viento y la rápida y nada natural aproximación de los perros.

Cada vez le parecía más que se hallaba huyendo a lo largo de un túnel sin fin. Comenzó a respirar trabajosamente. Se oyó el eco de los ladridos, el cuerno sonó de nuevo y sintió un galope que tamborileaba sobre el frío suelo.

Delante suyo se abrió el bosque. La escarcha brillaba en los brezos y el Limfjord yacía, estriado con zonas negras plateadas, bajo las parpadeantes estrellas. Lockridge se oyó suspirar de alegría.

Pero, de repente, los sabuesos ladraron y gimieron cl cuerno lanzó una nota aguda, y el galope se convirtió en un trueno. La realidad se clavó en su mente: ¡Habían olido su rastro! Incontrolablemente el miedo creció y lo dominó. Corrió, con el horror a sus espaldas,

La jauría aullaba ya más cerca. Una mujer chilló como un gato salvaje. Salió a una zona alumbrada por la luz de la luna. Un par de kilómetros más allá, cerca de la costa, vio una masa oscura y unos pocos pequeños resplandores amarillentos. Casas. Cayó sobre unas aliagas que le arañaron, dejándole ensangrentado.

La caída le despejó un poco del pánico que le embargaba. Nunca llegaría hasta el refugio, si aquello era un refugio. Los perros llegarían hasta él en pocos minutos. Storm, sollozó, querida; debo volver a ti. La memoria de la sensación de su cuerpo cuando la había abrazado le dio fuerzas para continuar.

Hasta el lindero del bosque... arriba de un alto árbol... subido a una rama, agarrando al tronco, se convirtió en otra sombra y esperó.

A lo largo del camino llegó la cacería hasta los brezos.

* * *

No eran perros aquel grupo de monstruos en forma de lobos que rugían mientras corrían bajo la luna. Ni tampoco los otros animales eran caballos, pues eran demasiado

grandes y de sus frentes surgían cuernos como si fueran unicornios. La luz lunar era tan brillante que hasta pudo ver la mancha oscura y coagulada en la punta de uno de esos cuernos.

Los jinetes eran humanos, dos mujeres y cuatro hombres con uniforme de Guardianes. Su largo cabello dorado revoloteaba alocadamente por la velocidad. Y aquella figura que colgaba desnuda de un arzón, con el vientre abierto por un desgarre, también era humana.

Un hombre tocó su trompeta casi debajo mismo de Lockridge. Se apoderó de éste tal terror que casi estuvo a punto de soltarse. Únicamente se daba cuenta que debía huir, correr, correr.

Un pensamiento relampagueó a través de la única parte sana de su mente: ¡subsónicos!; y se agarró al árbol hasta que la corteza le provocó arañazos.

-¡Ho-yo!, ¡ho-yo! -la mujer que iba en cabeza sacudió su lanza por el aire. Su rostro se parecía de una forma casi imposible de admitir al de Storm.

Siguieron galopando, hasta que los perros perdieron el rastro y quedaron, desconcertados, protestando con bufidos de espanto. Los jinetes prosiguieron su marcha. Por encima del ruido del viento y de las bestias, Lockridge les oía llamarse a gritos los unos a otros. Tras unos momentos se alinearon todos ellos, dirigiéndose hacia el este a través del terreno yermo.

«Podría ser una trampa -pensó Lockridge-. Suponen que bajaré del árbol y entonces volverán a cogerme.»

El cuerno sonó de nuevo, pero ya tan lejano que se perdía la mayor parte de su efecto destructor sobre la mente. Lockridge se deslizó del árbol. No esperarían que se dirigiese inmediatamente hacia la aldea, pensó. No tendría tanta frialdad de espíritu si fuera algún ignorante slogg.

¿De dónde había sacado esta palabra? Ciertamente no de la diaglosa, que contenía tan poca verdad sobre esta parte del mundo. Espera, sí. Storm la había usado.

Llenó sus pulmones, apretó los antebrazos contra las costillas y se lanzó a la carrera.

El poblado era una simple aglomeración de chozas. Aunque sus paredes eran de cemento y sus techos de algún brillante producto sintético, estaban más amontonadas y eran más pobres que aquellas del Neolítico. A través de contraventanas y puertas que no ajustaban bien se escapaban los resplandores que había visto.

Golpeó en la primera.

-¡Déjenme entrar! -gritó-. ¡Ayúdenme, en el nombre de ella! ¡Ayúdenme!

No se oyó respuesta, nada se movió. La casa se cerró en sí misma, como tratando hasta de negar su existencia real.

Recorrió el poblado, gritando su petición. En el centro había una plazuela. Cerca de un pozo de aspecto primitivo se alzaba una cruz en. forma de letra T, alta como de unos siete metros. Sobre ella había un hombre. Estaba muerto y los cuervos habían comenzado ya a devorarlo.

Lockridge pasó de largo. Ahora escuchaba de nuevo los cascos de las monturas.

En el lado opuesto de la aldea había unos campos que parecían sembrados de patatas. A la claridad de la Luna pudo ver el rastro de los jinetes. Por allí se alzaba una choza aún más miserable, si ello era posible, que las demás. Su puerta se abrió y una vieja salió y dijo:

-¡Hey! Ven aquí, tú, rápido.

Lockridge se lanzó a través de la abertura. La mujer cerró y aseguró la puerta. Por encima de su respiración entrecortada pudo oír cómo decía con voz de borracha:

-No es probable que entren en el poblado. No es emocionante el matar a un campesino. Los Salvajes sí que son hombres. Además, si se entera, puede enfadarse todo lo que quiera; sé cuales son. mis derechos, ya lo creo. Ellos se llevaron a mi Ola, pero esto me hace su sagrada madre durante un año. No puedo ser juzgada por nadie inferior a la misma Koriach, y la noble Señora Istar no se atrevería a molestar a Ella por un asunto tan fútil.

La fuerza de Lockridge volvió poco a poco. Se estremeció. La mujer dijo rápidamente:

-Ahora escucha. Si haces alguna tontería, sólo tengo que abrir la puerta y pedir auxilio. Mis vecinos son, hombres fuertes y les gustaría poner las manos sobre un Salvaje. No sé si te descuartizarían ellos mismos o te llevarían para ser cazado por Istar, pero lo que quiero que quede bien claro es que tengo tu inútil vida en mis manos y que no debes olvidarlo nunca.

-Yo... no causaré ninguna molestia.

Lockridge se sentó, se abrazó las rodillas y se quedó observándola.

-Si puedo agradecértelo en alguna forma, hacer algo por usted ...

No era tan vieja como parecía, se dio cuenta de repente, sobresaltándose. La apariencia de edad, con sus ropas roídas, sus manos deformadas, su piel curtida y su boca casi sin dientes, le habían engañado. Pero su cabello, trenzado hasta la cintura, todavía era oscuro, y su rostro no tenía todavía demasiadas arrugas, mientras que sus ojos estaban desvaídos por el exceso de alcohol, aunque sin haber perdido totalmente su visión.

La única habitación de la choza estaba pobremente amueblada. Un par de camastros, una mesa y algunas sillas, un, baúl y un armario. Pero, un momento... aquel rincón de la cocina parecía contener algunos aparatos eléctricos, y en, la pared había la pantalla de un comunicador, en el lado opuesto de una capilla en la que se cobijaba un labris de plata.

Ella se sobresaltó.

-¡No eres un Salvaje!

-Supongo que no. Según sea lo que quiera significar con ese concepto.

Lockridge prestó oído. La jauría se alejaba de nuevo.

-Pero viniste de los bosques, huyendo desnudo delante de ellos, y sin embargo vas afeitado y hablas mejor que yo...

-Digamos que soy un extranjero, aunque no un enemigo. -Lockridge hablaba con sumo cuidado-. Venía hacia aquí cuando aparecieron los cazadores y me encontraron. Es importante -hubo un tono de urgencia en su voz- que entre en contacto con la residencia de la Koriach. Será usted recompensada por salvarme la vida.

Se alzó.

-¿Puede prestarme algunas ropas?

Ella le miró de arriba abajo, no como una mujer a un hombre, sino con un cansancio infinito que luego dejó paso, lentamente, a la resolución.

-Muy bien. Puede que mientas, puede que seas un demonio enviado a capturar pobres sloggs, pero ya me queda muy poco que perder. La túnica de Ola debe de irte bien.

Lockridge se la puso, pasándola por su cabeza.

-¿Era Ola su hijo?

-Sí, el último. Las enfermedades mataron a los demás en sus cunas. Y este año, cuando no tenía más que dieciséis, fue escogido.

Con un presentimiento de horror, el Americano preguntó:

-¿Es el que está en la cruz?

-¡Cuida la lengua -contestó ella indignada-, ese era un traidor! ¡Se atrevió a maldecir a Pribo, el amante de nuestra Señora Istar, y todo porque simplemente le rompió una red de pesca!

-Perdone, ya le dije que soy extranjero.

Su estado de ánimo cambió con una rapidez sólo atribuible a su estado de intoxicación.

-Por el contrario, Ola llegó a ser el Hombre del Año -dijo. Luego se apretó los ojos-. La diosa me perdone, sé que su vida pasó a los campos. ¡Si tan sólo pudiese olvidar cómo chillaba cuando lo estaban quemando!

Lockridge encontró una silla y se desplomó en ella. Luego fijó su mirada en la nada.

-Estás tan pálido -dijo la mujer-. ¿Quieres un trago?

-¡Cristo, cómo lo deseo! -no trataba de blasfemar al decir esto, no hacía *ese Dios.*

Le escanció de una jarra a un vaso. El vino era más basto que el que había bebido en el palacio, pero notó la misma paz extendiéndose por sus nervios y aquietando su mente. Es natural, aquella gente necesitaba de algo que les ayudase a aguantar.

-Dígame -preguntó-. Esa Istar ¿es vuestra sacerdotisa?

-Claro, naturalmente. A ella es a quien, tienes que llamar, pero no antes de mañana por la tarde. Estará hasta muy tarde cazando y mañana dormirá hasta tarde y, no importa cuán importante seas, ella no es una persona a la que convenga sacar de la cama.

La slogg bebió de su propio vaso y rió entre diente.

-A la cama, ahora; bueno, tengo entendido que éste es otro asunto. Se supone que los muchachos no deben decir nada sobre los ritos de primavera, pero lo harán, lo harán.

-Esto; en cuanto a esos salvajes, ¿quiénes son?

-¿Qué? ¡Debes venir de muy lejos! Son los que van desnudos, los habitantes de los bosques, los miserable, que se arrastran para robar una gallina o poner celadas a cualquiera que sea lo bastante descuidado como para alejarse solo de los lugares habitados. Realmente no sé por qué te dejé entrar cuando creía que eras un Salvaje. A menos que sea porque estaba aquí sentada sala, recordando a Ola y... Naturalmente deben ser cazados, no sólo para mantenerlos bajo control, sino también porque sus vidas van a la tierra... pero, a pesar de todo, a veces me pregunto si la diosa no nos dará, algún día, un método mejor para fertilizar el terreno.

Oh, sí, pensó asqueado Lockridge, hay métodos mejores. Aunque no en esta edad. Puedo verlo claramente. Recuerdo .a aquellos viejos trabajadores asombrados que conocí, hace dos mil años, despedidos de sus empleos porque no podían manejar las máquinas cibernéticas.

¿Qué se debe hacer con la gente que sobra?

Si eres un Batidor, la enrolas a la fuerza en un ejército permanente. Si eres un Guardián, la conservas como siervos ignorantes, con unos cuantos salvajes para que te sirvan de ejemplo y una religión que sólo te sirve para... Pero no, lo peor del asunto es que los mismos Guardianes creen en ella.

¿Tú también, Storm?

Tengo que averiguarlo.

*  *  *

Vagamente escuchó cómo la mujer decía:

-Bien, pecadora y todo como soy, Ola me convierte en sagrada hasta que sea elegido el próximo Hombre del Año. El debe de haberme inspirado el que te abriera. ¿Qué otra cosa podría haber sido?

Luego, con una urgencia en su deseo, dijo:

-Extranjero, te he ayudado- A cambio de este favor, ¿podré ver a la Koriach? Mi abuela tuvo esa dicha. Ella vino volando sobre estos terrenos. Su cabello era negro como la tormenta. ¡Oh, en sesenta años nadie ha olvidado ese momento! Si pudiese verla a Ella moriría dichosa.

-¿Cómo? -el cansancio y la droga actuaban sobre él, pero se esforzó en serenarse-. ¿Ella misma, hace tanto tiempo?

-¿Quién sino? ¡La diosa no muere!

Debía ser alguna clase de truco, tal vez usando los portales del tiempo. Y sin embargo, Brann había hablado de combatirla a través de toda la historia. Y si tan pocos eran aptos para ir a través de los corredores, sus líderes, por lo menos, debían permanecer un número de años o décadas en cada frente de combate. ¿Cuántos?

El vaso cayó de la mano de Lockridge. Se levantó.

-No puedo permanecer aquí -explotó-. Voy a llamar para que alguien venga a buscarme.

-No, espera, este aparato sólo está conectado a la residencia de Istar. ¿O es que crees que la gente como yo tiene líneas directas a la diosa? ¡Siéntate, tonto!

Lockridge apartó a la mujer de su camino. Esta se dejó caer en, el lecho y se sirvió otro trago de bebida. El accionó el único mando de llamada. La pantalla se iluminó con la imagen de un joven soñoliento, aburrido e irritado.

-¿Quién es usted? Mi señora está de caza.

-Su Señora puede cazarse a sí misma hasta llegar al Caos si así lo desea -cortó Lockridge-. Conécteme con el palacio de la Koriach de la Westmark.

La imberbe barbilla cayó hacia abajo al abrir su poseedor la boca en un gesto de asombro.

-¿Está usted loco?

-Escuche, niño bonito, si no se apresura voy a clavar su pellejo en el establo más próximo, con la mitad de usted todavía colgando dentro. Póngame con el Guardián Hu, con la Señora Yuria, con cualquiera de la corte que esté disponible. Dígales que Malcolm Lockridge ha vuelto. ¡En el nombre de la Koriach!

-¿Los conoce? ¡Perdóneme! Un minuto, uno tan solo, se lo ruego.

La pantalla se oscureció.

Lockridge estiró el brazo hacia la jarra, pero lo retiró. No, deseaba estar sereno esta noche. Durante unos momentos estuvo en pie, impaciente. La mujer le observaba y bebía continuamente.

Apareció el rostro de Hu.

-¡Usted! ¡Le dábamos por perdido! -Parecía estar más asombrado que alegre.

-Es una larga historia -le atajó Lockridge-. ¿Puede seguir esta llamada e identificar dónde me hallo? De acuerdo, venga a buscarme.

Cortó la conexión.

La vieja estaba ya demasiado borracha para demostrar el miedo que se había apoderado de ella. Se empequeñeció ante él y murmuró:

-Señorrrr, perrrdóneme, yo no sabía...

-Aún sigo debiéndole la vida -dijo Lockridge-. Pero la Koriach se ha ido por algún tiempo, lo siento.

No podía permanecer en esta choza en la que había el camastro de un muchacho tan vacío. Se llevó a los labios la mano de la madre y salió afuera.

No supo cuánto tuvo que esperar. Quizá media hora. Dos hombres uniformados de verde surgieron de entre las sombras y le saludaron.

-Vámonos -dijo él.

Y partieron sobre el territorio. Lo vio casi todo como una noche inmensa. Aquí y allí había poblados, formando un anillo alrededor de la brillantez de un palacio-templo, pero separados entre sí por kilómetros de nada. De vez en cuando veía el *ankh* que señalaba una factoría. Seguro, pensó; los Guardianes viven de las máquinas tanto como los Batidores, sólo que lo ocultan un poco más.

Pero no se había previsto que yo viese nada de esto, continuó reflexionando. La idea era que, si sobrevivía, fuese directamente a un corredor, para desde allí ser llevado directamente al palacio.

*  *  *

Sus guías hicieron que se posasen en urca terraza en la que los jazmines perfumaban un aire mantenido caliente por métodos artificiales, y una fuente cantaba. Hu esperaba, ataviado con unas vestiduras que caían hacia el suelo como una cascada.

-¡Malcolm! -agarró a Lockridge por los hombros. Su entusiasmo era superficial-. ¿Qué ocurrió? ¿Cómo logró escapar y llegar tan al norte y...? ¡Pero bueno, esto se merece que celebremos la fiesta más grande que se haya celebrado desde que Ella escogió la Westmark para su última personificación!

-Escuche -dijo el Americano- estoy tan cansado que casi no puedo tenerme en pie. Mi misión ha tenido éxito y ya le daré los detalles luego. Ahora, ¿dónde está Auri?

-¿Quién? ¡Ah, la muchacha neolítica! Supongo que estará durmiendo.

-Lléveme a su lado.

-De acuerdo, -Hu arqueó las cejas y se frotó la barbilla-. ¿Por qué está tan ansioso por ella?

-¿Le han hecho algo? -gritó Lockridge.

Hu retrocedió un paso.

-No, ciertamente no. Sin embargo debe darse cuenta de que estaba ansiosa por usted. Y, evidentemente, ha comprendido mal algunas de las cosas que ha visto. Esto era de esperar, *debía* esperarse. La razón misma por la que teníamos que estudiar de cerca a alguien de su cultura. Créame, la hemos tratado lo más delicadamente posible.

-Le creo. Lléveme con ella.

-¿No puede esperar? Pensé que podríamos darle a usted un estimulante y, tras el relato esencial de su hazaña, podríamos tener una celebración... -Se rindió-. Como usted desee -dijo. Levantó un brazo y apareció un joven siervo. Le dio instrucciones.

-Le veré mañana, Malcolm -dijo, y partió. Su ropa llameaba a su alrededor.

Lockridge apenas si se fijó en el camino por el que era conducido. Al fin., se abrió una puerta. Entró y se halló en una pequeña habitación con otra salida en el extremo opuesto, y una cama en la que yacía Auri.

Con mano temblorosa se colocó la diaglosa correspondiente a la época de ella y luego acarició su suave mejilla. Los ojos de la durmiente parpadearon.

-¡Lince! -murmuró; luego, despertándose.

Se sentó y la mantuvo entre sus brazos mientras ella lloraba, y reía, y se estremecía entre sus brazos. Las palabras surgieron torrencialmente:

-¡Oh Lince, Lince, creí -que debías estar muerto! Llévame lejos de aquí, llévame a casa, a cualquier sitio, aquí es donde deben venir los muertos que han, sido malvados, no, no me golpearon, pero tienen a la gente como si fueran animales, los crían como a animales, y todos odian a todo el mundo, siempre están. hablando en susurros. ¿Por qué quieren poseer a los demás? Todos desean hacerlo, no puede ser una diosa, debe de ser una...

-No, no lo es -dijo él-. He venido atravesando sus tierras y he visto a su gente, ahora lo sé. Sí, Auri, debemos regresar a casa.

La puerta interior se abrió. Volvió la cabeza y vio a la Señora Yuria. Las trenzas doradas no lograban cubrir la cosa que llevaba en el oído, ni su camisón de noche ocultaba lo rígida que se alzaba.

-Casi desearía que no hubiese admitido eso, Malcolm -dijo.

## *XIV*

Año 1821 a. d. Lockridge cruzó la cortina áurea.

-¿Cuándo estamos?

Hu consultó su reloj calendario.

-Más tarde de lo que deseaba -contestó-. A finales de agosto.

Así que Avildaro ha vivido la cuarta parte de un año desde que destrozamos a Brann y a los Yuthoaz, pensó Lockridge. Auri ha vivido otro tanto, y yo unos pocos días, aunque cada uno de ellos pareció durar un siglo. ¿Qué habrá hecho aquí Storm durante el verano?

-El factor de incertidumbre es lo que hace que los enlaces, transtemporales sean tan dificultosos -se quejó Hu, volviéndose a medias hacia el portal-. Podemos probar de nuevo.

Los cuatro soldados que les acompañaban dieron señales de alarma. Hu. vaciló.

-No, el hacer esas cosas puede llevar a la creación de las terribles paradojas si no se tiene suerte. He mantenido a algunos mensajeros en ambos sentidos durante las semanas pasadas. Según los últimos informes, todo marchaba estupendamente, y éstos sólo tienen un mes de antigüedad.

Comenzó a subir la rampa. Sus hombres rodearon a Auri y a Lockridge. La muchacha apretó el brazo del americano y preguntó en un susurro:

-¿Realmente estamos en casa?

-Lo estamos -contestó él.

De una forma abstracta se preguntó por qué Storm no mantenía su guarnición de Guardianes en un portal que había adquirido la importancia de éste. Bueno, decidió, tiene una gran variedad de razones, incluyendo el hecho de que necesita mantener tantos hombres leales como pueda en su propia era, pero principalmente debe ser porque no desea llamar la atención, sobre el asunto, en caso de que algún observador de los Batidores pase por aquí.

*  *  *

Salieron al exterior. El sol estaba en su cenit sobre un bosque fértil y brillante en el clímax de la estación. Un rebaño de corzos, que pastaba en el prado, saltaron y huyeron, asustando a un millar de perdices que elevaron, precipitadamente el vuelo.

Auri se quedó por un momento quieta, con el rostro radiante y echando hacia atrás con un gesto su suelto cabello. Antes de partir, se había vuelto a poner la corta vestidura tradicional de su pueblo. Lockridge se dio cuenta de cuán extraordinariamente había madurado su cuerpo en el tiempo que él había estado fuera.

Desearía haber tenido el suficiente valor como para haber pedido él también una túnica y faldellín en lugar del uniforme verde que le habían dado.

-Somos libres de nuevo, Lince.

De repente, la muchacha sentía la necesidad de saltar y gritar de alegría.

Tal vez tú la seas, pensó; lo espero. ¿Y yo? No lo sé.

Durante los dos días siguientes que había sido retenido en el palacio no había sido maltratado. Podía pasear por donde deseaba, seguido por un único centinela. Le habían pedido, bastante cortésmente, que diese su informe sobre la acción de drogas que le impedirían mentir. Así lo había hecho, contándoles todo lo que deseaban saber, pues la alternativa era la máquina investigadora del pensamiento. Tras ello, Yuria había tenido varias largas conversaciones con él, sin el menor malhumor. La posición de ella era de que, primero, por naturaleza, su formación cultural no le había equipado con los medios suficientes y necesarios para comprender otra civilización, totalmente diferente a la suya. Segundo, lo que él había visto no era una muestra suficiente. Tercero, la tragedia era parte integrante de cualquier vida humana que desease alcanzar su más alto grado de desarrollo. Y cuarto y último, sí, se tenía que admitir que ocurrían abusos, pero era posible corregirlos, y de hecho lo serían, bajo un gobierno más competente.

El no había refutado sus argumentos, ni aceptado los favores que ella le ofrecía. Era demasiado extraña para él. Todos lo eran.

Hu, dio una orden, el grupo se elevó del suelo y se dirigió hacia el Limfjord.

Hoy volveré a ver a Storm, pensó Lockridge. Su corazón se aceleró. No podía decir si eso era causado por el miedo o por el recuerdo de ella misma, o, si por ambos, en qué proporción.

No cabía duda de que ella le juzgaría. Nadie más se atrevía a hacerlo. No sólo había sido escogido por ella, sino que además traía un misterioso mensaje del futuro.

Los bosques quedaron atrás. La brillante luz danzaba en la bahía, allí donde Avildaro se erguía bajo la protección de su bosquecillo sagrado. Los botes pesqueros estaban en el agua, las mujeres trabajaban entre las cabañas. Pero, acampados al norte, y extendiéndose hacia el este...

Auri chilló y Lockridge lanzó una maldición.

-¡Los Yuthoaz! Lince, ¿qué ha pasado?

-Por Dios, Guardián, comience a explicarse -se atragantó el americano.

-Tranquilícese -dijo Hu sin volverse, por encima del hombro- esto fue planeado. Todo marcha bien.

*  *  *

Lockridge entrecerró los ojos y comenzó a contar. El pueblo del Hacha de Guerra no era ahora una horda. Vio una docena o así de carros parados fuera de las tiendas de sus dueños, los cabecillas de las tribus. Los hombres, que se estaban reuniendo excitadamente para observar este grupo de seres voladores no sumaban, más allá del centenar. Tal vez otros estuviesen cazando 0 realizando otras tareas, pero no serían muchos más.

Sin embargo, se habían, traído a sus mujeres pues, se veían algunas usando espesos suéteres de lana y faldas en nada parecidas a las usadas por las del pueblo Tenil Orugaray. Los niños pequeños correteaban alrededor de ellas, mientras que algunos mayores cuidaban rebaños de ganado: vacas, ovejas, caballos, una gran cantidad de ganado que pastaba en muchos kilómetros a la redonda. Se estaban preparando rústicos corrales.

El enemigo había vuelto para quedarse.

¿Por qué, Storm, por qué?

Hu, los llevó hasta la Casa Grande. Las chozas que se agrupaban alrededor cortaban la vista del campamento. El espacio abierto al frente de la edificación estaba desierto. No se veía moverse a ninguna persona en lo que antes había sido él bullicioso, parlanchín y alegre centro de la comunidad.

La misma casa estaba cambiada. Sobre la puerta acostumbran a colgar guirnaldas, de hojas de roble en verano y de acebo en invierno. Ahora brillaba un emblema dorado y plateado, el Labris atravesando el Disco del Sol. Dos guardianes hacían orgullosamente guardia, con armaduras de cuero, emplumados y pintarrajeados, con lanza, daga y arcas, y con el hacha en la mano. Dieron el saludo de los Guardianes a los recién llegados.

-¿Está Ella dentro? -preguntó Hu.

-Sí, mi amo -contestó el mayor de los Yuthoaz, un pelirrojo macizo con barba partida. En su escudo estaba pintado un lobo.

Asombrado, Lockridge reconoció a Withucar. Su brazo partido se había soldado.

-Ella está haciendo sus actos mágicos tras la oscuridad -dijo el guerrero.

-Guarden a este hombre aquí fuera hasta que Ella lo llame -ordenó el Guardián. Entró en el interior. La cortina de piel aleteó tras él.

Auri cubrió su rostro y comenzó a sollozar. Lockridge acarició sus mechones dorados.

-No tienes que quedarte aquí -murmuró él-. Ve a ver si encuentras a alguien de tu familia.

-Si es que aún viven.

-Deben estar vivos. No hubo más lucha. Storm trajo a los forasteros para cumplir alguna misión que ella misma les debe haber dado. Ve ahora a casa.

Auri comenzó a alejarse. Un soldado extendió la mano, tratando de retenerla. Lockridge se la golpeó, haciéndole desistir.

-No tienes órdenes de retenerla -gritó.

El soldado volvió a su posición con miedo en el semblante. Auri se desvaneció entre las cabañas.

Withucar había seguido los acontecimientos con más buen humor que su asombrado compañero. Su cara se distendió en una sonrisa.

-Pero, si es el que logró escapársenos -se asombró-. Bien, bien.

Dejó su lanza apoyada y se acercó a Lockridge para poderle dar palmadas en la espalda.

-Eso fue la hazaña de un gran guerrero -comentó con una amistad sincera-. Ja, como nos vapuleaste. ¡Y total, por causa de una niña! ¿Qué tal te han ido las cosas desde entonces? Ahora somos amigos, ¿sabes?, y he visto a los dioses tan cerca estos días que me asombro de pensar que no usaste brujerías, tan sólo trucos que me gustaría mucho aprender. ¡Bienvenido seas!

Lockridge reflexionó por un momento: aquí tenía la oportunidad de conseguir un relato honesto de la situación.

-He ido lejos, en una misión para Ella -dijo lentamente-, y no sé lo que ha pasado en estas tierras, y la sorpresa de encontrar de vuelta a tu clan. Y, además -clavó una espina deliberadamente -no esperaba hallarte haciendo de guardián como cualquier muchacho normal.

Withucar se resignó y contestó con rapidez y gravedad:

-¿Quién, más que los nacidos más altos, pueden guardarla?

-Esto... bien. Pero no obstante, ¿desde cuándo lo hacen los hombres de tu tribu?

-Desde mediados de este verano, o poco después. Verás, éramos un pueblo asustado, después de la derrota del mismo Señor del Fuego y de que fuéramos dispersados por extranjeros cuyas armas eran de verdadero metal. Nos sentíamos afortunados por haber escapado, e hicimos grandes sacrificios a los dioses de estas tierras. Pero llegó un emisario de Ella y habló a nuestro consejo. Dijo que Ella no estaba molesta con nosotros, pues éramos una gente sencilla a la que había engañado el gigante. Tanto era así, que estaba dispuesta a utilizarnos como guerreros, pues los de Ella debían volver allí de donde habían venido.

Naturalmente, pensó Lockridge, recordando. Los Ingleses debían ser enviados a su tiempo, estaban demasiado poco adaptados para ser una ayuda eficaz en este tiempo, sin tener en cuenta además, que eran visiblemente extraños. Storm había dejado caer alguna frase sobre una idea que tenía para defender este cuartel general del nuevo campo de operaciones que constituía esta era.

-Bueno -continuó Withucar-, no estamos seguros. Los jóvenes aventureros podrían entrar a formar parte de su guardia durante algunos años, pero ¿y los hombres ya con familia? Además, ¡tan lejos de nuestros hermanos de raza! ¡Y de nuestros dioses! Entonces el emisario explicó que Ella deseaba que un pueblo guerrero fuese allí y se aposentase. Los pescadores eran bravos, mas sin entrenamiento en la realización de órdenes de batalla y de armas modernas. Nos deseaba, no sólo a nuestros hombres robustos, sino a nuestra tribu entera. Recibiríamos tierras y seríamos honrados. También nuestros dioses serían respetados: El Sol y la Luna, el Fuego y el Agua, el Aire y la Tierra, ¿por qué no podían ser enlazados y reverenciados por igual? Así que, finalmente, las fratrías que has visto recordaron que los pastos se estaban haciendo demasiado pequeños para sus necesidades, calcularon lo que podía llegarles a suceder si se aliaban con, alguien tan poderoso como Ella, y se dirigieron hacia aquí. Hasta ahora nos ha ido estupendamente bien. Hemos tenido -las suficientes escaramuzas a los largo de la costa con el Pueblo del Mar como para mantenernos en forma y adquirir algo de botín y esclavos. El año que viene lanzaremos un ataque en toda la regla, para hacer que en esos lugares se tenga el debido respeto hacia Ella, si es que todavía no le han rendido

vasallaje. Mientras tanto, nos estamos instalando en esta fértil tierra, y Ella, Hermana del Sol, está entre nosotros.

Storm, Storm, pensó el Americano, estos pueblos nórdicos nunca habían sufrido antes de un Imperio.

Luego, secamente, preguntó al guerrero Yuthoaz:

-¿Cómo se llevan con los nativos?

Withucar escupió.

-No demasiado bien. No se atreven a luchar, desde que Ella les ha dicho que no nos toquen. Pero algunos han. emigrado a ultramar y el resto se muestran resentidos. Por ejemplo: ya sabes cómo son sus mujeres; sin embargo, si uno de los nuestros quiere divertirse un poco, la única esperanza que le queda es coger a una de ellas desprevenida en el bosque y violarla. Pero se supone que nosotros también debemos respetarlos a ellos, ¿sabes?

Su rostro se alegró.

-Y, sin embargo, danos un poco de tiempo. Si ello no quieren comerciar con nosotros, nos las arreglaremos por nuestra cuenta. Al final nos haremos con ellos, tal como nuestros antepasados absorbieron siempre a todos los pueblos que avasallaron..

Se acercó, golpeó amistosamente a Lockridge en las espaldas y le confió:

-No cabe duda de que Ella desea que las cosas pasen así, Ella misma me prometió, no hace mucho, que habría casamiento entre las familias de la nobleza de ambos pueblos. Y de esa forma, ¿comprendes?, la herencia pasará de sus madres a nuestros hijos.

Y al final de todo, pensó Lockridge, tendremos una monarquía absoluta.

Pero no, las monarquías absolutas eran cosa de los Batidores...

¿Pero no habían puesto los cimientos para su consolidación los Guardianes?

Se quedó tan silencioso que Withucar se sintió ofendido y regresó a su puesto. El sol se movió hacia el atardecer.

A pesar de todos sus pensamientos. Lockridge se alegró en una forma desmedida cuando apareció Hu y le dijo:

-Ella le verá ahora.

Casi se lanzó de un salto a través de la puerta. Nadie le siguió.

La Casa Grande seguía todavía sin fuego, tan solo los globos la luminaban con su frío resplandor. La oscuridad seguía ocultando la parte posterior. Donde estaba Lockridge, el suelo había sido cubierto con algún material duro, mientras que las paredes habían sido tapizadas de gris. Muebles y máquinas del futuro se alzaban entre las columnas de madera, como modelo.

Storm vino hacia él.

Las señales de su cautividad habían, desaparecido. Su cabello negro azulado, su piel dorada, sus ojos color verde mar, todo brillaba como iluminado por una luz interior, mientras sus formas distendían la ropa alrededor de su pecho, caderas y piernas haciendo que de nuevo se figurase estar ante la estatua de la Victoria Alada hecha ser vivo. Los ropajes eran blancos hoy, con un profundo escote, festoneados con el azul del reino de Creta. El cuarto creciente de la Luna brillaba sobre su frente.

-Malcolm -dijo ella, en su propio idioma-. Este es mi verdadero premio: que hayas vuelto.

Tomó su rostro entre las manos y le miró silenciosa.

-Gracias -dijo finalmente en el idioma de los Tenis Orugaray.

Sabía cuando una mujer está esperando un beso.

Sintiendo vértigo, trató de mantener su terreno y conservar todas sus dudas y su resentimiento.

-Hu debe de haberle dado mi informe -dijo-. No tengo nada más que añadir.

-No hay nada que tengas que añadir, querido-. Le señaló que tomase asiento-. Ven, tenemos que hablar de todo.

Se acercó a ella. Sus rodillas se tocaban. Ante ellos se encontraba una botella y un par de vasos. Ella le dio uno y levantó el suyo en alto.

-¿Quieres beber a nuestra salud?

-Brann también me dio vino -carraspeó él.

La sonrisa desapareció del rostro de Storm. Le miró fijamente antes de dejar de nuevo el vaso.

-Sé lo que estás pensando -admitió.

-¿Que los Guardianes no son mejores que los Batidores y que por mi parte podrían irse todos al infierno? Pues sí, esto es lo que estoy pensando.

-Pero no es cierto -dijo ella de buena fe, sin apartar su vista de la de él-. Una vez hablaste -de los nazis de tu tiempo como un caso de maldad absoluta. Estoy de acuerdo contigo en eso: fueron una creación, de los Batidores. Pero piensa, sé honesto... suponte que fueses un hombre del neolítico en que nos hallamos, transportado a 1940. ¿Cuánta diferencia verías entre los distintos países que pudieses ver?

-Su prima Yuria usó esa misma línea de argumentación.

-¡Ah, sí, ella! -brevemente, su boca se endureció-. Algún día tendré que hacer algo respecto a Yuria.

Se suavizó, puso la mano en la cadera y dijo, rápidamente pero con dulzura:

-Te encuentras con tan sólo dos, dos, personas de mi futuro, que siguiendo sus propios motivos te rescatan. Durante una hora o así estás en su mundo. Te llevan luego a un lugar que ellos escogen y te dejan allí tras haber dicho algunas frases cuidadosamente ambiguas. Ahora, Malcolm, has tenido una educación científica. ¿Qué clase de experiencia es esa? ¿Acaso puedes extraer conclusiones de ella? ¿Cualquier clase de conclusiones?

»Viste lo que ellos deseaban que vieras. Oíste lo que ellos habían preparado .que oyeras. Ellos quieren que suceda algo de lo que tú eres la clave. Te han preparado para que seas su instrumento. Ese mundo podría haber sido un mundo de Bastidores, con un pueblo de decorados fabricados especialmente, sólo para ti. O tal vez un mundo de Guardianes. O, y debo admitir que es lo más posible, un mundo que simplemente ha cambiado. ¿Cómo sabes que el fundamento de ese cambio no está en una victoria de mi bando? Creo que así deberá ser.

»Porque, Malcolm, una gran parte de lo malo que has visto en mi tierra se debe a la guerra. Sin un enemigo, necesitaríamos menos disciplina, estaríamos en libertad para experimentar y reformar. Sí, sé cómo es Istar, pero, ¿eres tan necio como para creer que, hasta el más absoluto de .los dictadores, ,sólo tiene que dar un edicto para que su voluntad se vea llevada a cabo, totalmente? Debo usar aquello que el destino ha puesto a mi disposición. Y ocurre que Istar me apoya. Su sucesora, y no puedo alterar las leyes de sucesión sin debilitar peligrosamente todo mi reino, pertenece a otra facción.

-¿Yuria? -preguntó él.

-La querida Yuria -Storm hizo una mueca-. ¡Cómo le gustaría ser Koriach! ¡Y qué mal desempeñaría el cargo!

Se serenó.

-No me sobrevaloro, Malcolm, ya has visto lo que puedo hacer. Al atrapar, con tu ayuda, a Brann, hemos propinado a los Batidores lo que podría ser el inicio de un golpe mortal. Hay pocos que sean capaces de montar estas operaciones temporales, y depende demasiado de ello. Mientras Brann estaba libre, gran parte de mi energía debía ser usada para bloquear sus golpes. Ahora en cambio, sé sobre quien ha recaído el mando, y francamente puedo darle vueltas a Garwen pensando.

»Pero nuestro mismo triunfo ha creado una nueva serie de problemas. Mientras te habías ido, mi fiel Hu había extendido su red de espías y sus mensajeros iban y venían. Mis rivales, -¡oh, sí, hay mayor número de intrigas de palacio y son más oscuras de lo que nunca podrías haberte llegado a imaginar!-, los que complotan contra mí, bajo la máscara de amistad que debemos mantener mientras dure la guerra, han comenzado a interrogarse sobre la postura que mantengo en cuanto a la estrategia. ¿No te insinuó Yuria las recompensas que te daría si consentías en ser su agente en mi campo?

Lockridge se vio obligado, muy a su pesar, a asentir con la cabeza.

-Bueno, esta facción mantiene que debemos continuar concentrando nuestros esfuerzos en el Mediterráneo y en Oriente. Ignoremos el Norte, dicen, no tiene importancia; aunque la conquista indoeuropea llegará necesariamente hasta el sur y el este, permanezcamos allí para impedir que tenga valor para nuestros enemigos. En cambio, yo digo: abandonemos estas regiones, mantengamos tan sólo una fuerza para cubrir las apariencias, mientras los Batidores concentran allí a sus mejores hombres; mientras tanto, creemos en el norte un bastión, desconocido para ellos, que dure un millar de años.

*  *  *

Apartó la atención de su rostro y de su curvilíneo cuerpo, para decir, con menos fuerza de la que había pretendido:

-¿Es por esto por lo que ha traicionado aquí a la gente que confiaba en usted?

-Ah, sí -suspiró Storm- he llamado a los Yuthoaz, y a los constructores de megalitos no les gusta. Malcolm, hice que leyeses libros y estudiases en el Museo Nacional Danés. Deberías conocer los hechos arqueológicos. La nueva cultura está llegando, y moldeará el futuro, y nada que podamos hacer tú o yo hará desaparecer lo que estas reliquias prueban desde sus vitrinas. Y sin embargo, podemos controlar los detalles, de los que no dicen nada las reliquias. ¿Acaso preferirías que los recién, llegados tomasen Dinamarca como han hecho con la India, mediante matanzas y esclavitud?

-Pero en el nombre de Dios, ¿qué es lo que son, los Yuthoaz para usted?

-No podía tener aquí por más tiempo a los Ingleses -dijo ella-. Han sido enviados de vuelta a su tiempo. De hecho, hasta he enviado de vuelta a .los agentes que estuvieron contigo en su misión en el siglo dieciséis. Una vez el trabajo básico estuvo ya hecho aquí, representaban una ayuda muy pequeña. Y debido a la presión a que nos someten nuestros rivales, no puedo ordenar la venida de expertos desde Creta. Por lo menos mientras no pueda demostrar que existe aquí una sólida promesa.

Hizo un amplio gesto.

-¿Qué es lo que les mostraré entonces? -dijo-. Una nueva nación que durará largo tiempo. Un pueblo poderoso que, bajo un compromiso mitológico, sigue a la Diosa. Una

fuente de pertrechos, riqueza, y hasta hombres si los necesitamos. Una sección del espaciotiempo tan bien definida, que aquí podremos edificar el poderío de los Guardianes preparando el conflicto final. Viendo el planteamiento de todo ésto, los otros Koriach tendrán que inclinarse ante mi idea. Mi posición en mi patria quedará segura. Y lo que es más importante, mi plan será aceptado, y la totalidad de nuestras fuerzas serán traídas para actuar aquí. Y así la obscenidad que son, los Batidores se acercará a su destrucción, tras lo cual podremos arreglar algunos de los problemas que tenemos en nuestra propia patria.

Su cabeza se inclinó.

-Pero me encuentro tan sola -susurró.

No puedo evitarlo, tuvo que cogerla mano que se extendía implorante en su regazo. Y su otra mano rodeó al cuello de ella.

Storm se le aproximó.

-La guerra es un asunto sucio -dijo-. Se tienen que hacer cosas que parten el corazón. Te prometí que tras esa misión podrías volver a tu hogar. Pero necesito a toda persona que me apoye.

-Yo la haré -dijo él con todo el corazón.

Después de todo ...¿acaso no tenía aún una misión por terminar?

-No eres un hombre común, Malcolm -dijo ella-. El reino que vamos a construir necesitará un rey.

El la besó.

Ella le respondió.

-Ven conmigo -dijo ella a su oído-. Más allá de todo.

*  *  *

El sol declinaba. Los botes de pesca volvían desde un oeste en donde las aguas brillaban con resplandores amarillentos. De las cabañas se elevaba humo, y la hechicera y sus acólitos se dirigían a ofrecer las oblaciones del atardecer en el bosquecillo. A través de los pastizales se oían resonar los tambores con los que los hombres del Hacha de Guerra despedían a su dios que se acostaba.

Storm se agitó.

-Es mejor que te vayas ahora -suspiró-. Lo siento, pero necesito dormir. Y el ser una diosa ocupa la mayor parte de mi tiempo. Pero volverás a venir, ¿no es así? Por favor.

-En cualquier momento que quieras -contestó él con voz ronca.

Caminó entre la oscuridad del atardecer. Su interior estaba en paz.

Más allá de la Casa Grande encontró a los Tenil Orugaray enfrascados en sus tareas cotidianas. Los niños seguían todavía correteando entre las casas, los hombres charlaban, y a través de las aberturas de las chozas vio como las mujeres tejían, cosían cocinaban y moldeaban cerámica. Su paso dejaba tras de sí un rastro de silencio.

Entró en la choza quo había sido de Echegon. Aquí podía quedarse.

La familia estaba sentada alrededor del fuego. Se alzaron e hicieron un signo de devoción, en una forma q que les había sido desconocida hasta hacía poco. Sólo para Auri continuaba siendo un ser humano. Se acercó a él y le dijo, tartamudearte:

-Has estado mucho tiempo con la Diosa.

-Tenía que estarlo -le contestó él.

-Hablarás con ella a nuestro favor, ¿no es así? -le aplicó-. Ella no debe saber cuán malvados son.

-¿Quienes?

-Aquellos -que Ella hizo venir. ¡Oh, Lince, lo que he oído! Cómo apacientan a sus animales en nuestros cultivos, y violan a nuestras mujeres, y se burlan de nosotros en nuestro propio país. Atacaron a nuestros vecinos, ¿lo sabías?, a la gente de Ulara y Faono, nuestros queridos hermanos de sangre, y esta noche son. esclavos en su campamento. ¡Díselo a Ella Lince!

-Lo haré si puedo -dijo impacientemente. Deseaba estar sólo con sus recuerdos por un tiempo-. Pero lo que debe ser, será. Ahora, ¿puedes darme algo para comer, y luego un rincón tranquilo? Tengo mucho en qué pensar.

## *XV*

Como en cualquier otra guerra de las que había conocido Lockridge, ésta obligaba a que la mayor parte del esfuerzo se dedicase a la poca espectacular necesidad de organizar las cosas. El tener menos gente de la necesaria era también familiar. Con. sus agentes dispersos a lo largo y ancho de la historia, los contendientes del tiempo estaban extraordinariamente faltos de fuerza, Storm Darroway estaba aún peor: prácticamente sola.

Ella admitía que los celos políticos no eran la única razón de que no tuviese el apoyo de sus correligionarios. Su esquema era radical, y llevaba consigo el cancelar el considerable esfuerzo que se había dedicado a las viejas civilizaciones de otras partes, que de cualquier forma estaban destinadas a desaparecer. Algunas de las reinas de los Guardianes habían sido sinceras cuando le habían informado que tenía que demostrar las ventajas de su plan antes de que la ayudasen. Porque el hecho real era que parecía que la guerra del tiempo dejase atrás la Europa del norte en la edad del bronce. No se sabía que ni los Guardianes ni los Batidores hubiesen llevado a cabo operaciones significativas en ese lapso de un millar de años y un millar de kilómetros del espacio-tiempo.

-Pero, hey, ¿acaso esto no prueba que estás equivocada? -comentó Lockridge.

-No -dijo Storm-. Podría también significar que he tenido éxito. Recuerda: debido a los centinelas del corredor, en mi propia edad desconocemos nuestro futuro, No podemos anticipar lo que vamos a hacer a continuación. Aún los mismos círculos de causa y efecto como el que usamos para atrapar a Brann son raros, debido al factor de incertidumbre de los portales.

-Seguro, seguro. Pero escucha, querida: seguramente podrás investigar una época pasada como es ésta, y averiguar si hay alguno de tus hombres en ella.

-¿Qué es lo que veremos, acaso si su trabajo marcha sobre ruedas? No, nada más que a los nativos efectuando sus quehaceres cotidianos. Cuando los agentes de los Guardianes se esconden de los Batidores, al mismo tiempo resultan difíciles de hallar incluso para otros Guardianes.

-Eh... creo que tienes razón. Es el problema de la seguridad. No puedes dejar que tus seguidores sepan más de lo necesario, o el enemigo acabará por enterarse.

-Además -dijo Storm altaneramente- este es mi teatro de operaciones. Emplearé a mi propia gente, de la manera en que me parezca. El poder que obtenga, no lo usaré sólo contra los Batidores. No, tengo que arreglar algunas cuentas también en mi propia casa.

-Algunas veces me asustas -dijo él.

Ella sonrió.

-¿Y otras veces? -musitó.

-Otras veces es todo lo contrario.

Pero no podían, permanecer mucho tiempo juntos. Había demasiadas cosas que hacer.

Storm debía permanecer en Avildaro, como diosa y juez, tomando decisiones y promulgando leyes, hasta que la nación que estaba creando hubiese tomado la forma que deseaba. Hu debía ser su lazo de unión con su tiempo y con Creta. Los soldados ordinarios sólo servían como correos o centinelas. Debido a esto, y como en esta época no servían ni para eso, los soldados que les habían custodiado habían sido devueltos a su época. No podían sacarse agentes entrenados de otros ámbitos. Y desesperadamente necesitaba un hombre hábil para trabajar con las tribus.

*  *  *

Lockridge partió en misión. Withucar y algunos guerreros le acompañaban. Había llegado a hacerse bastante amigo del pelirrojo Yuthoaz.

El objetivo de esta misión era el unir al pueblo del Labris y al pueblo del Hacha en una sola entidad. Era seguro de que esto iba a suceder. Jutlandia llegaría a la historia como una nación unificada, y aún después del siglo de Lockridge permanecería identificable por sí misma, al igual que otras muchas regiones. La pregunta era si la incursión indoeuropea que los Batidores habían organizado para destruir la vieja cultura lograría su objetivo, o bien si sobreviviría gran parte del espíritu de los constructores de megalitos, por muy ocultos que quedasen, de tal forma que los Guardianes pudiesen, secretamente pero con seguridad, contar con el norte de la edad de bronce. Los informes del próximo milenio indicaban que tal vez ocurriera la segunda posibilidad, y ,que el siguiente movimiento de los Batidores fuera el de retirarse de esa parte del mundo.

Pero la fundación de esos reinos debía ser lenta, tanto por la falta de agentes como porque los acontecimientos  debían parecer naturales. En realidad, *debían* ser naturales: un imperio construido sin fundamento, como los de Alejandro o Tamerlan, tenían una existencia demasiado corta para ser valioso. El primer paso sería el llevar a los habitantes de los pueblecitos de las orillas del Limfjord a una unión más apretada y exigente que cualquiera que hubiera conocido antes. Para obtener esto, Storm tenía la ventaja de la veneración que provocaba su propia presencia, y la potencia de sus aliados, los Yuthoaz, en aquellas ocasiones en que fuese necesaria la fuerza. Al mismo tiempo tendría que aliarse con las tribus del interior, tanto las aborígenes como las recién llegadas.

Envió a Lockridge en la primera de tales misiones.

El habría preferido ir a caballo, pero esos descuidados ponis de cabeza alargada no habían sido nunca montados, y llevaría demasiado tiempo el domar uno. Así que caminó. Cuando se acercaban a un poblado, él y Withucar se montaban en sus carros, apretaban los dientes para soportar el traqueteo, y llegaban con lo que en esta parte pasaba por dignidad.

En general, a pesar de lo que vino después, Lockridge debía admitir que pocas veces se había divertido tanto. Su diversión preferida había sido siempre el Hacer excursiones por el campo; ahora lo podía hacer mientras los soldados de Withucar llevaban toda la carga. Cuando entraban en contacto con cualquier gente, eran recibidos hospitalariamente, y él veía fascinado los detalles que no estaban grabados en su diaglosa, la cual, por otra parte, había

dejado gradualmente de necesitar a medida que el uso continuo había impreso en su memoria natural el idioma y las costumbres.

En los campamentos del pueblo del Hacha de Guerra tras el ceremonial, seguía un banquete. Por su parte los antiguos pueblecitos, agrícolas se habían mostrado un poco cohibidos al principio; sin embargo no habían sentido miedo, pues no habían tenido muchos choques con los recién llegados, debido a que había mucho terreno y estaba muy poco poblado. En estos poblados, se iniciaba el contacto con rituales elaborados, pero lo más posible era que terminase con una celebración que habría hecho enarcarse muchas cejas del siglo veinte.

El mensaje que llevaba Lockridge era simple. La verdadera diosa se había establecido en Avildaro. Ella no era como aseguraban algunos, la enemiga del Sol y el Fuego; por el contrario, Ella era la Madre, Esposa e Hija de los dioses masculinos. Los Poderes deseaban que sus hijos se uniesen al igual que lo estaban Ellos.

Para llegar a este fin, celebración en Avildaro, hacia mediados del invierno, el primero de una serie de congresos, en las que discutirían las formas y los medios que serían usados, Todos los jefe eran invitados.

Lockridge no añadía «de lo contrario...», pues esto había sido al mismo tiempo antagónico e innecesario.

Algunas de las cosas que vio y oyó le repelieron. Pero ya lo arreglaremos, se prometió a sí mismo. Por lo general, disfrutaba con las gentes. Ni siquiera podía decir que fuesen menos sofisticados que los de su propia época. Aunque fuera en una manera tenue, tenían unos amplios contactos: en el caso de las tribus del Hacha de Guerra, llegaban tan lejos como hasta la Rusia del sur. Su política era casi tan complicada como la del siglo XX, aunque en una escala más pequeña y sin influencias ideológicas. Sus costumbres eran mucho más sutiles, y si bien eran ignorantes en física, geografía, o historia o esa seudociencia llamada economía, poseían una gran sabiduría en lo referente a la tierra, el cielo y el género humano.

*  *  *

Su camino le llevó sobre terrenos más fértiles de los que había visto en el futuro; hacia el norte, hasta los rompientes y los anchos meandros del Skaw; hacia el sur de nuevo a lo largo del Limfjord. Era un pequeño comienzo y, sin embargo, había necesitado casi un mes. Los brezos florecían en púrpura y oro, y el amanecer iluminaba el rocío en las hojas que habían comenzado a colorearse, antes de que llegase a Avildaro de nuevo. El grupo de Lockridge había sido visto desde lejos. Atravesó el campamento de los Yuthoaz entre vítores, llegando a la tierra de nadie que había entre éste y el poblado. Ningún Tenil Orugaray había salido a recibirle.

Excepto Auri. Llegó jubilosa, gritando su nombre una y otra vez. El hizo detenerse a su conductor, la levantó del suelo y la abrazó.

-Sí, pequeña, estoy bien. No tuvimos problemas. Naturalmente me alegro de verte, pero lo primero que tengo que hacer es contarle mi viaje a la Diosa...

Le hubiera gustado llevarla consigo, pero el carro escasamente tenía cabida para dos ocupantes. Ella bailó a su alrededor durante todo el camino.

Al llegar a la Casa Grande, la preocupación ensombreció su rostro.

-Te esperaré en mi casa, Lince -dijo; y se apresuró a marcharse.

Withucar la miró alejarse y se frotó la barba.

-Un buen. trozo de carne, ¿eh? -comentó--. ¿Como será *íntimamente?*

-Es virgen todavía -contestó secamente Lockridge.

-¿Eh? -desmontando, el Yuthoaz se asombró-. No puede ser. Es imposible tal cosa entre el Pueblo del Mar.

Lockridge se lo explicó.

-Bueno... -murmuró el jefe-. Bueno, bueno. Ya me había gustado desde un principio, pero había supuesto que te pertenecía. Siempre que le es posible va tras de ti.

-Somos amigos -dijo Lockridge con creciente irritación-. Si fuera un hombre, seríamos hermanos de sangre. Cualquier daño que se le haga se me hace a mí, y tomaré venganza.

-Oh, sí, sí. De todas maneras, no desearás que permanezca siempre célibe, ¿verdad?

Lockridge no pudo hacer otra cosa que agitar la cabeza negativamente.

-Y además es la heredera del antiguo jefe de aquí, y dices que la maldición ya no pesa sobre ella... humm.

Bueno, pensó Lockridge, con una rara sensación de abatimiento, tal vez esta fuera la mejor solución a sus problemas.

Sin embargo, no pudo seguir pensando en ella. Storm esperaba.

En presencia de Withucar, le recibió ceremoniosamente, pareciendo que sólo escuchaba su informe a medias. Rápidamente, le ordenó retirarse; sin, embargo, le sonrió y le dijo una frase en inglés:

-Esta noche...

*  *  *

Tras esto, y acostumbrado a la fácil camaradería de las últimas semanas, no deseaba pasar el .día entre los Tenil Orugaray. Habían cambiado, de ser las alegres gentes que había conocido antes, a ser los tristones y asombrados habitantes de un país ocupado. Entre él y ellos se había abierto un abismo. El era el agente de la Diosa, y ella le había escogido para revelarle algunos de sus más terribles aspectos.

Podría haber ido a visitar a los Yuthoaz, pero no, pues vería a sus esclavos. ¿Auri? Bueno, sus relaciones habían llegado a ser dificultosas. Comenzó a pasear solitario.

El estanque sagrado en el lindero del bosque tal vez no estuviera demasiado frío como para impedir que se bañase, quitándose toda la suciedad acumulada en su viaje. Debería haber estado alegre, pero algo se había agriado. Lo fue considerando por el camino. La unificación pacífica de las dos razas era una buena meta, seguro, y los hombres del Hacha de Guerra no eran malos por naturaleza; simplemente demasiado impulsivos, como si fueran niños malcriados. Sí, era eso: necesitaban que alguien les diese una buena lección.

El progreso, pensó tristemente Lockridge. ¿Acaso el hombre será algo diferente dentro de cuatro mil años?

Tal vez las gentes de la época de John y Mary no tuvieron que recibir lecciones para tratar bien, a un extraño. ¿Pero cómo ir desde aquí hasta allí?

Tal vez esta fuera su misión. Hacer algo que acercara la consecución de este fin.

¿Pero cómo? Los Yuthoaz sabían perfectamente bien que habrían derrotado a los Tenil Orugaray si los dioses no hubieran intervenido. Y estaban. ahora aquí, por invitación de

Storm, porque eran mejores guerreros. Está bien el convocar un congreso y nombrar un rey, pero ¿cómo escaparse de crear un reino en el que haya dueños y siervos?

¿Acaso Storm ni tan siquiera deseaba evitarlo?

¡Basta!, se dijo. Deja de pensar en esto.

Había estado tan absorto en sus pensamientos, que casi se metió en el estanque antes de darse cuenta de donde estaba. Y ellos, siete jóvenes y una muchacha del pueblo, estaban tan enfrascados en lo que hacían que no le vieron llegar.

Ella estaba tendida en el promontorio desde el que se lanzaban las ofrendas. Mientras sus compañeros la rodeaban con muérdago en las manos, el séptimo hombre alzaba un afilado cuchillo de pedernal sobre su pecho.

-¡Qué infiernos pasa! -gritó Lockridge.

Se lanzó hacia ellos, que se dispersaron precipitadamente al verle llegar. Cuando vieron quien era, el miedo los convirtió en algo infrahumano; se arrastraron por tierra, mientras la muchacha salía del trance en. que estaba sumida.

Lockridge logró controlar su estómago y dijo, con voz más autoritaria:

-¡En el nombre de Ella! ¡Os ordeno que confeséis vuestras acciones!

Así se enteró, entre ruegos y llantos. Algunos de los detalles no fueron mencionados, pero él mismo podía añadirlos.

«Diosa» no era una buena traducción para el nombre con el que denominaban a Ella en esta cultura. La palabra japonesa «cami» se le aproximaba más: Comprendía cualquier ser sobrenatural, desde esa roca ante la que se hallaban hasta el árbol al que uno pide perdón antes de talarlo incluyendo a los vastos y vagos Poderes que dominaban los elementos, que los dominaban pero no los controlaban. No existía una teología formal, no existía separación entre lo mágico y lo divino, todas las cosas tenían un cierto poder místico.

Los Tenil Orugaray habían visto sus tierras invadidas por deseo de Ella. Podrían haber escapado a Flandes o Inglaterra, como algunos ya habían hecho, pero el instinto del terruño estaba tan profundamente inculcado en su interior que solo impedía. En vez de esto, trataban de levantar a los poderes en contra de Ella. Habían oído relatos de los sacrificios humanos entre los pueblos del interior, y sabían que estos pueblos todavía eran libres, así que...

-Iros a casa -dijo Lockridge-. No os deseo ningún mal. No le diré a Ella nada de esto. Vendrán tiempos mejores, os lo prometo.

Se alejaron arrastrándose; cuando hubieron llegado a una cierta distancia, se levantaron y echaron a correr. Lockridge se echó al estanque y comenzó a lavarse furiosamente.

* * *

No volvió hasta después de la puesta del sol. El tiempo había empeorado. Una masa de nubes había llegado del Mar, trayendo frío y anticipando la oscuridad. No había nadie por las callejuelas del poblado, y las cabañas estaban cerradas por puertas de cuero.

Cualesquiera que sean sus sentimientos, un hombre tiene que comer, y Lockridge se dirigió a la casa que había sido de Echegon. Entró y se hizo el silencio. El humo le molestaba en los ojos, las sombras llenaban los rincones y se amontonaban alrededor de la vacilante luz del hogar.

La familia de Auri estaba sentada como esperándole.

-¿Dónde está Auri? -preguntó Lockridge.

Su madre apuntó hacia un, camastro; su cabello aparecía entre una manta de piel de ciervo.

-Se quedó agotada de tanto llorar. ¿Debo despertarla?

-No -Lockridge paseó su mirada por los rostros de los reunidos-. ¿Qué es lo que ocurre?

-Seguramente ya debe usted saberlo -dijo su madre, sin siquiera acusarle.

-No lo sé -dijo, atragantándose-. ¡Dígamelo! Deseo ayudar.

-Esta tarde vino ese jefe de los Yuthoaz llamado Withucar, y pidió que ella fuera su... ¿cuál es la palabra que usan?

-Esposa -dijo Lockridge. Recordó que Withucar ya tenía tres.

-Sí, que fuera tan solo de él. Una especie de esclava, que debería hacer todo lo que él ordenase. Sin embargo, bueno, usted es más sabio que nosotros y conoce a este hombre. Dijo que todos nosotros estaríamos bajo su protección. ¿Es eso verdad? Esa casa tiene una gran necesidad de tener un guardián.

Lockridge asintió. La protección tiene un, precio, pensó. Pero no lo dijo.

Auri lo rehusó -dijo su madre cansadamente-. El contestó que la Diosa le había dicho que podía tomarla. Entonces ella enloqueció, y gritó llamándole a usted. La calmamos un poco, y fuimos a la Casa Grande. La Diosa nos recibió tras una corta espera, y ordenó a Auri que se juntase con Withucar. Pero las cosas entre dos Yuthoaz se hacen de distinta forma. Esta unión no se realizará hasta que hayan tenido lugar algunos ritos. Así que la trajimos a casa. Aseguraba delirando que se mataría, o que cogería un bote ella sola, lo cual sería otra forma de matarse. Pero finalmente se quedó dormida. ¿Qué es lo que usted piensa?

-Hablaré con la Diosa -dijo Lockridge sin convicción.

-Gracias. Yo misma no sé qué es lo mejor. Con él, ella perdería su libertad, pero ¿es que acaso no hemos dejado ya de ser libres? Y la Diosa nos lo ha ordenado. Sin embargo, Auri nunca podrá pasar su vida ligada de esta forma. Tal vez usted pueda decirnos qué podríamos hacer.

-Tal vez logre que no la obliguen -dijo Lockridge-. Iré ahora mismo.

En el interior de la Casa Grande, los globos seguían brillando todavía. Storm estaba sentada, solitaria, ante el tablero de control de un psicocomputador. En este ambiente caldeado, únicamente usaba una túnica muy corta, pero él la miró sin ninguna clase de deseo. Ella se volvió, rió, y desperezó.

-¿Tan pronto, Malcolm? Bueno, ya estoy cansada de hacer extrapolaciones de tendencias. De todas maneras, los datos son casi todos figurativos.

-Escucha -comenzó él-. Tenemos que hablar.

La alegría de la mujer desapareció y quedó silenciosa.

-Estamos llevando este proyecto mal -dijo Lockridge-. Suponía que los nativos se reconciliarían con las nuevas formas de vida, pero por el contrario, mientras he estado fuera las cosas han pasado, de malas, a peores.

-Ciertamente, puedes cambiar de estado de ánimo con facilidad -dijo ella en un tomo helado-. Sé más específico. Lo que quieres decir es que la fricción entre las tribus se ha incrementado. ¿Qué esperabas? ¿Qué es lo que debo hacer, repudiar las acciones de los Yuthoaz, mis buenos aliados?

-No; simplemente, hacerles bajar los humos.

-Malcolm, querido -dijo Storm más gentilmente-. No hemos venido a crear una utopía. De todas maneras, esto es imposible. Lo que tratamos de hacer es crear una fuerza. Y esto significa favorecer a los que tienen la potencialidad de ser fuertes. Antes de que te vuelvas demasiado escrupuloso, pregúntate si los habitantes de Ewinetok desearán en realidad ser desalojados, para hacer sitio a las pruebas nucleares de tu país. Podemos tratar de Minimizar el daño que infligimos, pero aquel que rehúse causar cualquier clase de daño no tiene nada que hacer en este mundo.

Lockridge se envaró y dijo:

-De acuerdo; siempre puedes ganarme argumentando...

Storm se levantó. Su mirada era desvergonzadamente encantadora.

-Especialmente en cierta manera -dijo.

-¡No, espera, Maldita sea! -protestó Lockridge-. Tal vez tengamos que ser unos bastardos, nosotros los humanos. Pero no sin unos ciertos límites. Un hombre tiene que ser leal, por lo menos con sus amigos. Auri es amiga mía.

Storm se calló. Por un momento permaneció inmóvil, luego deslizó sus dedos por un mechón oscuro de su cabello y dijo suavemente:

-Sí, ella. Pensé que plantearías la cuestión. Sigue.

-Bueno... eh... bien, ella no quiere ser incluida en el harén de Withucar.

-¿Es él un mal hombre?

-No, pero...

-¿Quieres que continúe siendo célibe, sabiendo cuán poco natural es esto aquí?

-No, no, no.

-¿Hay algún hombre disponible para ella?

Bueno...

-A menos que te incluyas tú mismo -resopló Storm.

-¡Oh, buen Dios! -dijo Lockridge-. Ya sabes que... tú y yo...

-No te coloques demasiado alto. Pero en lo que respecta a esa hembra, si las razas han de unirse, tiene que haber uniones entre los individuos. El matrimonio es una institución demasiado fuerte entre el pueblo del Hacha de Guerra para que la abandonen; por lo tanto, el Pueblo del Mar tendrá que aceptarla. Auri es la heredera del liderato de esta comunidad; Withucar es influyente como el que más en su tribu. Tanto en la práctica como para servir de ejemplo, no podría pasar nada mejor que el que se casasen.

-Bueno, sin embargo... Quiero decir que ella se merece tener una libre elección.

-¿Quién hay para que ella elija, exceptuándote a ti, que no la deseas?

Lockridge se vio imposibilitado de seguir argumentando. Storm se le acercó y le rodeó el cuello con sus brazos.

-Creo que Auri, con su vocabulario infantil, te llama Lince. Me gustaría llamarte así yo también.

Apoyó su cabeza en el pecho del hombre.

-Déjame que yo también sea infantil, de vez en cuando, contigo.

-Oye... humnm...

La voz de un Yuthoaz gritó tras la cortina:

-¡Diosa! El Señor Hu pide permiso para entrar.

-¡Maldita sea! -murmuró Storm-. Me libraré de él tan pronto como pueda. -Y en voz alta-: ¡Dejadle entrar!

Sobrio y elegante y en su uniforme verde, Hu entró e hizo una reverencia.

-Ruego me perdones, Lucidez -dijo-. Pero acabo de llegar de una observación aérea.

Storm se puso rígida.

-Lo más probable es que no signifique nada, pero sin embargo he visto una flota considerable que se acercaba a través del mar del Flore. La nave almirante es íbera; el resto son botes de cuero. Nunca he oído hablar de una tal combinación. Proceden claramente de Inglaterra, y se acercan a Dinamarca.

-¿En esta estación?

Storm olvidó la presencia de Lockridge. Se apartó de él, y permaneció erguida bajo la frígida luz.

-Sí; esto es otra paradoja, Lucidez -dijo Hu-. No he podido detectar ninguna clase de equipo avanzado. Si es que tienen alguno, debe de ser insignificante. Pero estarán aquí en un día o dos.

-¿Será una operación de los Batidores? ¿O una simple aventura local? Estos son tiempos en los que los mismos nativos buscan nuevos horizontes. -Frunció el entrecejo-. Lo mejor será que vaya yo misma a verlo.

Tomó su cinto antigravitatorio y se lo ciñó a la cintura; una pistola de energía colgaba de su costado.

-Puedes quedarte aquí y descansar, Malcolm -dijo-. No estaré fuera mucho tiempo. -Y se marchó al lado de Hu.

* * *

Por algún tiempo, Lockridge paseó nerviosamente por la habitación. La noche era turbada por el ruido del viento, pero él se daba cuenta de un silencio más profundo en su interior. Y los dioses tan basta y amorosamente esculpidos en las columnas... ¿lo estaban mirando? Dios mío, Dios mío, pensó, ¿qué es lo que hace uno cuando no puede ayudar a alguien que le ama?

¿Qué es la verdad? Una mujer, seis mil años en el futuro, te dice que su hijo ha sido quemado vivo, pero sabe que fue por una buena causa. ¿No es así?

Lockridge se controló. Casi había atravesado el velo de oscuridad. Brann había sufrido y muerto tras él, pensó. Su estómago se contrajo. ¿Por qué seguían manteniendo esa cosa?

¿Por qué no lo había preguntado?

«Tengo que reconocer que nunca deseé hacerlo», admitió. Y pasó a través.

Este extremo de la casa no había sido reamueblado. El suelo era de polvo, los asientos estaban cubiertos con pieles polvorientas. Un globo iluminaba la sección, en todos los rincones se agazapaban las sombras, la barrera oscura también cortaba los sonidos. No se oía el viento. Lockridge se encontró en medio de un silencio absoluto.

Lo que había en la mesa, unido por cables a la máquina, se agitó y gimió.

-¡No! -chilló Lockridge. Y salió huyendo.

Hasta mucho después no logró encontrar el valor necesario para cesar de sollozar y regresar. No podía hacer otra cosa. Brann, que había luchado lo mejor que había sabido por su pueblo, no estaba muerto.

Ya quedaba poco de él, apenas una piel apergaminada cubriendo sus huesos con vida. El cráneo estaba perforado por electrodos, que sacudían el cerebro y grababan lo que extraían de él. Por alguna razón estimulativa, los párpados habían sido cortados y los globos oculares debían contemplar permanentemente la luz situada encima.

-No lo sabía -sollozó Lockridge.

Los labios y la lengua se movieron trabajosamente entre las ruinas del rostro. Lockridge no estaba usando la diaglosa correspondiente a la época de Brann, pero podía imaginar lo que aquel fragmento de ente estaba suplicando:

-Mátame.

Mientras que, tras aquellas cortina, Storm y él...

Lockridge adelantó una mano hacia la máquina.

-¡Alto! ¿Qué es lo que estás haciendo?

Se volvió, muy lentamente, y vio a Storm y a Hu. La pistola de energía del hombre estaba en su mano, apuntándole al estómago. La mujer dijo con urgencia:

-Deseaba evitarte esto. Lleva un cierto tiempo extraer las últimas trazas de memoria. Ya no queda mucho más que un gusano, así que no tienes por qué sentir piedad. Recuerda, él había empezado a hacerme lo mismo a mí.

-¿Acaso esto te excusa? -gritó Lockridge.

-¿Acaso Pearl Harbour excusa Hiroshima? -contestó Storm en una rápida defensa.

Por primera vez en su existencia, Lockridge dijo una obscenidad a una mujer.

-No continúes con tus exóticos razonamientos -dijo airadamente-. Sé cómo vivías en mi país... matando a mis conciudadanos. Sé que John y Mary me proporcionaron una visión honesta de la forma en que gobiernas tu propio territorio. ¿Cuántos años tienes? También he conseguido las suficientes pistas sobre esto. No podrías haber cometido todos los crímenes que has cometido excepto en centenares de años de tu propio tiempo. Por esto es por lo que te odian en tu palacio, por lo que todo el mundo desea llegar a ser Koriach, porque esta es hecha inmortal, mientras que la madre de ola ya es vieja a los cuarenta años.

-¡Cállate, no te escucharé! -chilló Storm.

-No quiero imaginarme cuántos amantes habrás tenido -escupió Lockridge-. O como me has usado a mí como a un objeto. Pero no vas a usar a Auri, ¿entiendes? Ni a su pueblo. Ni a nadie. Vete al infierno ¡al infierno del que vienes!

Hu apretó la pistola y dijo:

-Ya es suficiente.

## *XVI*

La lluvia comenzó antes del amanecer. Lockridge se despertó con el sonido que producía en el techo de la cabaña en que se encontraba, echado en el fangoso suelo. A través de las rejas que cruzaban la puerta, miró hacia los pastos en los que el ganado de los Yuthoaz se mojaba al lado de sus pastores. Bajo el continuo golpeteo del agua, una por una, las

marchitas hojas de un roble caían al suelo. No podía ver el resto del poblado desde esta choza situada en las afueras, ni .tampoco la bahía. Esto se sumaba a un aislamiento que ya era para él casi infinito.

No quería volverse a poner de nuevo su uniforme de Guardián, pero al salir de entre las pieles notó que el aire estaba demasiado húmedo y frío. «Pediré que me den un traje Orugaray, o aunque sea uno Yuthoaz -pensó-. Supongo que por lo menos eso me lo darán, espero. Antes de que... »

«¿Me hagan, qué?»

Desechó aquellos pensamientos, irritado. Habiendo logrado dormir durante unas cuantas horas, después de que lo llevaran allí, debería ser capaz ahora de mantener su sangre fría.

Sin embargo, esto era una cosa difícil de hacer, cuando todo se había desmoronado durante una sola noche. El haberse enterado de que Storm y su causa eran en realidad... Bueno, ya había tenido antes las suficientes pistas, pero simplemente había desechado su obligación de recapacitar sobre ellas, hasta que la vista de Brann había roto el dogal que ella le había colocado. Y el saber de lo que haría de esta gente, de la que se había encariñado tanto... Esto le hería profundamente...

Pobre Auri, pensó en su soledad. Pobre Withucar.

El recuerdo de la muchacha curiosamente, le reconfortaba. Tal vez pudiera aún hacer algo por ella, aunque no por nadie más. Tal vez ella pudiese embarcar en aquella flota que se dirigía hacia allá, que evidentemente era el resultado de una aventura conjunta iberobritánica, a juzgar por algunos comentarios que se habían cruzado entre Storm y Hu mientras supervisaban la preparación de un calabozo para él. Tanto el tamaño como la composición eran únicos, pero no obstante parecía ser que grandes acontecimientos estaban ocurriendo en Inglaterra en esos días, de los cuales la fundación de Stonehenge tal vez fuera una consecuencia. Storm estaba demasiado preocupada para ocuparse de aquello. Simplemente se contentaba con, saber que nadie a bordo, como había visto a través de unos prismáticos de infrarrojos, era gente del futuro, lo cual había podido comprobar por sus arcaicos rasgos faciales. Naturalmente, en este tiempo, la flota se pondría al pairo, y no llegaría por lo menos en un día más. Tal vez ya no viviese, entonces, pero sin embargo quizás pudiera encontrar algún método para sugerir a Auri la idea de escapar.

El tener un motivo le animó un tanto. Se dirigió a la entrada y sacó el rostro entre los maderos entrelazados, bajo la lluvia. Cuatro Yuthoaz montaban guardia, arropados en capas de piel. Se apartaron. de él, alzaron sus armas e hicieron signos contra los hechizos.

-Buenos días, amigos -dijo Lockridge. Storm le había permitido conservar las diaglosas-. Deseo pediros un favor.

El jefe de la patrulla se armó del valor suficiente para replicar.

-¿Qué es lo que podemos hacer por uno que ha caído bajo las iras de Ella, excepto vigilarle como se nos ordenó?

-Pueden llevar un mensaje por mí. Sólo deseo ver a un amigo.

-No se permite a nadie acercarse aquí. Ella misma lo ordenó. Ya hemos tenido que hacer alejarse a una muchacha.

Lockridge apretó los dientes. Naturalmente, Auri habría oído las noticias. Muchos ojos asustados lo habían visto pasar, la noche anterior, a la luz de las antorchas, entre las lanzas de los Yuthoaz.

-Bueno -dijo-. Entonces quiero ver a la Diosa.

-¡Ja, ja! -rió el guerrero-. ¿Quieres que le digamos a ella que venga *porque tú lo dices?*

-Puedes decirle, con respeto, que ruego me conceda audiencia; ¿no es así? Cuando te llegue el relevo, si es que no lo puedes hacer antes.

-¿Por qué deberíamos hacerlo? Ella sabe lo que quiere hacer.

Lockridge lanzó un bufido y dijo:

-Escucha, cerdo, tal vez esté en dificultades, pero no he perdido todos mis poderes. Harás lo que digo, o haré que la carne se te pudra sobre tus huesos. Entonces tendrás que rogar a la Diosa que te ayude.

Temblaron Lockridge vio en ello una anticipación de la clase de reino que Storm edificaría.

-¡Ve! -dijo-. Y de paso tráeme algo de comer.

-No me atrevo. Ninguno de nosotros nos atrevemos a apartarnos de aquí antes de que se nos permita hacerlo. Pero espera.

El jefe del grupo sacó un, cuerno de bajo su manto, y lo tocó. Una tristona nota sonó entre la lluvia. Rápidamente llegó un grupo de jóvenes, con las hachas en la mano, para averiguar qué es lo que ocurría. El líder los envió a cumplir los encargos de Lockridge.

*  *  *

Era un triunfo sin importancia, pero sin embargo le hizo sentirse mejor. Atacó el pan duro y el cerdo asado con un apetito insospechado. «Tal vez Storm logre acabar conmigo -pensó-,pero necesitará para ello usar la máquina de la mente.»

Ni siquiera se sorprendió cuando ella llegó, un par de horas después. Lo que sí le asombró fue la forma en que su corazón se sobresaltaba todavía ante su presencia. Se acercó ataviada con su ropa ceremonial, alta, sutil y extraordinariamente bella. En su mano sostenía el báculo de hechicera, y a sus espaldas le seguían una docena de Yuthoaz, entre los que Lockridge pudo distinguir a Withucar. De su cinto surgía un invisible escudo de energía sobre el que resbalaba el agua, de forma que estaba envuelta en un torrente plateado, cual una ninfa de las aguas o una reina del mar.

Se detuvo ante la choza y lo miró con ojos que más bien reflejaban pena.

-Bien, Malcolm -dijo en inglés-. Me he dado cuenta de que debo acudir cuando tú me llamas.

-Por mi parte, me temo que nunca más iré cuando me silbes, querida -dijo Lockridge-. Lo siento; me sentía orgulloso de pertenecerte.

-¿Y ya no te sientes así?

El agitó su cabeza.

-Me gustaría, pero ya no puede ser.

-Ya lo sé. Eres esa clase de hombre. Si no lo fueras, esto me causaría menos dolor.

-¿Qué es lo que vas a hacer? ¿Fusilarme?

-Estoy tratando de encontrar otra cosa. No sabes cuán intensamente estoy tratando.

-Escucha -dijo él con una esperanza loca, dulce y condenada desde un principio-. Puedes abandonar este proyecto. Abandonar por completo la guerra del tiempo. ¿No puedes hacerlo?

-No -su orgullo era sombrío-. Soy la Koriach.

No tenía respuesta a esto. La lluvia seguía cayendo a su alrededor.

Hu deseaba matarte en aquel mismo momento -dijo Storm-. Eres el instrumento del destino, y si te has convertido en nuestro enemigo, ¿cómo nos atreveríamos a dejarte vivir? Pero yo le repliqué que tal vez

tu muerte fuera el mismo acontecimiento que es necesario que causes... ¿Quién puede determinarlo?

Su resolución la abandonó, y permaneció aislada entre las cortinas de lluvia.

-No lo sabemos. Yo pensé, y con cuánta alegría lo pensé, cuando volviste a mí, que eras la espada de mi victoria. Ahora ya no sé lo que eres. Cualquier cosa que haga puede traerme el desastre, o el éxito, ¿quién puede decirlo? Solamente sé que eres el destino y que deseo sobremanera salvarte. ¿Me dejarás que lo haga?

Lockridge miró en lo más profundo de sus hechizados ojos verdes y dijo, con una gran piedad:

-Estaban en lo cierto en el lejano futuro. El destino nos convierte en esclavos. Eres demasiado buena para eso, Storm. Mejor dicho, tal vez no seas buena, ni quizás seas mala; de cualquier forma no eres nada humano. Sin embargo, no es bueno que esto te ocurra.

¿Vio lágrimas a través de la lluvia? No podía estar seguro. Su voz, por lo menos, no se alteró

-Si decido que tienes que morir, esto sucederá rápidamente y de una forma limpia, a mis manos; y serás enterrado en el dolmen del portal, con los honores de un guerrero. Pero ruego porque no haya necesidad de esto.

El luchó contra un embrujo más antiguo y más potente que cualquier poder que le hubiera dado su distorsionado mundo, y dijo:

-Mientras espero, ¿puedo decir adiós a algunos amigos?

Entonces saltó la ira. Ella golpeó con el báculo en el barro y gritó:

-¿Auri? ¡No! ¡Verás casarse a Auri mañana, en el campamento. Te hablaré luego y podré así ver si eres un idiota tan grande como pareces ser por tus actos.

Dio la vuelta, entre un remolino de vestiduras, y se alejó.

Su escolta la siguió. Withucar se quedó allí. Un centinela trató de detenerle, pero él lo apartó y, llegando hasta la puerta, extendió la mano.

-Todavía eres mi hermano, Malcolm -dijo-. Hablaré en tu favor ante Ella.

Lockridge aceptó el apretón.

-Gracias -murmuró. Se sintió emocionado-. Una cosa puedes hacer por mí. Sé amable con Auri. ¿Lo harás? Deja que continúe siendo una mujer libre.

-Tanto como me sea posible. Le pondremos tu nombre a uno de nuestros hijos, y sacrificaremos ante tu tumba, si las cosas llegaran hasta este extremo. Pero espero que no suceda así. La fortuna te acompaña, amigo.

El Yuthoaz partió. Lockridge se sentó y contempló cómo llovía. Sus pensamientos eran complejos, y nada más le concernían que a él. Finalmente, el cansancio la venció y se quedó dormido.

*  *  *

Sus sueños eran extraños. Cuando emergió de ellos, centímetro a centímetro, no supo por un momento que lo estaba haciendo.

Lo real y lo irreal se entrelazaban. Era un náufrago en un oscuro océano tormentoso; Auri pasó al lado suyo, gritando el nombre de su madre. Un cuerno llamó a una jauría, se sumergió en las profundidades verdes y oyó el batir del hierro al ser forjado; luchó por volver a donde ardían los rayos, el trueno lo agitó, y... Y la choza estaba llena de oscuridad. El atardecer se filtraba a través de la niebla; los hombres gritaban, y las armas entrechocaban.

¡No era un sueño!

Se tambaleó desde su lecho hasta la puerta, agitó los barrotes y gritó:

-¿Qué está pasando? ¿Dónde está todo el mundo? ¡Dejadme salir, malditos seáis! ¡Storm!

En la grisácea oscuridad resonaban temblores. Una voz de Yuthoaz rugía, el ruido de los cascos de unos caballos pasó por su lado, las ruedas golpeaban el suelo y los ejes chirriaban. Por todas partes, locamente, los hombres se llamaban ,los unos a los otros. A lo lejos, una mujer aullaba entre un creciente ruido de golpear de piedras. Y de metal, de bronce .que había sido desenfundado. También oyó el siniestro silbido de una flecha.

Y se movieron figuras, vagas en el neblinoso atardecer: sus guardias.

-Alguien ataca desde la costa -le dijo secamente el jefe.

-¿Por qué esperamos, Hrano? -gritó otro-. ¡Nuestro lugar está en la lucha!

-¡Quédate donde estás! Nuestro lugar está aquí, hasta que Ella nos diga lo, contrario. -Se oyó ruido de pisadas-. ¡Hey, vosotros! ¿Quién nos ataca? ¿Cómo va la batalla?

-Hombres del mar -jadeó una voz-. Se dirigen directamente hacia nuestro campamento. ¡Reuníos con vuestros compañeros! ¡Yo me voy con mi jefe!

Piratas, pensó Lockridge. Debe ser esa flota que vieron los Guardianes. Sólo pueden ser ellos; después de todo, no se pusieron al pairo. En lugar de esto, debieron haber remado día y noche y esta niebla les habrá dado cobertura para tomar tierra en la playa. Sí, seguro. Algún navegante errante del Mediterráneo ha logrado juntar un grupo de hombres de varias tribus. Inglaterra es demasiado dura según he oído, les habrá dicho; pero al otro lado del mar del Norte podremos obtener botín.

No. ¿Qué era lo que podrían hacer cuando Storm y Hu comenzasen a disparar contra ellos?

Pero bueno, esto era probablemente lo mejor. Avildaro ya había sufrido bastante sin que necesitase ser saqueado, sin que Auri fuese capturada y esclavizada. Lockridge agarró los barrotes y esperó la erupción de pánico que surgiría cuando los extranjeros se diesen cuenta de que estaban peleando con la Diosa.

Una figura surgió de entre la niebla. Un hombre rubio y alto, con ojos de furia. El jefe de los Yuthoaz le hizo signos de que se alejase.

-¡Por los Maruts, tú, gallina Orugaray! -ordenó-. ¡Vuélvete por donde has venido!

El hombre le clavó un arpón. El líder se apretó su estómago perforado, lanzó un estrangulado gemido y se desplomó sobre sus rodillas.

Otro guardián dio un alarido; su hacha se alzó a lo alto. Un segundo habitante del poblado surgió tras él, lanzó una cuerda alrededor de su cuello, y apretó con sus dos grandes manos de marino. El tercer centinela cayó también, con la cabeza abierta por una hacha de leñador.

-Ya hemos acabado con ellos, muchacha -gritó el hombre alto. Se dirigió hacia la puerta. Había suficiente luz como para que Lockridge viese las gotitas de agua que cubrían su barba y reconociese a un hijo de Echegon. Conocía a alguno de los demás por su nombre, entre aquella media docena que esperaban impacientes más allá, y al resto los había visto por -la aldea.

Dos de ellos habían sido cómplices en la tentativa de sacrificio humano del día anterior. Ahora, se erguían como hombres.

El hijo de Echegon sacó un cuchillo de pedernal y cortó los nudos que ataban las ramas.

-Te sacaremos pronto -dijo-, si nadie nos ve.

-¿Qué...? -Lockridge estaba demasiado atontado como para hacer otra cosa que escuchar.

-Nos vamos de aquí. Auri estuvo atareada todo el día, rogando a todos los que creyó que podían ser de confianza que te ayudasen. No nos atrevimos al principio, sino que nos quedamos en su casa y le contamos nuestros temores. Y entonces llegaron esos extranjeros, como si fueran un signo de los dioses, y ella nos recordó los poderes que había obtenido en el mundo inferior. Así que dejaremos que la lucha dure un poco más y emprenderemos el camino. Este no es un buen lugar para seguir viviendo. -El hombre observó ansiosamente a Lockridge-. Hacemos esto porque Auri nos juró que tienes el suficiente poder como para protegernos de las iras de la Diosa, y ella debe de saberlo. Pero, ¿tiene razón?

Antes de que Lockridge pudiera replicar, Auri llegó, llamándole con un tembloroso murmullo. Ella misma también, temblaba, bajo el manto mojado de su cabello. Pero llevaba una pequeña lanza, y se dio cuenta de que verdaderamente ya era una mujer.

-Lince, tú puedes llevarnos lejos de aquí con seguridad, sé que puedes hacerlo. Dinos que serás nuestro jefe.

La batalla que se aproximaba no era más ruidosa ni más violenta que el pulso de Lockridge.

-No me lo merezco -dijo-. No me merezco tu persona.

Pero sin pensarlo, había hablado en inglés. Ella se irguió y dijo a los demás con voz de una reina:

-Está pronunciando un encantamiento por nosotros. El nos llevará a donde él crea que es mejor.

Las ligaduras se rompieron. Lockridge pasó dificultosamente entre dos postes. La niebla se arremolinaba a su alrededor. Estaba demasiado cansado para tratar de imaginar dónde se estaba llevando a cabo el combate. Parecía extenderse por un amplio frente, moviéndose hacia el interior. Así que la costa de la bahía debería estar ahora desierta.

-Por aquí -dijo.

Se acercaron para estar bajo su protección. Un cierto número de mujeres estaban con ellos, con, niños a su alrededor o en los brazos. Cualquiera que se expone a tales peligros para ser libre se merece cualquier cosa que yo le pueda ofrecer, pensó.

Pero había una cosa más que tenía que hacer.

-Tengo un deber que cumplir en la Casa Grande -dijo.

-¡Lince! -Auri cogió su brazo, atemorizada-. ¡No puedes hacerlo!

-Id hacia los botes -dijo él-. Aseguraos de que tenéis pellejos de agua y los útiles para cazar y pescar a bordo. Para cuando estéis dispuestos a partir ya me habré unido a vosotros. Si no lo he hecho, partid sin mi...

-¿Vas a ir al hogar de Ella? -se estremeció el hijo de Echegon-. ¿Qué es lo que tienes que hacer allí?

-Algo que... Bueno, no tendremos suerte si no lo hago.

-Yo también vengo -dijo Auri.

-No -la detuvo y la besó, un breve roce apenas, con unos labios que sabían a sal. Aún entonces percibió el aroma de su cabello y el calor de su cuerpo-. A cualquier otro sitio, si quieres. Pero no allí. Ve a guardarme un sitio en el bote.

Echó a correr antes de que ella pudiese decir nada más.

La Casa Grande estaba desguarnecida, como había esperado. Aunque si Storm o Hu estaban todavía dentro... No tenía otra opción que cruzar el umbral.

La estancia estaba vacía.

Corrió entre las máquinas y los objetos. Al llegar a la cortina de oscuridad, casi se detuvo. afilo -se dijo a sí mismo-; no debes hacerlo». Sin embargo, la atravesó. La agonía de Brann ascendió hasta él. Se colocó la diaglosa correspondiente al terrible futuro en su oído, se inclinó y dijo:

-Voy a dejarte morir, si así lo deseas.

-Te lo ruego -le contestó la voz de la momia.

Lockridge retrocedió. Storm le había dicho que ya no quedaba nada de razón en la mente. Pero también había mentido en esto, pensó. Y comenzó a trabajar.

Desarmado, no podía cortar el cuello del Batidor, pero tiró de los cordones y de los tubos. El cuerpo renegrido se estremeció, lanzando débiles lamentos. De las heridas no surgió mucha sangre.

-Yace aquí -dijo Lockridge. Acarició la frente de Brann-. No tendrás mucho que esperar. Adiós.

Salió a escape, con el aliento quemándole los pulmones.

Mientras cruzaba el velo, el ruido cayó sobre él. Alguna parte de la lucha se dirigía hacia la aldea, y se oyó el zumbido de una pistola de energía. A través del hueco de la puerta se vio una brillante luz.

«Lo siento por los piratas -pensó Lockridge-. Si no me voy de aquí inmediatamente, nunca podré hacerlo.»

Corrió por la plazuela.

Hu, el Guardián, apareció en un extremo.

-¡Koriach! -gritaba, perdido y aterrado-. ¡Koriach, ¿dónde estás?¡ Debemos permanecer juntos... Querida...

El arma que disparaba más allá, entre las cabañas, no era la que él tenía en la mano.

Su cabeza giraba de un lado para otro, buscando a su Diosa. Lockridge sabía que no se podía alejar, ni siquiera volver a entrar en la Casa Grande, antes de que lo viera. Así que saltó.

Hu le vio y aulló. La pistola giró hacia el atacante. Lockridge cayó sobre el cuerpo uniformado de verde. Cayeron al suelo, y lucharon por la posesión del arma. La presión de Hu sobre la culata no podía ser eliminada. Lockridge dejó de tratar de hacerlo y se colocó sobre la

espalda del Guardián. Se ancló con una llave de tijera, pasó un brazo por el cuello de su enemigo, y dio un tirón.

Se oyó un ruido seco, tan fuerte que logró oírlo entre el tumulto. Hu dejó de moverse. Lockridge se levantó y vio que estaba muerto.

-Lo siento -se agachó para cerrar sus ojos, antes de tomar el arma y desaparecer.

Por un instante se sintió tentado a buscar a Storm, ahora que estaba armado como ella. Pero no, era demasiado arriesgado. Uno de sus Yuthoaz podía muy bien abrirle el cráneo mientras estaba escudándose tras su pantalla de energía. Y entonces, ¿qué le ocurriría a Auri? Debía su vida a ella y a aquel puñado de sus conciudadanos que ahora estaban en la costa.

Además, no estaba seguro de que lograra atreverse a disparar contra Storm.

En la orilla, el agua brillaba. Logró distinguir un gran bote de cuero que se balanceaba como una sombra en las olas, lleno de figuras inciertas. Auri le esperaba en el borde del agua. Se dirigió corriendo hacia él, con risas y llantos al mismo tiempo. Le abrazó por un momento, y luego vadearon el agua y subieron al bote.

-¿Dónde vamos ahora? -preguntó el hijo de Echegon.

-A Iril Varay -contestó-: a Inglaterra.

Los remos se introdujeron profundamente en el agua. El timonel canturreaba el ritmo de boga como si fuera una invocación a la diosa del mar, porque Auri, que había renacido, les explicó que Storm no era una diosa, sino una bruja. Un niño lloriqueaba; una mujer sollozaba silenciosamente; un hombre levantó su lanza en un signo de adiós.

*  *  *

Se dirigieron a través de los estrechos del oeste, y Avildaro quedó atrás. Un par de kilómetros más allá, entre la oscuridad de la noche, vieron la flota atacante, Los botes de piel habían sido varados en tierra, la galera estaba fondeada al ancla. Las antorchas de unos pocos centinelas brillaban, por lo que Lockridge pudo ver la altiva curva del mascarón de proa y el codaste.

Era asombroso que esos vikingos de la edad de bronce todavía no estuviesen huyendo diezmados. Storm y Hu debían de haberse separado, naturalmente, para reunir a los confusos y dispersos Yuthoaz alrededor de sus armas llameantes. Pero entonces, por alguna razón, Hu se había encontrado solo. A pesar de esto, Storm sola podía... Bueno, esto ya quedaba atrás.

¿Pero realmente era así? Llevada por el destino ella no descansaría hasta que lo hallase y lo destruyese. Si lograra, en alguna forma, volver a su propio siglo... No, sus seguidores podrían hallar su rastro allí aún con más facilidad de lo que podrían hacer en este amplio y solitario mundo neolítico. Y más aún si se sobrecargaba con este puñado de hombres, a los que ya no podía abandonar.

Comenzó a dudar del acierto de su elección de Inglaterra. Otros constructores de megalitos ya estaban huyendo allí desde Dinamarca, lo sabía. Podía unirse a ellos, y vivir hasta el fin de sus días en el temor. Pero ésta no era una vida que ofrecer a Auri.

-Lince -murmuró la muchacha tras él-. No debería estar tan alegre, ¿no es así? Pero lo estoy.

Ella no era igual a Storm Darroway. ¿Y qué? La acercó hacia sí. Ella también era el destino, pensó. Tal vez John y Mary no habían deseado más que el que ella diese su gentil y valerosa herencia a la raza humana. El no era mucho, pero los hijos e hijas de ella tal vez lo llegasen a ser.

Se le ocurrió lo que tenía que hacer. Se quedó tanto tiempo inmóvil que Auri se asustó.

-¿Estás bien, amado mío?

-Sí -dijo. Y la besó.

Durante toda la noche, los fugitivos continuaron remando; lentamente, pero cada palada era una victoria. Al amanecer entraron en los pantanos y se escondieron para descansar. Más tarde los hombres cazaron, pescaron y llenaron los pellejos de agua.

La niebla desapareció empujada por la brisa del nordeste, y en la siguiente noche se vieron claramente las brillantes estrellas. Lockridge hizo que levantaran el mástil e izaran la vela. Al amanecer estaban en alta mar

La travesía fue fría, incómoda y peligrosa. Nadie más, que los Tenil Orugaray podrían haber capeado una tormenta como la que se encontraron en esta frágil barquichuela sobrecargada. A pesar de todas sus miserias, Lockridge estaba contento. Cuando la Koriach no le hallase, llegaría a la conclusión de que se había ahogado y dejaría de buscar.

Se preguntó si lo sentiría. ¿O tal vez sus sentimientos hacia él habían sido otra mentira?

Tras algunos días, la costa de East Anglia se elevó, vívidamente iluminada en la luz otoñal, ante ellos. Hambrientos, cansados, comidos por el viento y cubiertos de sal, vararon el bote en la playa y se hartaron del agua dulce de un arroyuelo que encontraron.

Habían pensado buscar una comunidad costera que los admitiese, pero Lockridge dijo que no. «Tengo un lugar mejor -prometió-. Deberemos ir a él a través del mundo inferior, pero allí estaremos a salvo de la bruja. ¿Preferís arrastraros como animales a caminar libres?»

-Te seguiremos, Lince -contestó el hijo de Echegon.

Siguieron su camino a través de tierra firme. No iban aprisa, llevando niños pequeños y debiendo cazar para obtener alimentos. Lockridge comenzó a preocuparse de que tal vez llegasen a su meta demasiado tarde.

Auri sentía una impaciencia distinta.

Estamos ahora en tierra, querido, y por allí crece un blando musgo.

Le sonrió cansadamente.

-No hasta que hayamos llegado, pequeña, -dijo. Luego, seriamente-. eres demasiado importante para mí.

Ella resplandeció.

Y, finalmente, atravesaron marismas heladas, hasta una isla que las tribus de los alrededores evitaban. Los nativos le habían dicho a Lockridge, una noche en la que los viajeros habían permanecido en uno de sus poblados, que estaba hechizada. Consiguió su situación exacta.

Corro había esperado, nadie guardaba aquel portal, que estaba tan cerca del momento en que había desaparecido. Organizó a los Tenil Orugaray para que buscasen el tubo de control que sabía debía estar escondido en algún punto de los alrededores. Lo hicieron hábilmente, examinando las huellas en el suelo, y poco después un muchacho encontró el objeto bajo una raíz. Lockridge les advirtió de que iba a ejercitar la magia, y abrió la tierra.

Reunieron todo su coraje y le siguieron hacia abajo, z través de la misma cortina de fuego. Se preguntó si él mismo habría sido tan valiente en su lugar.

-No tenemos por qué permanecer aquí -dijo-. Renazcamos. Unid las manos y volved al mundo conmigo.

Los llevó a través del punto opuesto del mismo portal.

La antesala, al igual que la isla, estaba vacía. Emergieron en el verano. Los marjales lucían verdes, con hojas y tallos, brillantes con el agua, clamorosos con la vida silvestre, veinticinco años antes de que él y Storm llegasen a la Dinamarca del Neolítico.

-¡Oh, que bello es esto! -suspiró Auri.

-Sois el Pueblo del Mar -dijo-. Iremos hacia ja costa y viviremos allí. Una gente como vosotros puede hacerse pronto fuerte en esta tierra. -Hizo una pausa-. En lo que a mí respecta, seré vuestro jefe, si así lo deseáis. Pero deberé viajar mucho, y tal vez tenga que pedir vuestra ayuda de vez en cuando. Las tribus de aquí son muy numerosas y muy extendidas, pero están divididas. Con el nuevo tiempo ante nosotros, viniendo desde el sur, estarán mejor cuanto más unidas se encuentren. Esta será en adelante mi tarea.

Interiormente pensó en el futuro que le esperaba, y durante un momento se entristeció. ¡Estaba perdiendo tanto! Su madre lloraría cuando no volviese nunca más, y esto era lo peor de todo; pero él mismo había abandonado su país y su pueblo, toda su civilización, el Partenón y el Puente del Golden Gate, la música, los libros, la cocina, la medicina, la visión científica, todas las cosas buenas que llegarían durante los próximos cuatro mil años, para convertirse, como mucho, en un cacique en aquella edad de piedra. El siempre estaría solo allí.

Pero esto, pensó, le señalaría como a alguien, digno de admiración y poder. Sabiendo lo que hacía, él podría realizar un gran trabajo, no como un conquistador, sino como un unificador, maestro, médico y legislador. Tal vez pudiese hasta llegar a dar el fundamento de fuerte contra el mal que Storm o que se alzase traería.

Este era su destino.

Miró a sus pocos hombres, la simiente de lo que vendría.

-¿Me ayudaréis? -preguntó.

-Sí -dijo Auri, con su voz y con su cuerpo.

## *XVII*

Y los años pasaron, hasta que de nuevo llegó un día en ¡que la lluvia se convirtió en niebla, y los guerreros del oeste -llegaron a su amparo, subiendo por el Limfjord hasta Avildaro.

Aquél al que llamaban, Lince se erguía en la proa de la galera: un hombre más viejo que la mayoría, do cabello y barba grises, pero todavía casi sin tan robusto como los cuatro altos hijos que se alzaban a sus espaldas, todos ellos armados y revestidos con corazas de brillante y de bronce. Otearon la costa, deslizándose vagamente entre la vaporosa .luz que desaparecía, hasta que el padre dijo:

-Aquí está el lugar en que debemos bajar a tierra.

La impaciencia de sus dieciséis años se notaba en el tono de Halcón, el hijo de Auri, mientras repetía la orden. Los remos dejaron de chapotear y chirriaron.

El ancla de piedra fue lanzada por encima del costado. Los hombres se agitaron a lo largo de todo el barco. Sus equipos de guerra resonaban metálicamente. Saltaron desde los bancos a la fría agua, que les cubrió hasta los hombros. Los botes de cuero de sus aliados armados con pedernal llegaron a tierra.

-Haced que permanezcan silenciosos -dijo Lince-. No debemos ser oídos.

El capitán asintió.

-No hagáis ruido, vosotros -ordenó a sus marineros, íberos como él, individuos más pequeños y delgados que los rubios habitantes de Britania; eran hombres de cabezas redondas, tez oscura y nariz aguileña, y necesitaban todo el control que se pudiese ejercer sobre ellos. Aún él, un hombre civilizado que había estado a menudo en Egipto y Creta, había tenido gran dificultad en hacerles comprender que no se trataba de un ataque pirata.

-He recogido suficientes pieles y estaño para pagar diez veces el calor de su viaje -le había dicho al capitán el jefe llamado Lince-. Todo esto será suyo si nos ayuda. Pero vamos a combatir contra una bruja que lanza rayos, aunque yo también, puedo hacer lo mismo. ¿Se asustarán mucho sus marineros? Además, no vamos a saquear, sino a libertar a nuestros hermanos. ¿Se contentarán usted y los suyos con su salario?

El capitán lo había jurado, en el nombre de Ella, a la que él adoraba al igual que estos poderosos bárbaros. Y sus juramento era honesto. Había algo en esos ojos azules que se cruzaban con los suyos que sugería una majestad no menor a la del Minos en el sur.

Bueno, pensó Lockridge; esta noche me libero del destino. Y no es que el tiempo que había pasado en Inglaterra hubiera sido malo, todo lo contrario. Había tenido una vida mejor, más dichosa y más fructífera de lo que nunca podría haber esperado. Se dirigió hacia popa. Auri se encontraba en el camarote, bajo cubierta. Sus otros hijos, tres muchachas y un chico demasiado pequeño para luchar, esperaban con ella. También había sido afortunado en este aspecto: un cierto dolmen sólo cobijaba a un pequeño cuerpo. Desde luego, los dioses la amaban.

Alta, esbelta, con el cabello que caía sobre sus ropajes cretenses tan sólo un poco menos brillante que en su juventud, miró a su hombre con únicamente una traza de lágrimas en sus ojos. Un cuarto de siglo durante el cual había tenido que ser su mano derecha, la había acostumbrado a la grandeza.

-Adiós, querido mío -dijo.

-No estaré lejos mucho tiempo. Tan pronto como hayamos triunfado podrás volver a casa.

-Tú me -diste un hogar más allá del mar. Si caes en la lucha, yo...

-Entonces, vuelve. Por ellos -acarició a los niños, una por uno-. Gobierna Westhaven como lo hicimos antes. El pueblo se alegrará -forzó una sonrisa-. Pero, de todas maneras, no me pasará nada.

-Será extraño -dijo ella lentamente- vernos a nosotros mismos pasar en nuestra juventud. Desearía que pudieses estar conmigo entonces.

-¿Te hará daño esta visión?

-No, les enviaré nuestro cariño a ese par. Y me alegraré por lo que les espera ante ellos.

Tan sólo ella había logrado comprender lo que había pasado con el tiempo. Para el resto de los Tenil Orugaray, había sido una hechicería en la cual procuraban pensar lo menos posible. Ciertamente, les había llevado a unas buenas tierras, y le estaban agradecidos, pero dejaban que Lince llevase todo el peso de la brujería. Por algo era su rey.

Lockridge y Auri se besaron, y él la dejó.

Vadeando hasta tierra, se encontró rodea-do por sus hombres. Unos cuantos habían nacido en Avildaro, niños cuando huyeron. El resto venían de la mitad de Britania.

Este había sido su trabajo. No había vuelto a la East Anglia, para que ningún rumor sobre él cruzase el mar y llegase a oídos de Storm Darroway. En lugar de esto, había llevado a

su grupo hacia esas bellas tierras que más tarde serían denominadas Cornwall. Las araron y sembraron, cazaron y pescaron, amaron y sacrificaron en la despreocupada forma de antes, pero poco a poco les había enseñado cuánto podían ganar con el comercio y la explotación de las minas de estaño. Había reclutado nuevos miembros de las inquietas tribus de los alrededores, había traído nuevas formas de vida y trabajo, hasta que Westhaven fue conocido desde Skara Brae hasta Menfis como un reino poderoso y rico. Y mientras tanto, había pactado alianzas, con los fabricantes de hachas de Lalgdale Pike, con los campesinos de a lo largo del Támesis, y hasta con los hoscos habitantes de tierras bajas, a los que había convencido de que las matanzas no eran placenteras para los dioses. Ahora, hablaban de erigir un gran templo en la llanura de Salisbury, como un signo con el que sellar su confederación. Y así había podido dejarlos, y escoger un centenar de cazadores, entre los muchos que le habían rogado acompañarle para su batalla en el este.

-Formad los rangos -ordenó-. Adelante.

Tanto los habitantes del norte como los del sur entraron en la formación, en la que les había instruido, y se movieron hacia Avildaro. Caminando a través de la húmeda oscuridad, donde únicamente el ruido de los pasos y el gemido de algunos pájaros nocturnos rompía el silencio, notó cómo se le secaba la garganta y el corazón se le aceleraba. Storm, Storm, pensó; vuelvo hacia ti.

Los veinticinco años no habían logrado borrar su imagen de su memoria. Envejecido y canoso, con las alegrías y las preocupaciones de una generación entre él y ella, todavía recordaba su cabello oscuro, sus ojos verdes, su tez ambarina, su boca que una vez había besado la suya. Paso tras paso, reluctantemente, había venido hasta aquí. El norte debía ser salvado de ella. La raza humana debía ser salvada.

Sin Brann, ella podía llevar a sus Guardianes a la victoria. Y ni los Guardianes ni los Batidores debíais prevalecer. Debían desgastarse los unos a los otros, hasta que únicamente lo que había de bueno en ambos quedase entre las ruinas de su maldad, y el mundo de John y Mary pudiese tomar forma.

Y sin embargo, él no era realmente Lince, el sabio e invencible. Era tan solo Malcolm Lockridge, que había amado a Storm Darroway. La lucha había sido difícil de ocultar a Auri, así como el hecho de que se dirigía en contra de la Koriach.

Halcón volvió de su exploración.

-He visto a poca gente en, el poblado, padre -dijo-. Ninguno de ellos parecía Yuthoaz, por lo menos según como tú los has descrito. El pueblo de los carros se agrupa alrededor de sus fogatas, y la mayoría de ellos deben de estar dormidos.

-Bien -Lockridge estaba contento de que la acción se aproximase-. Dividiremos ahora los grupos. Cada cual se dirigirá a su propia parte de los pastizales.

Los jefes se acercaron a él, y les dio instrucciones detalladas. Uno tras otro, los grupos se desvanecieron en la oscuridad, hasta que quedó él solo con un puñado de hombres. Contó sus escudos de piel de toro y las cortantes hojas de piedra. Levantó su brazo y dijo:

-La nuestra es la tarea más difícil. Vamos a encontrarnos con la misma bruja. Os vuelvo a jurar que mi magia es. tan fuerte como la de ella, pero cualquiera que tenga miedo que abandone ahora mismo la pelea.

-Durante largo tiempo nos has dirigido, y siempre has tenido razón -dijo un habitante de las colinas-. Cumpliré con mi juramento.

Un fiero murmullo de asentimiento recorrió el grupo.

-Entonces -dijo Lockridge-, seguidme.

Encontraron un camino que se dirigía hasta el bosquecillo sagrado. Cuando el combate se iniciase, Storm y sus ayudantes en la Casa Grande vendrían por aquí. Entre la niebla se elevaron gritos.

Lockridge se ocultó entre los húmedos árboles. El ruido crecía y crecía a su derecha: cuernos y relinchos de caballos, alaridos, el restallar de los arcos, el gruñido de las ruedas y el resonar de las hachas comenzaron, a llegar hasta él.

-¿Es que nunca vendrá? -murmuró su hijo Flecha.

Lockridge se sintió nervioso hasta casi perder el control. No tenía ninguna garantía de éxito. Una pistola de energía podía dispersar a una horda, y el arma que se hallaba en su mano tendría que combatir contra otras dos.

Se oyó ruido de pasos que llegaban desde Avildaro. Una docena de Yuthoaz apareció a la vista, saliendo de la niebla. Sus armas se alzaban y sus rostros reflejaban la furia.

A su cabeza corría Hu.

«No voy a matarte esta vez», pensó Lockridge con un escalofrío.

El Guardián se detuvo. Levantó la pistola.

La misma arma brilló en la mano de Lockridge, por encima suyo. Salió fuego: rojo, verde, amarillo, azul mortal. Los Yuthoaz se lanzaron contra los Británicos, que se echaron hacia atrás, atemorizados ante lo sobrenatural.

-¡Koriach! -gritó Hu por encima del ruido de las energías en colisión-. ¡Son Batidores!

No reconoció a Lockridge en, el hombre que se le enfrentaba. ¡Y a esta misma hora estaría muerto ante la Casa Grande!

Lockridge se quedó helado con el terror de este solo pensamiento. Hu se acercó más. Un Yuthoaz aulló y golpeó con su hacha. El habitante de las colinas que antes había hablado de juramentos cayó ante él.

Esto rompió la parálisis de Lockridge.

-¡Hombres de Westhaven! -gritó-. ¡Atacad por vuestros compatriotas!

Las flechas volaron por los aires. Su espada de bronce brilló en los fuegos, se introdujo en un cuerpo y salió ensangrentada. Halcón recibió un golpe en su casco, que sonó haciendo eco a su propia risa cuando devolvía el golpe. Sus hermanos, Pastor y el Amado del

Sol, corrieron en su ayuda, al igual que el resto. Sobrepasaban en número a los hombres del Hacha de Guerra. La lucha fue corta y sin piedad. Lockridge atacó con su espada a Hu. El Guardián vio cómo sus hombres caían. Se elevó del terreno, y se perdió entre la niebla. Por encima de la lucha en los campos podía oírsele gritando por Storm.

Así que ella tomó otra ruta, pensó Lockridge. Está por alguna parte.

-¡Por aquí!

Salió a los pastizales. Un carro corría dirigiéndose hacia la línea de sus hombres. Entrenados por él, permanecieron quietos hasta que las ruedas estuvieron casi sobre ellos; entonces, se abrieron y atacaron al jefecillo desde los lados. Sin conductor, los caballos corrieron hacia el atardecer y se perdieron. Los Británicos cargaron contra los Yuthoaz que seguían a pie. Para Lockridge todo esto era como un teatro de sombras. El buscaba a Storm.

Siguió corriendo, a la cabeza de su grupo. Tras un tiempo que le pareció una eternidad, oyó gritos. Algunos de sus hombres huían, con los labios apretados para ocultar su pánico. Llamó a su jefe.

-Nos hemos encontrado con Ella, en el lindero de la aldea -dijo entrecortadamente el guerrero-. Sus llamas mataron a tres de los nuestros antes de que pudiéramos marcharnos.

No habían huido, sin embargo. Estaban siguiendo sus instrucciones de retirarse y buscar otro oponente. Lockridge echó a correr por el camino por el que habían llegado.

Lo primero que oyó fue su voz.

-Tú, tú y tú, buscad a los jefes de los clanes. Haced que vengan hacia mí. Esperaré aquí, y cuando hayamos planeado y reorganizado nuestras filas destruiremos a estos bandidos del mar.

Su voz era grave.

Avanzó entre las nubes. Estas parecieron separarse, y de pronto, ella estaba allí.

Varios Yuthoaz estaban, a su lado. Los caballos de un carro en el que se encontraba Withucar, con una alabarda preparada, se agitaban inquietos. Pero Storm estaba sola, delante de todos ellos. Únicamente había arropado con una túnica su cuerpo de cazadora, y el creciente lunar en su frente. Su cabello brillaba húmedo en la poca luz que quedaba, y su rostro estaba vivido con sus sentimientos.

Disparó contra ella.

Pero ella era demasiado rápida. Su escudo se alzó. Poder contra poder, las energías se agotaron una contra la otra, en una cascada de llamas

-¡Batidor! gritó Ella a través de la terrible belleza rugiente de los arcos iris-. ¡Ven, ven a morir!

Debido a que llevaba sus diaglosas por primera vez en, muchos años. Lockridge la comprendió. Se acercó.

Su rostro de valkiria se deshizo en una mueca de horror.

-¡Malcolm! -gritó.

Sus hijos cayeron sobre los guerreros de Ella. Las espadas, lanzas y hachas volaron libres.

Con el rabillo de un ojo, Lockridge vio cómo Withucar hacía caer su larga hacha contra Halcón. El muchacho hizo una finta; saltó hacia el carro y lanzó un mandoble. El muchacho que conducía el carro de Withucar se interpuso entre la hoja y su dueño. Mientras caía abatido, el jefe extrajo un cuchillo de piedra. Halcón no podía extraer su arma a tiempo. Se agarró al pelirrojo. Cayeron al suelo y continuaron luchando entre las ruedas.

Por todas partes los hombres de Westhaven y se acercaron. Se enfrentaron con adversarios hábiles y valientes, que les esperaban cara a cara, escudo contra escudo, golpe contra golpe.

-Oh, Malcolm, Malcolm -sollozó Storm-. ¿Qué es lo que ha hecho el tiempo contigo?

Sólo podía hacer una cosa: avanzar hacia ella con la pistola en una mano y la otra, que debía haber blandido una espada, vacía. En cualquier momento podía alzar el vuelo como Hu, pero sus secuaces estaban siendo rechazados por un número mayor. Se retiró con ellos. Lockridge no pudo acercársele, en el torbellino que giraba a su alrededor. Cuando se abrió brevemente un espacio entre ellos, ambos pusieron sus pantallas defensoras y las llamas les coronaron. De cualquier forma, la bestial lucha los mantuvo aparte.

Se movieron por entre las chozas. La Casa Grande apareció, oscura por encima de los techos.

Abruptamente, Flecha y el Amado del Sol atravesaron las líneas de los Yuthoaz. Sus pies hollaron los cuerpos de los que habían matado; girándose, atacaron a los restantes por la

espalda. Sus compañeros les siguieron a través de la brecha. La lucha se disolvió en grupos, que adelantaban y retrocedían por entre las humildes paredes.

Lockridge vio a Storm ante él. La radiación se hizo tan brillante que ambos quedaron ciegos por un momento. Su mano lanzó un golpe en la oscuridad multicolor. Ella gritó dolorida. El notó que la pistola se escapaba de la mano de su oponente. Antes de que pudiera recogerla, dejó caer su propia arma y la agarró. Cayeran. al suelo. Ella luchaba con manos, uñas, dientes, hasta que la sangre cubrió su piel. Pero él la aplastó bajo su peso y el de la coraza. El ofuscamiento abandonó su mirada. Ella clavó sus ojos en los de él. Levantó la cabeza y lo besó.

-No -se atragantó él.

-Malcolm -dijo ella, con su respiración entrecortada junto a la suya-. Puedo hacerte joven de nuevo... inmortal conmigo.

El lanzó una maldición.

-Soy el hombre de Auri.

-¿Lo eres? -se abandonó en su forcejeo-. Entonces, saca tu espada.

-Sabes que no puedo hacerlo.

Se levantó, le quitó el cinto y la ayudó a levantarse, manteniendo sus dos brazos sujetos tras su espalda. Ella sonrió y se recostó.

La lucha había terminado a su alrededor. Cuando habían visto a su Diosa capturada, Los Yuthoaz que aún eran capaces de ello habían soltado sus hachas y escapado. Los heridos gritaban desde el suelo.

-Tenemos a la bruja -dijo Lockridge. Su voz sonó en sus propios oídos como la de un extraño-. Ahora tan sólo quedan, sus guerreros.

Sus hijos se le acercaron con las armas dispuestas. Se sintió avergonzado al no alegrarse más cuando vio que Halcón se hallaba entre ellos. Soltó a Storm. Golpeada, sucia y cautiva, miró imperialmente sobre todos ellos y dijo:

-¿Es éste el destino que deseas? -pero hablaba en inglés.

Lockridge no podía mantener su mirada. Bajó la suya y suspiró.

-Es el destino que tengo.

-¿Te imaginas tan solo por un minuto que podrás escapar de la venganza?

-Sí. Cuando no tengan más noticias tuyas, naturalmente, tus espías vendrán para averiguar lo que pasó. No te encontrarán. Oirán hablar de un ataque en el que evidentemente pereciste. No una obra de las Batidores, al menos eso es lo que pensarán tras escuchar los confusos relatos de ,los nativos, sino simplemente el ataque de un ambicioso jefe que había oído que Jutlandia estaba en dificultades, y había visto en esto la posibilidad de enriquecerse; y fue tan afortunado que flechas perdidas os alcanzaron a ti y a Hu antes de que lo pudieseis rechazar. Más que nunca, tus sucesores pensarán que éste es un mal periódico para interferir con él. Tienen mucho que hacer en cualquier otro lugar y tiempo, así que nos dejarán tranquilos.

Storm permaneció inmóvil durante un momento.

-Eres verdaderamente astuto, Malcolm -dijo finalmente-. ¡Qué héroe podrías ser para mi -bando!

-No me interesa.

Ella arregló sus vestiduras.

-¿Pero -qué harás conmigo? -murmuró.

-No lo sé -dijo él turbado-. Mientras estés viva eres un peligro mortal, pero yo... Yo no puedo hacerse daño. Estoy tan contento de que hayas sobrevivido que .. -parpadeó con fuerza-. Tal vez te pueda esconder en algún sitio -dijo carraspeando-, honorablemente.

Ella sonrió.

-¿Vendrás a verme?

-No debería hacerlo.

-Lo harás. Podremos hablar entonces. -apareó la espalda de Pastor, el hijo de Auri, se acercó a Lockridge y lo volvió a besar-. Adiós, Lince.

-¡Lleváosla! -ordenó-. Atadla, pero tened cuidado. No debe ser dañada.

-¿Dónde debemos guardarla, padre? -preguntó Flecha.

Lockridge siguió un poco hacia adelante, hacia la plazuela situada ante la Casa Grande. El cuerpo de Hu estaba extendido a sus pies.

Aquí dentro -decidió-. Su propia casa. Colocad una guardia. Enterrad a los muertos y haced lo que podáis con los heridos.

La observó hasta que la hubieron hecho pasar por la puerta.

La guerra sonaba en sus oídos como el pulso en su interior. En un instante, le resultó imposible permanecer quieto. Corrió a través del poblado y gritó

-¡Hombres de Avildaro! ¡Pueblo del Mar! ¡Hemos venido a liberaros! ¡La hechicera ha caído! ¡Luchan por vosotros en los campos! ¿Permaneceréis aquí escondidos y no daréis un solo golpe por vuestra liberación? ¡Que salga todo aquel que sea un hombre!

Y salieron: hogar por hogar, cazadores, pescadores, navegantes; se reunieron. armados alrededor del libertador recién llegado. Llamó a sus hijos para que se le uniesen. Fueron, alrededor de medio centenar, a través del bosquecillo sagrado, y cayeron sobre las filas de los hombres del Hacha de Guerra.

Y las rompieron.

Cuando el último carro yació hecho astillas y el último Yuthoaz fue expulsado, Lockridge ordenó que se llevase ante él a todos los cautivos.

En su mayoría eran mujeres y niños. Pero Withucar vivía. Con las manos atadas a su espalda, reconoció a Lockridge y lo desafió.

Una de las fogatas casi apagadas había sido alimentada de nuevo, hasta que iluminó la húmeda oscuridad en la que los Tenil Orugaray danzaban alegremente. Lockridge vio la miseria que se alzaba ante él, y habló con suma suavidad:

-No os haremos más daño. Mañana podréis ¡ros. Este es nuestro pueblo, no el vuestro. Pero un hombre de los nuestros partirá con vosotros, para hablar de paz. La Tierra es ancha, sabemos de terrenos deshabitados que podréis usar. A mediados del invierno, los jefes tribales celebrarán aquí consejo. Entonces, buscaremos métodos para proveer nuestras necesidades comunes. Espero, Withucar, que estarás entre ellos.

El Yuthoaz cayó de rodillas.

-Señor -dijo-, no sé qué extraña cosa te ha tocado esta noche. Pero a pesar de todo, seguiremos siendo camaradas juramentados, si es que tú lo deseas.

Lockridge lo levantó.

-Quitadle las ataduras. Es nuestro amigo.

Mirando a su pueblo, él, Lince, supo que su obra había terminado. Westhaven tenía un sólido fundamento. En los próximos veinte o treinta años, durante todo el tiempo que aún le quedaba de vida, debía consolidar la misma clase de alianza en Dinamarca. Si tan sólo Storm...

Un hombre llegó corriendo hasta él y cayó con el rostro en tierra.

-¡No lo sabíamos! -gritó-. ¡Oímos el ruido demasiado tarde!

La noche se cerró sobre Lockridge como una mano, recuerdo. Así que atravesó el velo, con la muerte a Casa Grande.

Bajo la luz despiadada de los globos, ella yacía, es. tarugada. El cadáver de Brann estaba sobre el de ella.

Lo olvidé, pensó Lockridge. No podía soportar el recuerdo. Así que atravesó el velo, con la muerte en sus talones y vio a su torturadora inerme.

¡Storm, oh, mi Storm!

El pueblo del mar se calló respetuosamente, mientras su Señor lloraba.

Les hizo que trajeran madera. El mismo la depositó yacente, con su lugarteniente y su gran enemigo a sus pies, y prendió fuego con una antorcha ala Casa Grande. «Levantaremos aquí un santuario -pensó-, donde adoraremos a Ella, la cual un día será llamada María.»

Volvió solitario al barco. Los brazos de Auri le rodearon. Cuando el sol volvió a alzarse encontró la paz.

La edad del bronce, la nueva era, se acercaba. Lo que había visto en su propio pasado que aún tenía que llegar, le hacía pensar que sería una época rica, pacífica y alegre; tal vez más alegre de lo que el hombre conocería hasta que -llegase a este distante futuro que el había entrevisto, puesto que las reliquias que habían quedado para la posteridad no tenían señales de matanzas, esclavitud ni destrucciones. En lugar de esto, el Carro del Sol dorado de Trundholm, y los cuernos cuyas curvas recordaban las serpientes de Ella, decían que las razas del norte se habían unido. Entonces llegarían muy lejos; las calles de Knosos conocerían las pisadas de los daneses y partirían hombres de Inglaterra hacia Arabia. Algunos tal vez llegasen. hasta América, donde los indios hablarían de un dios bueno y sabio y de una diosa denominada Pluma Flor. Pero la mayoría de ellos volverían. Porque, ¿dónde había una vida tan buena como en. el primer país que el mundo vio, que era al mismo tiempo fuerte y libre?

Finalmente, se derrumbaría ante la cruel edad del hierro. Sin embargo, un millar de años afortunados río eran un resultado despreciable, y el espíritu que harían nacer perduraría. A través de los siglos venideros, la verdad olvidada de que el hombre había conocido generaciones de alegría permanecería y trabajaría sutilmente-Esos que construirían el último futuro podrían volver al reino que Lince había fundado y aprender.

-Auri -murmuró Lockridge-. Permanece conmigo. Ayúdame.

-Siempre -contestó ella.

***FIN***